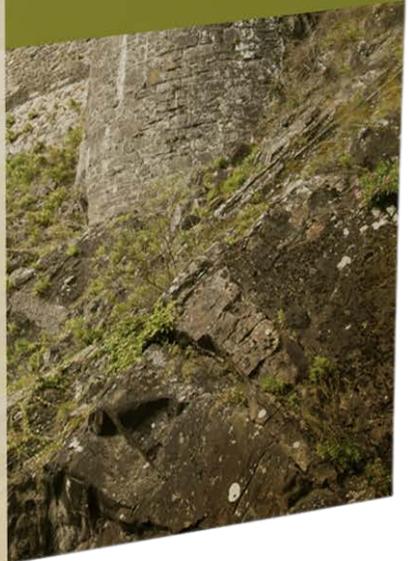


EL DRAMA DE LA BRETAÑA

Yvonne A. Pereira
Por el Espíritu Charles

EL DRAMA
DE LA BRETAÑA



Yvonne A. Pereira



EL DRAMA

DE LA

BRETAÑA

YVONNE A. PEREIRA

EL DRAMA DE LA BRETAÑA

YVONNE A. PEREIRA

Romance de la misma serie De “En las Vorágines del Pecado” Y “El caballero de Numiers”

Dictado por el espíritu de Charles

Traducción del portugués por el Lic. Luis guerrero Ovalle

Título original en portugués Drama da Bretanha

*Los derechos de autor, han sido cedidos gratuitamente por la
FEDERAÇÃO ESPIRITA BRASILEIRA
Igualmente, la médium y el traductor, han cedido gratuitamente sus
derechos.*

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	6
PREFACIO	9
PRÓLOGO	11
LAS COSTAS DE LA BRETAÑA	11
CAPÍTULO I	20
LA FAMILIA DE GUZMAN	20
CAPÍTULO II	31
ANDREA Y SU OBSESOR	31
CAPÍTULO III	41
VÍCTOR	41
CAPÍTULO IV	51
EL SUICIDA REENCARNADO	51
CAPÍTULO V	59
EL INVÁLIDO	59

CAPÍTULO VI	68
MARCUS DE VILLIERS	68
CAPÍTULO VII	78
COMPLICACIONES	78
CAPÍTULO VIII	95
EL OBSESOR	95
CAPÍTULO IX	106
EL SEDUCTOR	106
CAPÍTULO X	116
EN SAINT-OMER	116
CAPÍTULO XI	126
LOS NOVIOS	126
CAPÍTULO XII	137
EL CONSEJO DE FAMILIA	137
CAPÍTULO XIII	154
EN LA HORA DEL TESTIMONIO	154

CAPÍTULO XIV	168
UN VIAJE AL INFINITO	168
CAPÍTULO XV	176
LA VICTORIA DEL OBSESOR	176
CAPÍTULO XVI	184
UNA PÁGINA DE MÁS ALLÁ DEL TÚMULO	184
CAPÍTULO XVII	193
LA ACCIÓN BENÉFICA DE LA ORACIÓN	193
EPÍLOGO	201
LA DESPEDIDA	201

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

En viaje que realizamos en el mes de marzo de 1973, a Brasil, tuvimos la felicidad de abrazar personalmente a la gran médium señorita Yvonne A. Pereira en su hogar, en Río de Janeiro. Le llevábamos un ejemplar de su maravilloso libro “Memorias de un Suicida”, recibido por ella medianímicamente, y traducido por nosotros al castellano. Conversando ampliamente sobre su importantísima obra mediúmnica a través de los años, tuvo la gentileza de obsequiarnos con un ejemplar del libro “O Drama de Bretanha”.

Después de haber traducido once libros medianímicos, siempre seleccionando libremente entre innumerables obras dictadas por elevados Mentores Espirituales, estimábamos que ya no podríamos seguir en nuestras traducciones, debido a nuestra avanzada edad. No obstante, la lectura de este interesante libro, nos cautivó y no pudimos sustraernos a la tentación de llevarlo a nuestro idioma, para deleite e instrucción de los lectores de habla hispana y así lo hemos hecho.

Hablando de su personaje central, la desdichada Andrea, la muy querida hermana de Yvonne, tuvo la amabilidad de decirnos, muy confidencialmente, que Andrea se hallaba actualmente reencarnada en Brasil, dándonos su nombre actual y su dirección, añadiendo amplia información sobre su presente reencarnación: su género de vida, su carácter, sus sufrimientos, sus virtudes, etc. Como fácilmente comprenderá el querido lector, no pudimos resistir la tentación de conocer a la interesantísima Andrea en su última reencarnación, y viajamos para tener esa inmensa satisfacción. Según nos manifestó la médium, ella ignora que fue la Andrea del “Drama de la Bretaña”. Pero sí tuvimos la intuición, bien firme, de que en su actual existencia,

sufrió y estaba sufriendo, las consecuencias de los errores que cometió en sus anteriores, especialmente los llevados a cabo en los siglos XII y XIII.

Nos causó una excelente impresión, y, por lo que pudimos deducir de la amplia conversación que sostuvimos con ella, su actual existencia ha sido de pruebas y de expiaciones, ya que fueron muchos los sufrimientos que tuvo que soportar ya que aún está soportando en ella. Pero, también nos dio la impresión de que está liquidando todos aquellos errores, y de que, por tanto, ha de salir victoriosa en esta crucial reencarnación.

Una vez más, podíamos apreciar que, como dice el Instructor Druso en la importante obra "Acción y Reacción", dictada por el Espíritu de André Luiz al muy conocido médium Francisco Cándido Xavier:

"No hay maldades ocultas en la Tierra; todos los crímenes y todas las faltas de la criatura humana, se revelarán algún día y en algún lugar; cualquier sombra de nuestra conciencia, queda impresa en nuestra vida hasta que la mácula sea lavada por nosotros mismos con el sudor del trabajo o con el llanto de la expiación. Nadie se eleva al cielo, sin su ajuste en la Tierra.

Abrigamos la esperanza de que la lectura del presente libro ha de despertar en el lector intenso interés, y de que las grandes enseñanzas que contiene, han de serle también de inmensa utilidad, contribuyendo notablemente a guiarlo en la vida, y pueda, así alcanzar el mayor progreso espiritual posible en ella. Esperamos que no se ciña únicamente al deleite que produce la lectura, como obra interesante y amena, sino que, por encima de todo, sabrá obtener de sus grandes enseñanzas, los estímulos que, sin lugar a dudas, lo impulsarán a lograr, en su actual existencia, el mayor progreso posible para su espíritu encarnado.

Rogamos a Dios que, así como el dolor de Andrea fue útil para que los personajes de su conmovedora historia adelantaran

YVONNE PEREIRA

espiritualmente, habrá de serlo también para que el lector de habla hispana analice las consecuencias de sus errores y obtenga, para sí mismo, el beneficio que de su calvario doloroso se desprende.

En acción de gracias, elevemos todos a Dios un pensamiento de amor por la desdichada Andrea, rogándole que la ilumine y la guíe, con el fin de que, a partir de su presente existencia terrenal, su espíritu, ya en plena rectificación adquiera el derecho a elevarse a las esferas de Luz y Amor, en las que la esperan todos aquellos seres que por ella sufrieron y que mucho la aman.

Lcdo. Luis Guerrero Ovalle

Miami, Florida, U.S.A., 5 de enero de 1976

PREFACIO

Hace cuarenta años que este libro me fue dictado desde el mundo espiritual, por vez primera.

Su primitivo autor, firmó como Roberto de Canalejas. Reencarnó al poco tiempo de haber dictado, en una resolución ineludible, para beneficio de su propio progreso y, por tanto, no pudo terminar la obra. Yo era, entonces, muy joven e inexperta; ensayaba la literatura medianímica bajo la orientación de mis Mentores Espirituales, y un poco más tarde al desenvolver la facultad psicográfica, la obra salió perfecta.

Pasaron los años, y mi temor era que los manuscritos se perdieran, porque consideraba bella la narración, y por eso los guardaba como un recuerdo del amigo Roberto que, como Espíritu, tantas pruebas de afecto me había dado. No recibí, tampoco, ninguna orden de lo Alto, para reconstruir el libro, no obstante haberme sido concedidas otras obras, incluso el romance titulado “En las vorágines del Pecado”, el primero de la serie de tres obras que se relacionan con este libro, trata de episodios vividos por algunos personajes que se citan en la obra “En las Vorágines del Pecado”, en los trabajos de reparación de faltas cometidas entonces. Existe otro, anterior a éste, dictado en la misma ocasión y por el mismo espíritu, esto es, hace cuatro decenios, el cual se hace historia de la reencarnación inmediata de los personajes citados. Pero tal como éste, conservando incompleto e imperfecto. Fueron, pues dictados saltadamente, comenzando del tercero al segundo y, finalmente al primero, titulado, ” En las Vorágines del Pecado”, obtenido en 1959.

YVONNE PEREIRA

Hace cerca de siete meses, cuando yo consideraba que nada más podría hacer con los apuntes guardados, se presenta el amigo espiritual Charles y dice:

-“Reconstruiremos el “Drama de la Bretaña”. Sería injusto que perdiéramos una obra que recibió el beneplácito de la Alto para ser divulgada”.

Y hoy ofrezco al lector estas páginas que, espero, podrán servir a los necesitados de amor y de justicia.

Yvonne A. Pereira

Río de Janeiro, 9 de marzo de 1972

PRÓLOGO

LAS COSTAS DE LA BRETAÑA¹

-“Verdaderamente, vosotros, como nosotros, vivimos todos sumergidos en un Océano Espiritual inmensurable, del cual se origina las ciencias y la sabiduría posibles al espíritu humano”.

Esa es la llamada comunión con el Espíritu Santo, de que tratan las Sagradas Escrituras, cuando dicen: “El mora en vosotros y con vosotros existe.”

(Imperator-Espíritu Guía de Stainton Moses. Ver “Los Enigmas de la Psicometría, de Ernesto Bozzano.”)

¹ Antigua provincia de Francia, que formó durante mucho tiempo un ducado independiente. Reunido a la corona de Francia en 1491, por el casamiento de Carlos VIII con Ana de Bretaña, sólo fue definitivamente anexado al reinado de Francisco I en 1532. Capital Rennes. Formó los departamentos de Finisterre, côte-du-Nord, Ille-et-Vilaine, Morbihan, Loire-Inferieure (Atlantique). La Bretaña es una península de pizarras y de granito, bañada por sus tres lados por el océano Atlántico (Atlántico del Norte).

Desde épocas remotas, la Bretaña fue fértil en leyendas sugestivas, por el sabor dramático con que los bretones supieron revestir los acontecimientos desarrollados en su seno, matizándolos no raramente de misteriosos y de maravillosos. Tierra de antiguos bárbaros, cuna de príncipes ilustres, la Bretaña, adaptada a sus propias leyendas, aún ofrece hoy al viajero algo de extraño y de singular, que atrae, que conmueve y que atemoriza. Su topografía, se presta a las insinuaciones de la sugestión: cubierta de montañas agrestes, bordada de florestas consideradas antes como misteriosas, dando alas a la superstición, rodeada de riberas salvajes sobre el Atlántico del Norte, siempre bravío en sus costas, y cuyas aguas se infiltran ininterrumpidamente por entre contrafuertes de penas brutales, esa tierra de hadas y genios alados, invita al pensador al examen y al meditación, pues tan preciosos detalles ofrecen vestigios envolventes de un pretérito atrayente y quizás inolvidable. Ningún hijo del suelo francés podría estar más orgulloso, más celoso de los valores de la propia raza, que los bretones. Tal vez porque la Bretaña se demoró en incorporarse al territorio francés, los bretones prefirieron siempre sus siete famosas florestas y sus supersticiones, sus riberas del Atlántico y sus castillos seculares, sus miserias y sus creencias, sus piojos y su ignorancia, al resto del suelo del país, suave y gallardo.

La Bretaña ha sido ruda, sombría y equivocada. Dio a Francia la más audaz y original de las guerras civiles que constan en la historia nacional francesa, la de la Vendée, conflicto extraño y trágico que escondía su ejército de campesinos, fiel a la Realeza, en las entrañas de la Tierra, en el interior de las florestas, solapando el terreno con subterráneos, y en donde el bretón ignorante, miserable y oprimido por el régimen todavía feudal, luchaba salvajemente contra los defensores de sus propios derechos de ciudadanos libres de una república, prefiriendo defender la causa absolutista de sus esclavizadores seculares; esto es, la de

*los nobles y aristócratas, acomodados a la ignorancia del servilismo depresor.*²

Pero por encima de todo, la Bretaña es encantadora. Hay en su atmósfera cierta nostalgia indefinible, que nos envuelve en impresiones imperecederas. El cielo opalino, de un azul rasgado, la atmósfera saturada de frescas neblinas, el océano rumoroso, elevando eternos gritos heroicos a lo largo de las costas erizadas, de reentradas pedregosas, las florestas pujantes de las cuales exhalan perfumes saludables y penetrantes, los castillos feudales, pesados, evocando el rigor medieval; las torres macizas que resaltan por su imponentia, como las ruinas que evocan toda una bella época, fuerte y trágica, cautivan el corazón de aquél que un día recibió por cuna sus tierras legendarias.

Al pisar en la Bretaña, la primera impresión que asalta al viajero del Más Allá, es la de que dramas intensos estigmatizan para siempre su ambiente etéreo, tejiéndose la singularidad de un aura-archivo todo especial, repleta de motivos de distintas especulaciones, apasionadas, impresionantes.

En remota migración terrestre, fui bretón. Nací, entonces, en esa tierra de príncipes ilustres y honrados, orgullosos y conservadores que al explotar la Revolución, cuando cayó la cabeza infeliz de Luis XVI y la nobleza se vio perseguida y abatida por los días del Terror, prefirieran morir o emigrar, antes de confraternizar con el pueblo triunfante, habituado a tratarlo como villanos.

Los espíritus preocupados todavía con los ambientes terrenales, no son insensibles a los lugares en donde vivieron como hombres, en donde sufrieran amaran, trabajaran y progresaran. Algunas veces visitan esas estancias desoladas de la Tierra, que les sirvieran de cuna, y

² La guerra de la Vendée, tuvo lugar durante la Revolución Francesa y sucedió entre los partidos: nobles y republicanos, pero auxiliada por Inglaterra, que se aliara al partido de la nobleza.

en donde, casi siempre, ven reencarnados para nuevas luchas que les conferirán méritos considerables, a otros espíritus que compartieran sus vidas y a quienes continúan amando con ternura. Y cogen, cada vez que lo hacen surgir en su memoria superexcitada. Eran aproximadamente las diez de la mañana cuando planeé sobre Rennes, la vieja capital de la Provincia, poco después del armisticio por todos la “Gran Guerra”.³

Me deslizaba por sus calles llenas de melancolía debido a las neblinas del mes de octubre. Indeciso, procuré la antigua cuna natal y reviví, una a una, las escenas gratas o dramáticas de la que había sido mi vida de entonces, como si sobre un altar sagrado y muy querido, releyese páginas inolvidables de un breviario fértil, cuyas lecciones me condujeran a nuevas etapas de progreso. Pero concentrarse mucho sobre un pasado que más bien debía olvidarse, produce angustia y oprime el corazón... Y por tanto, me aparté entristecido, prefiriendo dislocarme tan lentamente como me lo permitiese mi condición espiritual, procurando las orillas del océano. Y así, llegué a las riberas rudas de cierta localidad próxima a Vannes, o sea, cierta aldea ahora denominada Saint-Omer.⁴ Me encontré entonces, en un lugar singularmente sombrío y agreste, pudiera decirse, angustiador. Llegué a los bordes del océano, constatando un impresionante abismo de aguas enfurecidas, en luchas incansables contra los peñascos abruptos que se suspendían a las alturas no inferiores a cincuenta metros. Alrededor, se observaban árboles silvestres y fructíferos, que parecían estar abandonados; viejos robles que parecía también desear mejores tratos, acacias y castaños evocativos y desolados, que enfrentaban los bramidos ininterrumpidos de las revueltas aguas.

Súbitamente, dentro del silencio de la tranquila mañana y mientras el Atlántico parecía traducir el ritmo del movimiento planetario, un grito doloroso de desesperación, siniestro bramido de

³ 1914-1918

⁴ Vannes, una de las ciudades principales de la Bretaña.

horror y de agonía, de alguien que se hubiese precipitado desde aquellas inmensas peñas al seno de las aguas, quebró la placidez del momento, despertando mi sensibilidad, por la sorpresa de la que no pude eximir. A ello siguió una carcajada diabólica, como si alguien loco, enfurecido, participase con alegría blasfema del desastre que motivara aquel grito angustioso; carcajada que me llevó a volver a ver las muecas de las falanges obsesivas que, en el mundo invisible, que me había habituado a contemplar durante los servicios de socorro a las tinieblas de la ignorancia, en el incentivo de la renovación individual de pobres sufridores delincuentes, servicios que frecuentemente me era necesario realizar.

Me aproxime ligero al lugar del cual habían partido las dos vibraciones: el grito de horror y la carcajada. Extendí la visión espiritual investigando la profundidad de las aguas, en busca del cuerpo humano que parecía haberse precipitado allí, salvando largamente las concavidades de las peñas, las turbas marítimas de las inmediaciones, la profundidad y la extensión del océano, con el fin de prestar socorro al pobre espíritu que en tan siniestras condiciones abandonaba su fardo corporal. Nada encontré, no obstante, así como tampoco ningún bulto humano o forma periespiritual, en los locales examinados. Yo percibí, no obstante, que ambos rumores parecían haber estado difundidos por la atmósfera, traduciendo más bien la vibración del eco, que un sonido inmediato al acontecimiento; e investigaba todavía, examinando las hondas luminosas del éter del lugar, que el magnetismo oceánico singularmente conserva, cuando tres nuevos gritos, afligidos y seguidos uno del otro, traduciendo incontenible desesperación, me emocionaran vivamente, poniendo de manifiesto voces masculinas, diferentes, más lejanas que los dos primeros, y repitiendo, como si todos ellos vibraran por entre lágrimas de desesperado horror:

-¡Andrea!... ¡Andrea!... ¡Andrea!

Me quedé pensativo pues nada veía en aquel lugar. El primer grito escuchado fuera de una joven mujer, ciertamente, una adolescente. La carcajada pudiera decirse, que había sido lanzada por un réprobo de más allá de la tumba. Los tres gritos seguidos, llamando a Andrea, parecía ser de hombres jóvenes y de un anciano. ¿Qué habría acontecido en las inmediaciones, para que se registrase tan trágica señal, y de tal modo las vibraciones de la materia fluidica del ambiente?

Examiné los alrededores del lugar en que me encontraba a una altura de cincuenta metros aproximados sobre el nivel de océano, se prolongaba hacia el continente el vestigio de una entrada noble, que a despecho del abandono en que se encontraba, dejaba entrever todavía un pasado de esplendor. Porciones de viejas floraciones rojas, de glicinias, de frondosas ramas de lilas, de acacias y de profusión de plantas preciosas, propias de antiguos parques señoriales, se dejaban notar por entre zarzas y espinas, mientras robles y pinos soberbios hacían recordar el esplendor de un parque que antes habría sido orgullo de viejos hidalgos bretones. Me deslicé sobre aquella estrada, como si estuviera escuchando todavía las vibraciones dispersas por el aire, del rodar de los carruajes y de las calesas que por ella transitaran en paradas recreativas... y observé, no muy lejos, un viejo castillo estilo renacimiento, adornado de hiedras, medio envuelto ya en el sudario aniquilador de incipiente ruina.

Entonces, penetré en el interior del lugar, que era noble y patriarcal. Un guardia, único viviente en aquella región desolada, sentado sobre un escalón de mármol, que el limo había echado a perder, miraba el vacío, sin percibirme a su frente, saboreando su modesta cachimba,, mientras se calentaba al sol indeciso de la mañana de octubre. Y por haber agudizado ya mi visión con el fin de investigar con toda precisión y rapidez, descubrí en el vestíbulo de la noble entra, los pergaminos encerrados allí por descendencia indiferente, que jamás

frecuentaba el lugar perdido entre bosques y el litoral salvaje, y leí archivos antiguos personajes allí residentes:

-“Relato y descendencia (árbol genealógico) de las familias de Guzmán d’Albret y de Guzmán d’Evreux, desde el siglo XIII a los actuales titulares. Vannes, 27 de febrero de 1806.”

Un árbol genealógico, en efecto, se presentaba diseñado en pergamino precioso, extendiendo sus gajos de generaciones desde el año de 1230, con el enlace del primer Conde de Guzmán, cuyo origen era España, pero cuyos descendientes se ramificaran en Francia, por Austria y por los Países Bajos, posponiendo la eufonía hacia la pronunciación de Guttman.

Me interesaron especialmente los últimos habitantes del castillo, pues entre ellos, descubrí el pronombre Andrea, y, siendo así tuve conocimiento de que fueran ellos:

-El Conde José Hugo Francisco de Guzmán d’Albret y su esposa Francisca María de Montalbán d’Albret.

Sus hijos: Víctor Francisco de Guzmán d’Albret y Andrea de Guzmán.

-El Conde René d’Evreux y su esposa Amelia de Guzmán d’Evreux.

Sus hijos gemelos: Arturo y Alexis de Guzmán d’Evreux.

Lleno de curiosidad, subí las escaleras, y, una a una, visité las dependencias del castillo, que me parecieron impregnadas de vibraciones recientes, vivamente dramáticas y fuertes. Recordé el grito de horror que yo había escuchado hacía poco del nombre de Andrea afligidamente gritado por tres voces varoniles, y pesada emoción hizo palpitar lo recóndito de mi ser espiritual. Profunda tristeza ensombreció mi espíritu, cuyas vibraciones se había amortecido al impacto terreno. Sentí

pesar en mí ser, ahora integrado a un ambiente material, la intensidad de los acontecimientos que aquellas nobles paredes testimoniaran. Aquel lugar, entonces, se me presentó como relicario augusto de dramas y lágrimas, que un pretérito tormentoso había creado. Me senté, conmovido, sobre vetusta poltrona Luis XIV, forrada en damasco azul y oro, y me abandoné a esta invocación.

-¡Oh potencias augustas de mi alma! Extended vuestras percepciones gloriosas por el éter que circunda esta región desolada. Escudriñad los archivos de las hondas luminosas que vibran todavía alrededor de esta habitación. Aplicad vuestros sentidos más poderosos, más sensibles, a examinar la fluidez sagrada de las vibraciones que todavía flotan en la esencia cósmica que envuelve esta noble mansión y sus sugestivos alrededores. ¡Palpitan todavía por aquí, yo bien lo siento, las repercusiones impresionantes de lo que hicieran, de lo que pensarán, de lo que sufrieran aquellos que en ella habitaran por última vez! ¡Dadme el poder de leer en las sutilezas de esas mismas vibraciones, fotografiadas e impresas en las sombras luminosas del éter, las escenas del drama que entreveo a través de las impresiones que me molestan el corazón! Mostradme lo que sucedió a Andrea, para que un fin terrestre tan trágico la hubiera arrebatado. ¿Quién sabe si lecciones de gran valor moral recogeré yo aquí, para mi propio o para aquellos por quienes soy responsable?

Entonces, poco a poco mis sentidos espirituales, poderosos porque los había revigorizado por la acción de mi voluntad, se movieron, y un panorama extenso se presentó a mis ojos, desarrollando el drama que trasladé a estas páginas, drama que, un día-¿quién sabe?- podrá también ser presenciado por el lector, en la acción de la vida espiritual, visto que sus escenas perdurarán por milenios, impresos en las vibraciones de la luz.

EL DRAMA DE LA BRETAÑA

El castillo noble y evocativo se presentó entonces en todo su esplendor pasado, fulgurante de luz y de movimientos... y comprendí que era la noche de Navidad del año 1804.

CAPÍTULO I

LA FAMILIA DE GUZMAN

-“La obsesión, es la acción persistente que un espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diversos, desde la simple influencia moral, sin señales perceptibles exteriores, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. Altera todas las facultades medianímicas; se manifiesta como mediumnidad escribiente, por la obstinación de un espíritu en darse a conocer, con exclusión de todos los otros.”

(“El evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XXVIII “Colección de Oraciones Espirituales”, N°81.)

Se conmemoraba todavía, en Francia, uno de los mayores acontecimientos que sacudieron sus destinos gloriosos y los destinos del Mundo, porque ningún acontecimiento importante de Francia dejó jamás de irradiar fuera de sus fronteras: Napoleón Bonaparte, joven héroe de inolvidables batallas, el vencedor del Montenotte y Mondovi; de Castiglione y de Arcole, de Rivoli y Marengo; Bonaparte, el primer

*cónsul del Directorio famoso después de la caída de la realeza, sobre el cual tantas esperanzas reposaban, había sido coronado Emperador de los franceses, bajo los más lisonjeros auspicios de un pueblo exhausto de aprehensiones y de sufrimientos, pueblo que se estremecía por el trágico recuerdo de los días del Terror, de la guerra de la Vendee, que regara de sangre la patria venerable. Era asunto preferido en todas las comunidades de Francia, la capacidad del gran general para conducir las riendas del gobierno a la altura conveniente a una nación civilizada, sus predicados de político asusto y sagaz, su osadía del soldado. Muchos nobles franceses exiliados desde antes de 1793⁵, regresaban ahora a la patria nostálgicos y confiados, tolerando la usurpación del trono que, por derecho, pertenecía a los Orleans; esperanzados en una fruición de paz permitida por un gobierno más digno que el que un Imperio que se pretendiera imponer bajo la inspiración de la Convención Nacional, mientras antiguos republicanos deponían opiniones liberales para servir al gran corso, que tantas glorias había conquistado ya para las armas francesas, elevando a la patria en el concepto mundial. Y, en la ciudad de Lyon, en un extremo de la gran nación, nacía aquél que sería el escogido de lo alto para ofrecer al mundo el mensaje del Consolador, que el Cristo prometiera a los hombres para consejero y protector en las asperezas de la existencia: **Hippolyte León Denizard Rivail**, o Allan Kardec, autor de la codificación del Espiritismo.⁶*

Desde el día 2 de diciembre, fecha en que realizara la ceremonia de la coronación del Emperador, el pueblo gozaba en las fiestas, confiado en el advenimiento de una realidad de paz, de labor y progreso del país, tinto en sangre de tantas víctimas, y exhausto de ver funcionar la siniestra máquina del Dr. Guillotin, o sea, la guillotina. Muy pronto, tales esperanzas serían deshechas por una realidad igualmente de sangre,

⁵ Año en que se inició el período gubernamental republicano denominado Terror, cuando la tiranía fue ejercida y la guillotina segaba vidas preciosas hasta hacer caer la cabeza de Luis XVI y de la Reina María Antonieta.

⁶ Allan Kardec, nació el 3 de octubre de 1804.

pues el emperador no correspondió a las esperanzas del pueblo, que aspiraba a la paz; pero entonces, la alegría era inmensa y todos soñaban con aquello que sólo existía en sus corazones.

Entre los hidalgos exiliados en el extranjero, con la caída de la realeza y la persecución de los nobles, promovida por las leyes de la Revolución, se destacaron por el número, los bretones, que por así decir, partieron en masa hacia el exilio o cayeron en la lucha sin gloria. Y, entre los bretones, acababan de regresar a la cuna natal los Conde de Guzmán d'Albret y de Guzmán d'Evreux, los cuales, sensatamente previendo lo que sucedería en Francia con la toma de la Bastilla por el pueblo enfurecido, en 1789, se habían trasladado a tiempo para España por vía marítima, sin que ningún incidente les perturbase, pues viviendo en su castillo solitario a orillas del mar, en los alrededores de Vannes, en la Bretaña, les fue fácil escapar en embarcaciones inglesas que, en aquella época, se dedicaban al humanitario tránsito clandestino de pasajeros por las costas desde la misma Bretaña, cuidadosos de salvar del oprobio, de la deshonra y de la muerte, a la fina raza de la hidalguía bretona y francesa. Allí, pues, en España, permanecieron los de Guzmán d'Albret y de Guzmán d'Evreux, encerrados en su palacio de Madrid, en donde llevaron una existencia recatada, durante el furor desencadenado por la Junta Revolucionaria radicada en París, amargándose siempre que las noticias atroces llegaban a España, cuando sabían que amigos queridos e hidalgos ilustres, habían sucumbido bajo la venganza de los revolucionarios, pero glorificando los cielos al constatar que ni una sola gota de sangre de los Guzmán había corrido ni siquiera habían sufrido depredaciones o confiscaciones en su apreciable residencia de Saint-Omer, en los alrededores de Vannes, en donde solamente algunos servidores habían quedado con el fin de cuidar la propiedad.

Era la noche de Navidad.

Exultaba la numerosa familia, por verse así reunida en el suelo patrio, pues hasta el primogénito de la casa, el Vizconde Víctor Francisco, que pasara largo tiempo en el Oriente, regresaba ahora jubiloso, ostentado precioso pergamino de Doctor en Medicina y en ciencias Esotéricas, curso que hiciera en antiguas facultades de la vieja patria de los Faraones, Egipto.

Alrededor de la mesa se situaron todos para disfrutar la cena de Navidad, después de haber entonado himnos sacros apropiados para aquel momento. Se trataba de adeptos a la iglesia católica Romana, como buenos bretones que se enorgullecían de ser, con excepción de Víctor que, avanzado en ideales y convicciones obtenidas en estudios filosóficos de la Escuela Egipcia, rendía respeto a todas las creencias, considerándolas sublimes en esencia, pero reservándose el derecho de optar particularmente por la ciencia que sería el ideal augusto de la renovación cristiana, aplicado al transcendentalismo de las antiguas doctrinas secretas que, desde épocas inmemoriales, descendía del infinito como revelaciones o inspiraciones, para aquellos que se habían hecho capaces de recibirlas, asimilarlas y practicarlas.

Además del viejo Conde José Hugo Francisco, y de su esposa Francisca María, se veían rodeando la mesa a Víctor Francisco, el joven filósofo médico; Andrea su hermana, linda niña de 15 años de edad, nacida en España al inicio de la Revolución, pero considerada francesa por tradición, la cual solamente ahora, realmente conocía al hermano mayor, a quien debería amar y respetar como el segundo jefe de la familia; Arturo y Alexis de Guzmán d'Evreux, los gemelos de dieciocho primaveras, sobrinos del Conde José Hugo, hijos del Conde René de Evreux y de la Condesa Amelia, ambos fallecidos y además, de otras personalidades que, con idéntica debilidad, usaban el nombre venerado de Guzmán que, desde el siglo XIII, se enorgullecía de su excelente descendencia.

La familia se distinguía por la ternura, el respeto y la consideración que merecía, cuyos sentimientos serían el patrón de la felicidad que parecía irradiar de cada uno de aquellos corazones honrados, observadores de la justicia y del deber.

En esa noche memorable, cuando ya un rico árbol de navidad fuera despojado de las prendas que colgaban de sus ramas para alegría de los jóvenes de la casa y del pequeño número de comensales infantiles de las cercanías, se diría que todos aquellos amorosos personajes habían sido escogidos por destinos poco comunes, quizá por triunfos singulares en sectores imprevisibles de la vida. La verdad era, no obstante, que había allí un grupo comprometido con las leyes de la Providencia, por errores graves del pasado, y se reunían para reparaciones ineludibles y necesarias reformas personales.

Durante el primero y el segundo brindis, la conversación en la mesa se limitó casi exclusivamente en torno a Víctor, su regreso del Oriente, sus estudios sobre ciencias esotéricas, sus peregrinaciones a los tradicionales lugares que fueron testimonio de la vida de Jesús, sus investigaciones respecto al Maestro Nazareno, las esperanzas que Francia depositaba en Napoleón, y su reciente coronación como Emperador de Francia. A petición de los presentes, Víctor disertaba sobre los principios de la doctrina que había adoptado durante su permanencia en Oriente: la inmortalidad del Alma, su origen divino, la migración y la emigración de las almas, o sea, la reencarnación; la comunicación de los espíritus con los hombres, la curación del enfermos por los procesos espirituales y magnéticos, las facultades del alma creada a semejanza de Dios por los valores de El recibidos, las cuales deben progresar y perfeccionarse hasta el auge de las propias posibilidades, la necesidad de adquirir virtudes e integrarse con el Bien, para la posibilidad de ventura entre los hombres; en fin, toda la larga y bella exposición de las enseñanzas de las doctrinas secretas que en el Oriente

tuvieran su cuna y que de allí se expandieron para reeducar y engrandecer a los hombres.

Todos escuchaban al noble orador, encantados y sorprendidos, bebiendo sus palabras, como si se embriagaran en la revelación de premios celestes que transportaban sus almas.

A cierta altura de la solemne ceremonia, y después del tercer brindis (el brindis de honor, hecho al Natalicio de Jesús), el Sr. Guzmán d'Albret, pidiendo venia en actitud ceremoniosa, pasó a ser oído con religiosa atención, pues tales preámbulos indicaban asunto grave a ser comunicado a la familia, exclamó:

-Pasada que fuera la borrasca que violentó a Francia -comenzó diciendo él- estamos aquí nuevamente reunidos en esta gran noche, amados míos, reiniciando la tradición secular en nuestra familia.

“Doblemente jubiloso, me dirijo a vosotros, después de haberos invitado desde los cuatro puntos de Europa, para las conmemoraciones de esta noche: júbilo por teneros bajo mi techo después de tan largos períodos de angustia y porque, retornando todos del exilio, será anunciado un noviazgo por los de Guzmán d'Albret”...

Se calló el orador a propósito, aguzando la curiosidad de la familia. Víctor, recién llegado, percibió que todas las miradas se dirigían a él, indagadoras. Se perturbó imaginando que los padres lo estaban sorprendiendo con una novia que él no pretendiera en absoluto, viéndose blanco de todas las atenciones. Extendió entonces, también él, la mirada escrutadora por la mesa, investigando quién de entre aquellos primos y primas allí reunidas tendrían la posibilidad de un noviazgo oficializado en aquella noche, pues le costaba creer que el padre tan amigo suyo, no lo hubiera consultado en tan significativa emergencia.

En efecto, era tradición de la familia Guzmán, anunciar el noviazgo de sus jóvenes representante en la cena de Navidad. Muchas

veces, para esa singular ceremonia a la que daban un brillo especial, se reunían representantes de la familia, provenientes de toda Europa, en la residencia del varón que se comprometería de tal forma a uno y a otro de los prometidos, que les sería imposible retirar la palabra empeñada, a menos que se deshonrase ante el concepto de toda la familia. Allí estaban, en efecto, las jovencitas Lucía y Clara, lindas y alegres, de Flandes; el Vizconde de Montalbán y sus tres hijos varones; el Conde y la Condesa de Guttmann de Holeben y sus hijos Gracia y Fernando, de Baviera, y más representantes de la Lorena, de Alemania, de Austria, y de España, al paso que sobre Arturo y Alexis de Guzmán d'Evreux, no podía ser la sospecha de un compromiso de tal responsabilidad, toda vez que no habían alcanzado la mayoría de edad.

No obstante, el anfitrión, conde José Hugo, después de verificar la emoción de los circunstantes que continuaban guardando el más respetuoso silencio, continuó:

-Hace más de diez años que no venimos realizando esponsales en la familia de Guzmán. Ya es hora, por tanto, amados míos, de que los varones de nuestra raza mediten sobre la necesidad de continuar perpetuando nuestro nombre, que hace seis siglos viene manteniendo la tradición honrosa de sus generaciones. Tenemos en estos momentos, esparcidos por Europa, veintiséis jóvenes de la familia de Guzmán en la edad conveniente para el matrimonio. En el intento de incentivar este significativo paso, la Sra. Condesa, mi esposa, y yo, acabamos de concertar el compromiso de noviazgo para realizar las bodas de aquí a tres años, de nuestros queridos hijos Alexis de Guzmán d'Evreux y Andrea d'Albret...

Un murmullo discreto acogió la inesperada comunicación. Tomada de sorpresa, la joven Andrea titubeo mirando insistentemente al padre y al prometido que le daban, mientras éste, que desde la víspera había sido advertido por los tíos de la oficialización del acontecimiento (que

muy grato era a su corazón), se levantó y se inclinó en venia dirigida a los tíos y con visible emoción, exclamó gravemente:

-“Esa promesa me honra profundamente, señor Conde, la que deseo ardientemente ver realizada en alianza perenne... La recibo con la más grata alegría de mi corazón, toda vez que mi gentil prima Andrea de Guzmán es merecedora de todo mi amor y de mi admiración”...

José Hugo sonrió con benevolencia y satisfacción, mientras Alexis proseguía agradeciendo la concesión de la mano de Andrea y ésta se levantaba en señal de asentimiento.

Entonces, fueron leídas las bases del contrato de alianza de las familias, que tenían como acatamiento la leal aceptación de los dos jóvenes y los bienes que cada uno llevaría al matrimonio. A continuación, el importante documento familiar fue pasado de mano en mano entre todos los presentes, recibiendo la firma de los testigos presentes, como si se tratase ya de un acto oficial a ser realizado dentro de tres años. Entonces, los novios se aproximaron el uno al otro como exigía la ceremonia. Alexis besó respetuosamente la diestra de su prometida, sentándose a su lado risueño y encantado, mientras la cena proseguía y era levantado el cuarto brindis, esta vez para homenajear las dos figuras que se habían hecho blanco de las atenciones generales.

Fue a partir de ese momento que Andrea de Guzmán pasó a ser atentamente observada por sus desconocidos parientes de Europa.

Ella era hermosa y esbelta, de piel blanca y sedosa, como los pétalos de una camelia inmaculada; con cabellos de un rubio dorado que caían en guedejas encaracoladas sobre sus hombros, adornando la frente con anillos abundantes y caprichosos. Portaba un largo vestido blanco, a la romana, moda que acababa de ser lanzada por el Imperio, durante la coronación de su Majestad, pues Josefina Bonaparte, en el día de la coronación de su esposo, se había vestido así, evocando las modas femeninas y el fausto de Roma. Leves tonalidades de azul celeste sobre el

vestido blanco, delicado y centelleante, daban tonos dulcísimos a la silueta de Andrea, puesto que su vestido amplio y vaporoso, le daba un aspecto angelical de atrayente belleza. Pero, por encima de todo, eran los ojos de esa joven Bretaña-española, lo que impresionaba al observador: ojos profundos, rasgados en forma de almendra, de largas pestañas color castaño y de expresiones melancólicas, a veces asustadizos, cuyos iris, de una tonalidad azul fuerte, eran encantadores e incomparables en toda la familia.

No obstante, el gemelo de Alexis, sorprendido con el compromiso aceptado por el hermano, se había puesto colorado al oír el anuncio hecho por su tío, crispando los dedos bajo el efecto de fuerte emoción, mientras su corazón se precipitaba en el pecho en pulsaciones dolorosas. Arturo amaba a Andrea tanto como su hermano: uno y otro no ignoraban lo que cada uno sentía en su corazón, y ese sentimiento tan noble y puro que se exteriorizaría en la vida espiritual, se había revelado ya en la infancia, mediante una ternura incomprensible al entendimiento humano común.

Fue entonces, precisamente en el instante en que el Conde José Hugo se levantaba de la mesa, dando por terminada la cena para que los invitados se prepararan para danzar en el noble salón, en donde otros invitados ya se encontraban, cuando Alexis ofrecía la mano a su linda prometida conduciéndola al salón susurrándole la ventura de la que se sentía poseído, cuando repercutió por el recinto, siendo oída por todos los presentes, una estruendosa y enervante carcajada, que repercutió por los cuatro ángulos del salón,

Desagradablemente sorprendidos, los comensales se volvieron indagadores, buscando localizar al insolente que así se comportaba en ocasión tan solemne, sin poder distinguir a ningún nuevo invitado, mientras el Conde José Hugo, sorprendido pero conciliador, no demostrando excitación, exclamaba:

-“No, no os impresionéis con ese hecho insólito...Explicaré más tarde lo que eso significa.”

Andrea, temblando de emoción, procuraba refugio en los brazos maternos, exclamando, entre llanto convulsivo:

-¡Es él, Dios mío, siempre él, mi verdugo, que en sueños o en vigilia, no me permite un solo día de verdadera satisfacción...! Sí, madre mía, sé que él reprueba mi casamiento con Alexis y que será en vano que yo alimente esperanzas de felicidad. Sus preferencias son siempre para Arturo...

La Condesa la repelió, como si se avergonzase de la expresión de la hija ante los invitados. Andrea se resintió de la repulsa de su madre, que evitaba reconfortarla, pues sabía y comprendía, que no era debidamente amada por aquella que le había dado el ser. Impresionante crisis de nervios sobrecogió a la joven prometida, postrándola. Estupefactos, los comensales no sabían qué pensar ante lo que presenciaban. ¿A quién se refería Andrea? ¿De quién hablaba, si ningún extraño a la familia había sido admitido en la ceremonia de la cena? No siendo los criados, que se mostraban aturridos con el singular acontecimiento, ninguna otra persona podía haber llegado al recinto, a no ser que formas invisibles lo hubiesen asaltado...

Retirándose en los brazos del hermano (que sentía por ella ternura piadosa y paternal), hacia sus aposentos particulares, Andrea se debatía en violento ataque de nervios, como si una súbita posesión de las tinieblas se cerniera sobre ella, imposibilitándola recibir las felicitaciones de los invitados de su padre, en aquel día memorable en que se oficializaba su noviazgo. Por su parte, pensativo o inquieto, Alexis se paseaba de uno a otro lado, en una recámara próxima a los aposentos de la novia, mientras su gemelo Arturo, abatido sobre una poltrona, movía nerviosamente los dedos sobre los brazos de la misma. En un momento dado, Alexis salió, penetrando en el recinto del oratorio particular que

YVONNE PEREIRA

perteneciera a su madre Amelia de Guzmán y a su abuela y se arrodilló ante el altar para orar, deshecho en llanto.

CAPÍTULO II

ANDREA Y SU OBSESOR

“Los espíritus malos pululan en torno de la Tierra, en virtud de la inferioridad moral de sus habitantes. La acción maléfica que ellos desenvuelven, es parte de los flagelos que la Humanidad sufre en este mundo. La obsesión, como las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, deber ser considerada como prueba o expiación y, como tal, aceptada.”

(“El evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XXVIII, “Colección de Oraciones Espiritistas, Nº 81.)

Una vez iniciado el baile prosiguió extendiéndose hasta altas horas de la madrugada. Había cierta constricción entre los invitados que se preocuparon con el incidente ocurrido a la salida de la mesa. Pero la buena educación, aconsejaba que permanecieran discretos, no demostrando impresiones desagradables; y como el anfitrión suplicara que se divirtieran sin más preocupaciones, todas las veces que la orquesta presentaba un nuevo número de danza, el salón brillaba bajo el encanto de las parejas que iban y venían en graciosos movimientos. Entre la

nobleza se danzaba el minuet, no obstante en la introducción de danzas más modernas, se veía que aquella sociedad nada había perdido de la brillantez y de la distinción conocidas en los salones anteriores a al Revolución; más bien se diría todavía más noble y grave de la que fue en el pasado. Pero ni Andrea ni su hermano Víctor, así como tampoco su prometido Alexis y su primo Arturo, habían comparecido al baile.

Retirándose de la mesa acompañada por su hermano, la joven Guzmán al llegar a sus propios aposentos cayó presa de terribles explosiones obsesoras. Una violenta crisis se presentaba. Durante la misma se manifestaban acusaciones terribles, explosiones de odio, amenazas y quejas dolorosas contra ella misma por una entidad invisible, violenta y odiosa, que se revelaba como personalidad de buena cultura intelectual, pero de inferior educación moral. Eso era frecuente y común desde la infancia de Andrea, en Madrid. La niña no podía vivir tranquila; no le era permitido disfrutar ni un solo día de alegría, pues en el momento en que pudiera disfrutar de una satisfacción, le advenían tales crisis que la postraban después días y días, enferma y deprimida. Por eso mismo, Andrea era triste y enfermiza, agitada y nerviosa. Raramente sonreía, a pesar de ser muy bella de formas y de cara. Su instrucción no se encontraba a la altura de su condición social, ya que el enemigo invisible no le permitía treguas para el cultivo regular de su propia instrucción. Su madre sentía por ella horror, y la abandonaba a los cuidados de criada y gobernantes; y su padre mostraba por ella tan manifiesta aversión, que ansiaba casarla para libertarse de su convivencia.

En esa noche de Navidad que sería una de las más felices de toda su vida, si pudiese ser una criatura normal, su crisis fue de las más fuerte. Podría decirse que su enemigo invisible, contrariado, que la dominaba con verdadera posesión, era implacable a través de ella misma, dando gritos, vociferando espantosamente, lanzándola al piso.

-“De modo alguno la dejare unirse a Alexis...Antes la mataré, que permitir que eso se lleve a cabo. Son dos criminales que merecen castigo... Yo preferiría a Arturo, pues ella le debe dos grandes reparaciones...Además, porque yo amo a Arturo, porque él es mi hijo querido de siempre... ¡Ay de ella si me desobedece! Odio a esa miserable con todas mis fuerzas, ya que ella desgració dos veces a mi pobre hijo, por quien todavía sufro hoy, recordando aquel deplorable pasado... He de hacerla padecer lo mismo que mi hijo padeció por ella. Ustedes han de verlo: ¡ustedes lo verán! He de atormentarla, tal como ella nos ha atormentado desde aquel fatal día 20 de octubre de 1572, en que se introdujo en la vida de mi hijo Luis, destruyéndolo y quitándole su paz, cuando yo lo veía tan dedicado a Dios...”

Enseguida, callándose, la tiraba al suelo pareciendo que la golpeaba; le apretaba el cuello sofocándola; haciéndola echar espumada por la boca con la lengua afuera; la hacía rodar por el piso, martirizándola, mientras, sin perder la conciencia, ella llorando gritaba pidiendo socorro y compasión acongojada e inconforme... y si en ese momento alguien la examinara, hubiera podido ver que su rostro, sus manos y su cuello estaban arañados por uñas aguzadas, mientras su cuerpo mostraba señales de haber sido golpeado.⁷

Arturo de Guzmán d’Evreux, cansado de oír las torturas de su prima, resolvió intervenir. El se encontraba en un cuarto próximo, velando en compañía de su hermano.

Era sabido por toda la familia que Andrea era poseída por entidades infernales, y sus padres y las demás familias no tenían una idea definida sobre lo que realmente sucedía, pero, por lo menos comprendían la anormalidad, estando seguros de que un espíritu diabólico la atormentaba, tal como aquellos que describía el Evangelio.

⁷ Efectos físicos producidos por el obsesor.

Se sabía también entre la familia, que Arturo poseía el poder de calmar a la joven en esos momentos dolorosos, al paso que Alexis la irritaba aún más, lo que concedía a aquél cierta ascendencia sobre la prima. Pidiendo pues permiso a los tíos, Arturo penetró en el aposento en que la obsesada se revolcaba por el piso y muy naturalmente la invitó a callar los gritos que profería; la levantó y sentó junto a él. Andrea obedeció. Arturo le tomó la mano, se la besó y comenzó a hablarle dulcemente al paso que ella se deshacía en llanto. Pero Víctor penetró también en el aposento y asistió a la escena, mientras Alexis afligido y sufrido, permanecía en donde se encontraba.

El doctor en doctrinas secretas conocía el fenómeno que ocurría con la hermana y pidiendo permiso a sus padres, resolvió intentar alivio para la infeliz sufriente y paz para la familia con los conocimientos que poseía. Hizo que Arturo se levantara del lado de Andrea y a ésta la hizo sentarse en el centro de aposento, en la misma poltrona, y rogó a los presentes, que eran sus padres y Arturo, que orasen a Dios mentalmente y guardasen silencio. El también oró suplicando el socorro divino, puso sobre la cabeza de Andrea las manos extendidas como para transmitirle fuerzas síquicas especiales, con el fin de lograr la verificación del trance necesario y a la vez, sentándose ante ella, la interrogó tan naturalmente como si se estuviera dirigiendo a una entidad humana, pero en verdad, se dirigía al obsesor:

-¿Quién eres y por qué procedes tan deshumanamente con mi hermana?

La entidad invisible, que se servía de las facultades medianímicas de Andrea, se recostó en la poltrona como si se sentase más cómodamente a través de ella, y respondió:

-¿Con qué derecho me haces semejante pregunta? ¿Por qué pretendes penetrar el misterio que envuelve a ella y a mí?...

-Con el derecho que tengo de amor a Dios a mi prójimo, y de practicar la beneficencia; y porque para mí, no es misterio la vida que vives y lo que pasa entre ti y mi hermana...

Y así se inició un largo diálogo.

Víctor sabía que no era normal ni ventajoso conversar con aquella entidad perseguidor por intermedio de su hermana, a quien la misma atormentaba, pues Andrea no era vehículo recomendable porque se trataba de una enferma afecta a las irradiaciones vibratorias inferiores de su perseguidor.⁸ Sabía que el asedio constante de un perseguidor de aquella clase, afectaban las funciones síquicas del intermediario humano (el médium) y que en tal estado poco se podría esperar de él para un intercambio necesario a su curación. Pero en vista de la urgencia de la situación y deseando enterarse de los acontecimientos que envolvían a su hermana, aceptaba el fenómeno esperando éxitos en la empresa, pues sabía también que era posible conversar con una entidad perseguidora, a través del perseguido, aunque en esa forma no fuera posible curarla o erradicar el mal definitivamente.

Oyéndolo la entidad, dominando vigorosamente la mente de Andrea-porque frecuentemente el obsesor llega a incorporarse en su víctima- el espíritu maléfico respondió:

-Bien..., soy un viejo conocido tuyo. Siempre te admiré y te respeté, pues eres bueno y virtuoso, y hasta te quiero bien porque lo mereces. Por eso te contesto y me retraigo en tu presencia. Pero a tu hermana, la odio, le haré todo el mal que pueda...

-¿Se trata de un odio gratuito, o de una venganza?

-Sabes que no existe el odio gratuito. Hasta llegué a amar a esa niña en otro tiempo... Se trata de una venganza, pues no me conformo en aceptar pasivamente la maldad de ella...

⁸ El obsesor no debe ser adoctrinado a través del obsesado, y sí utilizando otro médium, cuyas condiciones síquicas ofrezcan mayores garantías para un buen éxito.

-Y la práctica de ese crimen, la venganza, ¿te dará la felicidad? Persiguiendo, así encubierto por tu estado invisible, a un ser indefenso, ¿no ves que superas su propia maldad, de la cual te quejas? No obstante, te agradezco que me quieras bien y acepto tu buena voluntad hacia mí, deseando conservarla. ¿Quieres ser mi amigo?

-Soy tu amigo desde hace siglos, aunque en este momento no puedas acordarte de mí... Me llamé Monseñor de B... en el siglo XVI y fui alto personaje religioso en el reinado de Carlos IX y de Catalina de Médicis. Me llamé Arnoldo Numiers en el siglo XVII, y nuevamente fui tu amigo... pero ella... Ella no nos merece ni a ti ni a mí... Siempre fue una traidora. Ha llevado a mi hijo a la desesperación con su mal corazón de hierro, que jamás se conmovió ante el sagrado amor que él le consagra. Lo he intentado todo para destruir en el corazón de mi hijo ese malhadado sentimiento que lo dominó para siempre. Pero él resiste porque la quiere desde los tiempos de Roma... Más fácil será destruir Cielos y Tierra, que arrancar de su corazón la imagen de ese amor...

-Y, ¿quién es tu hijo amigo mío? ¿Lo puedo saber?

-Se llamó Luis de Narbonne, en el siglo XVI; fue religioso y soldado, llamado el "Capitán de la Fe" por sus admiradores; fue Príncipe y Conde, pero murió en una prisión secreta, desesperado de amor y de dolor, tirado allí por ella y por la Reina Catalina. Siempre ella... Se llamó Enrique Numiers en el siglo XVII y fue un valiente caballero, intrépido y generoso, pero se suicidó, arrojándose desde gran altura, aniquilado por una nueva traición de ella. Bien ves que me sobran razones para detestarla y para vengar la dignidad ofendida de mi pobre hijo. Ahora se llama Arturo de Guzmán d'Evreux, y ahí está junto a ella. Sé que él sufrirá mucho, pues ya sufre... ¿Qué será de él? La ama y la amará siempre. ¿No lo ves? ¿Por qué quieren darle a ella en matrimonio a otro? Mi hijo, ¿no tiene derecho a realizar lo que lo haría feliz? Tal vez, si yo lo viera feliz, pudiera perdonarlo todo y olvidar... pero te aseguro que el casamiento que proyectan no se realizará: ¡yo lo impediré!

Francisca María de Guzmán, la madre de Andrea, se puso a llorar y a temblar, horrorizada con lo que oía del “demonio” que se posesionara de su hija. Arturo y su tío, no obstante, atribuían la conversación de Andrea a las fantasías de su mente debilitada por la enfermedad, pues la joven, según ellos, era dada a las lecturas fuertes, histérica y epiléptica. Solamente Víctor comprendía íntegramente, lo dicho por la entidad.

-Me dan ímpetus de abofetearla, para verla cesar con esa palabrería incomprendible- murmuró el padre, mientras Víctor respondía al ser espiritual comunicante:

-Lamento todo eso, amigo mío. Pero sabes bien que no me puedo acordar de los acontecimientos a que te refieres. Creo, no obstante, en lo que me dices, y que Andrea sea culpable. En nombre del Altísimo, no obstante, deseo hacer contigo un pacto. ¿Quieres oírme?

-A ti, noble Carlos Felipe de La-Chapelle, nada podré negar... Hasta deseo, servirte, desagradiarte, pues mi hijo pecó contra ti y, repito, fui y soy tu amigo...

-Me llamas por un nombre que no es el que tengo actualmente. ¿Qué significa eso?

-Era el nombre que tenías en el siglo en que te conocí y en el que mi hijo erró contra ti... pero sé que lo perdonaste y me siento tranquilo por ese lado. Dime lo que desees.

Entonces, Víctor de Guzmán, propuso al obsesor de su hermana, lo siguiente:

-Si me conoces, amigo mío, sabes que también yo amo a mi hermana, a esa Andrea a quien odias, del mismo modo que tú amas a tu hijo. Así, pues, tal como deseas defender la felicidad de tu hijo contra Andrea, yo deseo defenderla contra tu odio, pero no vengándome de ti ni molestándote; y sí preparándola para que sepa querer a tu hijo como él

merece y la Ley de Dios permita. Dices que tu hijo ama a Andrea. ¿Crees que él será feliz viéndola desgraciada? ¿Crees que el día que se dé cuenta que tú la haces sufrir, podrá amarte y respetarte? En nombre del Dios Altísimo, te propongo treguas en este litigio en que estás empeñado. En nombre de Dios Altísimo, te ruego, Arnoldo Numiers, que me concedas la caridad de suspender tus ataques contra mi hermana, por algún tiempo, al menos. Dame la oportunidad de reeducarla y de hacerla merecedora del amor de tu hijo, y de tu amor... Si ella erró contra vosotros, fue porque era ignorante, porque no conocía a Dios...

-¡No! Ella erró porque era mala, pérfida, vil. Era ingrata, poseía todos los defectos. No creo que consigas reeducarla. Ella necesita sufrir para aprender a respetar, por lo menos, a aquellos que la han amado y que la han servido. Solamente la fuerza del destino podrá tener acción sobre ella. Yo soy parte de esa fuerza...

-Déjame que trate de reeducarla, de hacer que se arrepienta, que aprenda a renunciar a las cosas de este mundo y a vivir, sólo para el Bien...

-¿Me pides, entonces, que espero siglos para ver si debo castigarla según pretendo? Lo que deseas hacer es obra confiada al tiempo, a los siglos...

-Será preciso, entonces, ayudar en los siglos, y yo los ayudaré, mi amigo. Te pido una tregua, por lo menos, por dos años. Si en ese espacio de tiempo yo no consigo reeducarla, te dejaré libre del compromiso para conmigo. Actuarás, entonces, responsablemente, ante Dios, a quien rendirás cuentas de lo que hicieres. No ignoro que mi hermana se encuentra seriamente comprometida con la Ley de Dios, y que, por eso mismo, solamente de ella misma dependerá su curación. Por tanto, te propongo lo que oyes. Si así fuera, si vieras que Andrea se transforma para Dios y para el prójimo. ¿Quién sabe si tú mismo volverás a

quererla ahora, y la felicidad brillará para todos? Para tu hijo, inclusive. ¿Aceptas?

El espíritu maligno meditó durante algún tiempo y, después de algunos instantes, respondió:

-Soy tu amigo. Siempre fuiste amigo de tus semejante, amigo de mi hijo, y amigo mío. Todavía me recuerdo de los bueno que eras para todos nosotros, en nuestra aldea de Flandes, y cómo consolaste a mi Enrique cuando ella se fue con otro hombre, abandonándolo... A ti, nada podré negarte. Acepto tu proposición, aunque no pueda creer en la conversión de ella al Bien, como deseas. Ella es mala, pérfida, traidora. Pero te concedo los dos años de tregua. Quiero ser sincero en decirte que me conservaré a distancia, observando los acontecimientos. A la primera falta que Andrea cometa, sirviéndose de su propia voluntad, yo volveré a actuar sobre ella.

-¡Agradecido! ¡Y prometo a Dios no ser feliz mientras no vea a mi hermana rehabilitada de las ofensas que hizo a tu hijo, o la Ley de Dios, aunque todo eso me cueste siglos de trabajo y de sacrificios!

Francisca María, continuaba llorando.

El señor Guzmán d'Albret y su sobrino Arturo, contemplaban la escena atenta y gravemente, sin dar crédito a los que presenciaban. En el primer piso, la orquesta continuaba animando el baile. Andrea respiró profundamente. Se levantó de la poltrona, se estremeció con violencia, y cayó inerte sobre la alfombra, dando un fuerte grito.⁹

-Levántate, Andrea, ¡en nombre de Dios!

⁹ Modo por el cual los espíritus inferiores dejan a los médiums, cuando esos instrumentos no se hallan bastante educados para regir la dirección de sus facultades medianímicas.

YVONNE PEREIRA

*Aquella noche, la bella joven de Guzmán, no compareció al baile,
pero durmió tranquilamente.*

CAPÍTULO III

VÍCTOR

-“Venid a mí, vosotros que estáis afligidos y sobre cargados, que yo aliviare. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended conmigo, que soy blando y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas, pues (Jesús-Mateo, XI: 28 a 30).

Es hora de que procuremos conocer más acerca de los personajes de nuestra pequeña exposición.

Andrea de Guzmán, fuera hasta entonces un personaje sombrío y apagado en el seno de su familia. Siempre esquiva y solitaria, rechazada por los padres, que visiblemente la despreciaban, considerada como un problema desagradable por éstos y por las institutrices que la habían criado y educado más o menos bien, hablaba poco y jamás se unía a los juegos y a los recreos con los amigos y los parientes. Su amparo, su confort moral, eran los dos primos, Arturo y Alexis, que la querían mucho desde la infancia y cuyo cariño retribuía ella con verdadero apego. Mientras había vivido su abuela, Luisa de Guzmán, la niña tuvo un corazón cariñoso que la protegiera. Pero Luisa había muerto cuando Andrea todavía era una niña, de modo que sólo le habían quedado los dos jóvenes primos como consuelo en sus amarguras. Amaba tiernamente al hermano, de quien oía hablar con respeto y admiración, pareciéndole que de otras etapas reencarnatorias, venía el gran

sentimiento que le consagraba. Pero lo conocía poco, por así decir, pues Víctor fue en misión de estudios a Oriente y sólo al terminar el drama de la Revolución pudo disfrutar de su intimidad y refugiarse en la gran ternura con que él sabía tratarla.

No era propiamente culta, pero parecía una persona ansiosa en querer progresar, y se sentía cohibida por la opresión doméstica y por los disturbios consecuentes de la anormalidad que sufría. Las circunstancias de su vida, atormentada por un obsesor, le habían dificultado sobre manera su instrucción. No obstante, además de algunas letras, sabía música aplicadamente y cantaba tocaba el piano con acierto, lo que representaba un gran consuelo para su extraño mal. Tenía el hábito de pasear a solas por el parque de su residencia durante la noche hasta las primeras horas de la madrugada, procurando los rincones más sombríos y desolados para refugiarse, en cuyos bancos se sentaba, así como sobre la hierba de los canteros, poniéndose a llorar o a hablar con seres imaginarios, tal vez con entidades adversarias que la asediaban, o con su propia conciencia.

Muchas veces sus primos Arturo y Alexis le hacía compañía en tales paseos. Entonces, caminaban los tres enlazados unos al otro pero en silencio y, si hablaban, trataban solamente de asuntos banales, aparentemente indiferentes al tumulto sentimental que inquietaba sus corazones. Pero comúnmente, Andrea salía sola ocultamente, después que la casa entraba en silencio, y se demoraba en el parque hasta altas horas de la madrugada, siendo muchas veces encontrada dormida en algún banco de mármol por el jardinero, que por la mañana iniciaba sus tareas entre los canteros. Vivía, por eso mismo, enfermiza, debilitada, atacada por constantes resfriados y por toses impertinentes. Los padres la reprendía, los primos temían por ella, y procuraban medicarla; y para que eso no se repitiese, había sido preciso esconder las llaves por la noche y utilizar cerraduras bien resistentes. Pero poco

tiempo después, conseguía las llaves que le permitían reiniciar tales aventuras.

Andrea de Guzmán, era un espíritu que había errado desastrosamente dos de sus anteriores reencarnaciones terrestres, y ahora se encontraba en período de expiación, rescatando con su sufrimiento las anteriores faltas de respeto a Dios y de amor al prójimo. Ella había sido nada menos que la bella Ruth Carolina de La-Chapelle,¹⁰ que había desgraciado a Luis Narbonne y había vilipendiado el Evangelio con la traición a sus principios, practicado una venganza cruel contra una ofensa en vez de conceder el perdón a su adversario. Fuera, pues, en reencarnación inmediata, Berta de Staneisbourg, en el Flandes Occidental, por el siglo XVII, y había reincidido en los mismos conflictos, agravándolos notablemente con nuevas traiciones y desacatos a la familia, a los amigos, a la sociedad, al prójimo y a Dios. Era necesario pues, ahora, aceptar las consecuencias de los propios desatinos. La misericordia de lo Alto, que no desea la desgracia del pecador, y si su conversión al Bien, renovando las oportunidades para su recuperación moral espiritual, le diera como amparo en las pruebas expiatorias del momento, la presencia de tres corazones que mucho la habían amado en el pasado: Víctor, el hermano bien amado del siglo XVI; Arturo, o sea Luis de Narbonne, que había errado que sufriera, pero cuyo amor por ella resistiera todas las peripecias experimentadas; Alexis el mismo generoso espíritu que había sido el príncipe Federico de G..., que la amara eternamente en la misma época y la salvara de un fin siniestro en posesión de enemigos implacables. Ella podía por tanto, vencer las pruebas necesarias bajo el amparo de tan fieles corazones, bastando para ello, que se elevara hacia Dios a través del cumplimiento de sagrados e ineludibles deberes.

¹⁰ Personaje central de la obra "En las Vorágines del Pecado" del mismo autor espiritual.

A su vez los gemelos, Arturo y Alexis, si eran unidos por nacimiento, en realidad, eran verdaderamente extraños moral y espiritualmente. Ambos eran poseedores de buen carácter, caballeros excelentes cuya honradez de principios demostraban ya a los dieciocho años de edad, y revelaban tener personalidades respetables, dignas del aprecio general. Alexis era la serenidad personificada, cuyos sentimientos religiosos innatos lo habían llevado a una temporada de estudios religiosos en un convento de Madrid, pues aspiraba realmente al ingreso definitivo en la vida religiosa. Pero la familia, contraria a esa vocación, lo desvió de la idea religiosa insinuándole el recurso de ser útil a la Patria a través de la diplomacia y del casamiento con su prima Andrea, a quien él dulcemente se había aficionado desde la infancia. Se preparaba pues, para la carrera diplomática; pretendía trasladarse a París a fin de iniciar la carrera escogida; era estudioso y culto, fino de maneras, revelando gallardamente las cualidades de aristócrata, sin olvidar jamás los deberes para con Dios y el respeto a los principios del Evangelio Cristiano. Era bello de formas, rubio y esbelto, pensativo y tal vez melancólico.

Arturo igualmente admirable, dado también a principios nobles era no obstante, adverso a la religión un individuo que no creía en Dios, casi materialista a los dieciocho años de edad. Apasionado por el militarismo, ya había cursado en varias escuelas de ese género en España y ahora se preparaba para dirigirse a Tolón, ciudad francesa marítima, en donde existían célebres escuelas militares. Allí seguiría la carrera de las armas. Conocía bien la hípica y la esgrima; era valiente, sin temores de ninguna clase, y todo indicaba que sería brillante su futuro en las armas. Había escogido la caballería como arma; era admirador de las paradas militares y ansiaba que llegara el día en que pudiera partir hacia la Escuela de Guerra, a fin de tratar su propio futuro. Una particularidad no obstante, preocupaba a la familia a su respecto, y a él mismo: Arturo, no soportaba la sensación de las alturas. Una nube de sangre (decía él), turbaba sus sentidos, si por ventura se acercaba al

balcón de una terraza y miraba hacia abajo. Se estremecía, se tambaleaba y caía al piso del balcón privado de fuerzas para dominarse. A continuación sufría una crisis de convulsiones y contorsiones impresionantes, durante las cuales sus ojos se dilataban de horror, la boca se le abría como si gritos imaginarios la dilatasen, y sus brazos y manos se agitaban afligidos procurando cualquier cosa donde agarrarse para socorrerse.

Es que Arturo, el Luis de Narbonne del siglo XVI, reencarnara como Enrique Numiers en el siglo siguiente, en un pequeño burgo de Flandes Occidental y fuera suicida, tirándose desde lo alto de una roca de granito y dándose así, muerte violentísima y tenebrosa, cuyas repercusiones mentales vibratorias en su cuerpo espiritual (periespíritu), acarrearán en la existencia siguiente los espasmos de la agonía sufrida anteriormente. En aquellos momentos, por tanto, surgían de lo recóndito de la conciencia de Arturo, los choques vibratorios que su ser espiritual había sufrido y él revivía el instante supremo de su caída en la pasada existencia física. Ese traumatismo horrible, solamente después de largo tiempo podría desaparecer de la individualidad espiritual del suicida.

Consultados desde el principio de la extraña enfermedad, los médicos de Madrid y de París, declaraban que se trataba de choques nerviosos debidos a la sensación de la altura, lo que en realidad era verdad, pero que tales impresiones desaparecerían con la edad y principalmente, con la intensidad de la vida militar que él esperaba llevar a cabo. Que apresurasen el ingreso del joven en la vida militar, y entonces, la curación sería lograda. Pero en verdad, Arturo sufría tales convulsiones desde su primera infancia, aun sin sensación alguna provocada por las alturas. Estas, por tanto, invariablemente, provocaban el fenómeno, aunque él se estuviera sintiendo bien. Por la familia, era considerado epiléptico y esa fuera la razón de haber escogido a Alexis para el matrimonio con Andrea, pues no convenía a los Guzmán, una descendencia señalada por un mal incurable. Pero se

engañaban todos, porque el mal, aun siendo incurable, no era físico ni síquico y, por tanto no era transmisible por la generación. Los dos jóvenes hermanos por la sangre, no era verdaderamente amigos. Recíproco sentimiento de desconfianza y de repulsa, les impedía unirse con amor fraterno.

Ellos no se comprendían, se censuraban por todo y por nada, y jamás tenía confidencias mutuas. La hostilidad más pronunciada, por tanto, provenía de Arturo, que era provocador y se complacía en alcanzar al hermano con ofensas siempre que le fuera posible. Alexis que parecía temerle, jamás provocaba, limitándose a defenderse cuando la conducta de su hermano ultrapasaba los límites de las conveniencias. Frecuentemente Andrea los reconciliaba, sin lograr conseguir extinguir la animosidad que parecía hacer infelices a los dos gemelos. Ambos amaban a la prima y sentían celos mutuos, esforzándose siempre por sobrepasar las gentilezas de uno y de otro para con ella.

Antes del anuncio oficial del noviazgo de Alexis con Andrea, ni él ni Arturo se habían dado cuenta que el sentimiento que animaban sus corazones era el amor pasional, ese sentimiento que muchas veces altera y hasta hace desgraciada la existencia de una criatura cuando el equilibrio de la razón no lo orienta. Después de aquella noche de Navidad, en que el señor de Guzmán daba como oficializado el noviazgo de su hija con Alexis, éste y su hermano comprendieron que lo que sentían por Andrea era el verdadero amor del hombre por la mujer y por tanto, se había trasfigurado. Alexis pasó a examinar mejor los encantos femeninos de su prima, y sus pensamientos se poblaban de sueños, mezclándose con sus aspiraciones religiosas. Arturo pasó a tener insomnios, y se interrogaba a sí mismo cada día diciéndose:

*-¿Por qué escogieron a Alexis para casarse con Andrea y no a mí?
¿Cómo deliberaron ese noviazgo si escuchar previamente a cual de nosotros ella amaba? Tengo razones para suponer que es a mí a quien*

ella ama... Y cuando acontecen sus crisis de histeria, ella es a mí a quien acata; y, ¿no se aquieta prendida a mi mano?

“Nuestros parientes afirman que entre nosotros los gemelos, soy yo el más viejo, pues nací primero, lo indicaría que fui engendrado por mis padres, antes que mi hermano gemelo. Si es así, ¿por qué no me propusieron para el casamiento, siendo el más viejo? Por ventura, las crisis que acostumbro a sufrir, ¿me impiden constituir familia? ¿No podré entonces, casarme nunca? Y se perdía en interrogaciones y deducciones ingratas que por sí mismas, constituían una tortura moral indescriptible.

Mientras tanto Víctor, comprometiéndose con el obsesor de la hermana para intentar el exiguo plazo de dos años, la reeducación moral y mental de la misma, a fin de prepararla para una defensa contra las tinieblas espirituales que la perseguían, puso manos a la obra en los primeros días que siguieron a la noche de Navidad, durante la cual había visto a Andrea debatirse contra su enemigo invisible. Como prosélito de las doctrinas espiritualistas y como médico que era, comenzó por escoger una alimentación conveniente a la enferma: hortalizas, legumbres, frutas, leche y huevos. Enseguida, le prosiguió gimnasia respiratoria y otros ejercicios apropiados a la elasticidad y bienestar fisiológico, como la circulación de la sangre, el funcionamiento renal, intestinal, etc. Ejercicios de higiene mental: educación del pensamiento, represión de los deseos poco dignos, renovación de los hábitos diarios, si éstos no coincidieran con la armonía divina, proyección de las ideas en el sendero del Bien y de lo Sublime, la búsqueda del Ser Divino, es decir, su esencia dentro de sí misma. Lecturas moralizadoras y recreativas que la instruyesen para la vida práctica y el estudio sobre la Naturaleza, para que ella se sintiese agradablemente unida a la Creación Divina que rodea al hombre en el bello planeta en que vive, y que por tanto no continuase profanándolo con la secuencia de los propios errores, que necesariamente romperían la armoniosa tela que podría ser

su vida. Se trataba de un curso rápido de introducción a la doctrina Espiritualista, entonces aceptada por numerosos filósofos orientales y hasta occidentales, intentando salvar a su hermana de sí misma y, lógicamente, de la inferioridad moral que le abría las puertas para la acción obsesora.

Andrea no se sometía buenamente a esos rigurosos métodos que le indicaba su hermano, aunque la propia música, el análisis y la declamación de los grandes poemas, entonces muy en boga, eran incluidos, en la terapia a que su hermano, como médico y ocultista, deseaba someterla.

Pero Víctor, era también cristiano, además de ser adepto a las doctrinas orientales. Por la noche, invitaba a sus familiares, que lo respetaban con señalada obediencia, haciendo lo mismo con los visitantes y huéspedes del día y también a la servidumbre y los reunía a todos, así como a Andrea, en el salón noble del palacio. Sus padres, orgullosos, prejuiciosos, celosos de una casa ilustre que venía desde el siglo XIII, se sentían humillados, viendo a la familia unida, así, a los villanos, como ellos consideraban a los criados. Pero sin valor para protestar, se inclinaban a las ideas de su hijo, ciertos de que la Revolución transformara visiblemente la sociedad francesa...

Una vez todos reunidos, Víctor daba comienzo con delicadeza a exigir a la hermana que ejecutase al piano una o más piezas musicales de Mozart, Bach o de otro autor renombrado de la época. Hacía que todos se sentasen convenientemente en círculo para oírlo después del concierto dado por su hermana. Él se situaba de pie en el centro del salón, como en un anfiteatro y como era un orador de gran mérito didáctico, comenzaba a exponer la Doctrina Cristiana y la personalidad admirable de Jesucristo.

Les hablaba de los apóstoles del Señor, de sus tremendas responsabilidades ante Dios y los hombres, de sus luchas y sufrimientos

por la difusión de la Buena Nueva de Cristo, de sus deberes y de sus devociones a los principios del Evangelio. Les hablaba de los mártires que por amor a la nueva fe enseñada por el Hijo de Dios, lo soportaran todo buenamente y llenos de esperanzas, recordando para ejemplo de los oyentes, el gran amor y la gran esperanza que todos ellos tuvieron en la victoria del Reino de Dios, en la protección del Cristo y la resurrección del alma y su inmortalidad después de muerto el cuerpo. Toda la epopeya sublime del cristianismo se desenvolvía entonces en presencia de los oyentes, por la palabra ardiente de Víctor, que viajó a Palestina y se sentía como impregnado de aquellas escenas vividas por los seguidores de Jesús. Y les explicaba también el Código de leyes morales existentes en el Sermón de la Montaña, en las prédicas del Señor a la orilla de los lagos o a solas con sus amigos y discípulos. Les daba el Evangelio redentor racionado, meditado, detallado. Y hasta las primeras horas de la madrugada, los entretenía con su palabra bella y sabía.

Otras veces Víctor presentaba como temas, para sus bellas oraciones, el raciocinio sobre la existencia del Alma y sus poderes, su inmortalidad, su marcha hacia el progreso y el Bien hasta Dios, a través de las sucesivas migraciones o reencarnaciones; la comunicación con el alma de los muertos, el poder de la oración; en fin, mil enseñanzas redentoras de las que el hombre no puede prescindir para su evolución general y para la conquista de la paz del corazón. Visitaba a los pobres y a los enfermos de las aldeas próximas, trataba gratuitamente sus enfermedades y aminoraba sus aflicciones; les suministraba las enseñanzas evangélicas, aleccionaba y enseñaba a las criaturas de las cercanías; era por así decir, un apóstol del Bien, un servidor del Cristo, tal como lo había sido en sus dos existencias anteriores cuando devotamente había servido a Dios, amando al prójimo. Y por todas partes a donde iba hacia que Andrea le acompañara, enseñándole el camino a seguir; la asociaba a todos los movimientos intentados a favor del prójimo, al paso que Alexis lo seguía voluntariamente, conmovido y encantado, considerándolo un maestro, mientras Arturo se mantenía poco menos que indiferente.

¡Oh! Él era la perfecta encarnación de aquel generoso Carlos Felipe de La-Chapalle, que diera la vida por amor al Evangelio en el siglo XVI.¹¹

Desgraciadamente, si muchos de aquellos servidores y visitantes presentes y Alexis, encantados absorbían con avidez las palabras iluminadas del ilustre orador y sus ejemplos de cristianos, grabándolos en la mente y también en el corazón, para tristeza del propio Víctor, Andrea no solamente dejaba de interesarse por las palabras del hermano, sino que adormecía profundamente mientras él discursaba. Pero el joven orientalista era perseverante y dedicado, y nuevamente, en días y horas escogidos, volvía a su prédica de instrucción moral a la familia y a los amigos. A su vez, el Conde y la Condesa de Guzmán si consideraban bellas las disertaciones del hijo (enorgullecándose de su saber), lejos estaban de comprenderlo y de asimilar la gran doctrina de redención que el Cielo les enviara a través del él.

Continuaban encastillados en su gran orgullo, mientras sus corazones se esquivaban de aceptar todo lo que oían.

Un pensador, un psicólogo, un espiritualista reencarnacionista, reconocería en Víctor la resurrección en la carne de una antiguo instructor de colectividades, un mentor de almas en aprendizaje en la Tierra, un pastor de la Reforma, un sacerdote de la Iglesia de Roma...

Sí, él había sido todo eso en antiguas etapas de su vida de espíritu en tránsito entre el mundo astral y la Tierra; y ahora, era filósofo de una gran Doctrina, todavía no debidamente difundida entre los hombres: la doctrina de la inmortalidad, revelada desde el Cielo hacia la Tierra, por las buenas almas, mensajeras de Dios.

¹¹ Alusión a episodios descritos en el romance "En las Vorágines del pecado", del mismo autor espiritual.

CAPÍTULO IV

EL SUICIDA REENCARNADO

-“En cuanto a los suicidas, la perturbación en que la muerte los sumerge es profunda, penosa, dolorosa. La angustia los encadena y sigue hasta su reencarnación posterior. Su gesto criminal causa al cuerpo flúidico un choque violento y prolongado, que se transmitirá al organismo carnal próximo, a través de la reencarnación. La mayor parte de los suicidas, vuelven enfermos a la tierra. Al suicida le repercute con fuerza, el acto brutal que lo despedazó y le producirá largas repercusiones en su estado vibratorio y determinará afecciones nerviosas en sus futuras vidas terrestres.”

(“El problema del Ser, del Destino y del Dolor” de León Denis, Primera Parte, capítulo X, titulado “La Muerte”).

La Navidad había pasado y ahora, apenas era un recuerdo agradable y muy grato en el corazón de aquellos que en ese día sugestivo, se habían reunido en familia después de quince años de incertidumbres y de angustias. Todo iba sucediendo normalmente en Saint-Omer, la bella residencia de los Guzmán d'Albret. Andrea no había vuelto a sufrir las terribles crisis que la mortificaban. Su noviazgo con Alexis transcurría dulcemente entre juramentos de amor y sueños de felicidad. Sus relaciones de amistad con Arturo, transcurrían prometedoras y un extraño que de lejos observase a los tres jóvenes, no comprendería cuál de los dos mancebos sería el venturoso prometido de Andrea, pues ella parecía unir a ambos en un solo rayo de su afecto. A su vez, ella había embellecido visiblemente. Se había hecho más fuerte, más viva, más mujer, para alegría de su hermano que la veía resurgir físicamente de las antiguas indisposiciones que la atormentaban. Pero, si eran notorios los progresos fisiológicos de la joven prometida, los morales eran bien reducidos, casi nulos.

Andrea aceptaba las importantes enseñanzas del hermano, como si aceptara las lecciones de un curso escolar cualquiera, por deber y por condescendencia para con la necesidad de las circunstancias que vivía; sin calor, sin fe, y sin entusiasmo. Las horas de las lecciones, para ella, eran molestas, momentos fatigantes que ni la satisfacían ni la emocionaban. En muchas ocasiones se quejaba de la falta de distracciones, de la escasez de diversiones en Saint-Omer y en Vannes. Confesaba al hermano y a los padres, disgustada, no sin justas razones, que desearía vivir un poco más en el mundo, pues aún no lo había hecho; conocer grandes ciudades, asistir a bailes, a teatros, visitar otras tierras y adoptar otras costumbres que la aliviase de la eterna monotonía de la vida que vivía. Y ella ciertamente tenía razón. La distracción es una higiene mental y trae beneficios, cuando es bien escogida y equilibrada. Las almas frágiles no se bastan a sí mismas y necesitan del estímulo social para equilibrarse en un término de vida menos solitario y penoso. Pero, Francia acababa de salir de un montón

de dramas y los franceses, aristócratas o no, cuidaban de reequilibrar la vida y las propias finanzas arruinadas por la Revolución, atentos a su labor y a sus rendimientos, antes de escoger el género de distracciones más convenientes, en una sociedad que se erguía entre desconfianza, y no exenta de temores. Nadie pues, ni el mismo Víctor, se preocupó por favorecer a la impresionable niña con el refrigerio de algunas semanas de distracciones en lugares diferentes de su desánimo cotidiano, apartándola de las aprehensiones que la asediaban. Por otra parte, los señores Guzmán, se inclinaban al género de vida patriarcal y no abrían mucho la mano de los hábitos conservadores para satisfacer a su hija. A su vez, Víctor creía que la vida mundana sería funesta para el restablecimiento síquico de su hermana, la que para liberarse del obsesor que la oprimía debería antes volverse hacia Dios, renovar la mente y el corazón hacia el sentido bueno, escudarse en la fe y en el conocimiento de la Ciencia Espiritual, a fin de poder imponerse a los adversarios y vencerlos por el amor y la práctica del Bien; y no sería ciertamente entre fiestas y bailes, teatros y galanteos, que ella podría adquirir tan significativos valores morales y espirituales.

La vida transcurría normalmente en el palacio de Saint-Omer. Alexis d'Evreux se preparaba para ir a París, pues los primeros deberes de la diplomacia lo llamaban. Arturo preparaba sus maletas para dirigirse a Tolón. Víctor se dedicaba a la medicina, al tratamiento de la hermana y a la educación moral de los propios familiares, de los sirvientes de su casa, de los colonos de su padre y de la vecindad. Era un profesor de letras y un maestro de moral. La Condesa Francisca María y sus sirvientes, ponían manos en los preparativos del ajuar de la novia, Andrea. La madre tenía prisa por casar a la hija que tanto la importunaba.

Esa era la situación en el palacio de Saint-Omer, cuando un hecho decisivo para la familia hizo presentación.

Arturo d'Evreux, a pesar de sus extrañas crisis nerviosas, que muchos de la propia familia creían que se trataba de ataques epilépticos, insistía en querer intentar la carrera militar. Lleno de entusiasmo, soñaba con ser heredero de la gloriosa tradición militar de la familia, que tantos soldados diera a la Patria; servir al Emperador, poseer su compañía de caballeros, ejercitarlos, disciplinarlos a su modo para que pudiese sentirse orgulloso de ellos, al frente de todo el ejército de Francia. Para eso, pensaba y se decía a sí mismo:

-Necesito ejercitarme para vencer esa morbidez, que me hace desfallecer cuando me asomo a las alturas o me emociono. Si tal debilidad persiste, ¿cómo podré enfrentar las pruebas que me esperan en mis estudios en Tolón? ¿Seré, por ventura, un inválido?

Y proseguía en sus ejercicios, en la gimnasia, en las corridas individuales o a caballo, en la esgrima, en el tiro al blanco y hasta en los saltos. Para eso había contratado maestros venidos de París, antiguos militares llenos de glorias, de experiencias, los cuales al peso de buenos salarios y hospedajes le suministraban instrucciones para las pruebas que de él habían de exigir. Pero a pesar de tanto entusiasmo, esos ejercicios frecuentemente lo postraban en terribles convulsiones y en ataques nerviosos que le hacían tomar el lecho durante dos o más días.

El carácter de Arturo era bueno para el carácter de oficial militar, de un comandante de tropas. Pero en vano se esforzaba, pues no tenía posibilidad física para la vida militar.

No obstante, desde el evento del noviazgo de la prima con su gemelo, Arturo no parecía ser el mismo hombre. Se retraía de todos, prolongaba los ejercicios a que se dedicaba durante más horas de lo que debía, sabiendo que las convulsiones serían el final de sus excesos; o se ponía sobre las rocas, a la orilla del mar, contemplando las aguas que chocaban contra las piedras. Se mostraba triste y pensativo. Más que

nunca evitaba conversaciones con el hermano, y torturaba la mente con la deprimente interrogación:

-¿Por qué me negaron a Andrea, sabiendo que yo la amo tanto? Por ventura, ¿me rechazan debido a las crisis que sufrí? Pero, si no fuera militar, podría ser un castellano; poseo bastante fortuna para ello... ¿Qué importancia tienen esas convulsiones? Por ventura, Andrea, ¿no las sufre también? Y Alexis, ¿la ama realmente? Y ella... ¿ama realmente a Alexis? ¿No es a mí, entonces, a quién ama Andrea? ¿Cuántas veces me ha confesado ella su amor y cuántas veces ha aceptado mis besos, acogiendo mis protestas amorosas?...

Tales pensamientos lo enervaban, lo deprimían, lo apartaban cada día más del hermano y se irritaba ante la imposibilidad de resolver la situación con la rapidez que deseaba. Concluía sus propias conjeturas con esta esperanza que tenía el don de calmarlo:

-Bien... Tengo tres años de espera para actuar... Alexis seguirá la carrera diplomática y estará ausente de la casa constantemente... Apretaré el cerco en torno de Andrea... Haré mi curso de caballería y venceré, Andrea será mía; he de conseguirlo aunque me sea necesario romper con toda la familia y raptarla.

Mientras tanto Víctor, observando las actitudes de su hermana para con ambos primos, se preocupó desagradablemente y la interrogó, como forzándola a una confesión definitiva:

-Finalmente, mi querida Andrea, ¿a cuál de los dos amas? ¿A Alexis, tu prometido ante toda la familia, o a Arturo, que parece adorarte y a quien favoreces con un cariño inequívoco? ¿Qué significa lo que observo en torno de ti y de Arturo?

La joven rehusó, esquivando las instancias del hermano. Pero éste insistió, y ella le declaró en lágrimas:

-¡Soy muy desgraciada, mi querido Víctor!

No solamente la persecución de mi enemigo invisible tortura mis días, sino también las indecisiones de mi propio corazón. Amo a Alexis profundamente y sé que no podré vivir sin él; pero amo también a Arturo, aunque a veces, sienta cierto temor por él y una instintiva repulsión, dominada luego por mi corazón. En ambos he encontrado amparo y consuelo para mi aislamiento... Entre uno y otro, yo no podría escoger cuál sería mi marido; fue necesario que los demás lo escogieran por mí. Y por eso acepté a Alexis. Pero ¿cómo?... ¿Cómo vivir sin Arturo, una vez me haya casado con Alexis? Siento por mi novio un sentimiento capaz de todos los sacrificios, una admiración infinita, pero también siento por Arturo una amor piadoso, una atracción irresistible, que no podría ser olvidada... ¿Preguntas qué significa todo eso? Pues yo no lo sé Víctor, apenas reconozco, disgustada, lo que sucede en mi corazón...

El médico oculista no contestó. Se quedó pensativo, en la certeza de que la querida hermana se involucra en un terrible enredo de antiguas encarnaciones, enredo que (él lo reconocía), difícilmente la bondad del hombre podría remediar.

Así se desenvolvía la vida en Saint-Omer, cuando una tarde, pocos días antes de la fecha fijada para la partida de los dos gemelos, y cuando el frío aún soplaba fuertemente, Arturo resolviera probar su propia capacidad de enfrentarse a la altura, para ver si corregía la debilidad insólita que lo confinaba a una situación no solo ridícula, sino dramática. Hacía algún tiempo que sus terribles crisis, que llamaban epilépticas, no se repetían. Esperanzado, resolvió probar a sí mismo la propia curación, en la certeza de que los ejercicios continuados y tratamiento sin treguas, ya habían demostrado el restablecimiento de su propia salud.

Se encontraba parte de la familia, esto es, los tres jóvenes y Víctor, en una amistosa conversación, en una de las salas del segundo piso cuyas

puertas de vidrio daban hacia una hermosa terraza, rodeada de balcones artísticos, como lo eran las edificaciones señoriales del los siglos XVII y XVIII. Próximo, muy próximo a esa parte del edificio, y echando ramas sobre el cobertizo, existía un soberbio roble cuyas ramas serían capaces de ofrecer apoyo seguro al que temerariamente deseara pasar del cobertizo hacia la arboleda. Sentado junto a la ventana, en un momento dado, Arturo vio al gato estimado de la familia sobre una rama del roble, indeciso, entre saltar hacia el cobertizo o alcanzar las ramas más bajas para llegar al suelo. Sin contenerse ni esperar que el animalito resolviera la propia situación, Arturo decidió auxiliarlo y pensó:

-Será una excelente ocasión para probar que estoy curado de mi mal de los nervios...

Distraídos en el ardor de la conversación, sus primos y su hermano, no prestaban la debida atención, observando que él se había levantado, había abierto las puertas de vidrio y se disponía a auxiliar al gato.

La prudencia dispondría que Arturo se valiese de un bastón cualquiera y desde el balcón del cobertizo, lo extendiese hasta la rama que se elevaba encima de éste, ofreciendo al animal apoyo para pasar. Pero, no fue así como el futuro militar actuó. Se subió al balcón, mientras la rama más próxima se balanceaba, impelido por el viento, huyó de sus manos cuando el joven pretendió agarrarlo, con el fin de apoyarse y agarrar al gato. Hizo, entonces, una segunda intentona. Pero, casualmente, sus ojos se desviaron de la rama que intentaba agarrar y miraron hacia abajo, en donde se levantaba otro balcón de mármol, semejante al primero y debajo estaban las escaleras de piedra. Su vista se turbó, sintió que su cuerpo se balanceaba, suspendido en el balcón. En un momento supremo, dando un grito lancinante, como de alarma y de terror irreprimible, intentó todavía agarrarse a la rama y apoyarse en ella. Pero el viento soplaba y le arrebató el frágil auxilio, que resbaló de sus manos. Entonces Arturo se cayó de lo alto, sobre los

balcones y piedras del terreno, en donde quedó inanimado. En esa ocasión, no sufrió la crisis acostumbrada ni las convulsiones y los estertores pavorosos de las anteriores ocasiones. Solamente hubo un silencio, como traduciendo la muerte, la sangre, el desmayo profundo, los huesos fracturados y la desesperación de la familia que no sabía cómo actuar. Fue Víctor quien tomó la iniciativa en hora tan dramática. Usando de la energía de que era dotado, apartó a los familiares del lugar del accidente, improvisó un lecho, auxiliado por algunos criados y cuidadosamente retiró al primo de las piedras. Lo llevaron a un aposento del primer piso. Víctor lo examinó minuciosamente: Arturo vivía. No obstante, estaba sin sentido, en un estado desesperante, vencidos por violento traumatismo. Prontamente, expidió portadores a Vannes, requiriendo la presencia de médicos, pues siendo también médico, no quiso asumir él sólo la responsabilidad del tratamiento, que sería delicado; hecho lo cual, reunió a la familia y declaró:

-Debo ser franco. Es necesario que no tengáis esperanza de una curación. Arturo no murió, porque, milagrosamente, no se hirió el cráneo. Pero se fracturó la columna vertebral. Si no se muere, quedará inválido para siempre. La medicina poco o nada podrá hacer en este caso. Solamente la naturaleza del él mismo podrá ayudarlo, además de los favores divinos.

CAPÍTULO V

EL INVÁLIDO

-“Todas nuestras acciones están sometidas a las leyes de Dios. No hay ninguna por insignificante que nos parezca, que pueda violar semejantes leyes. Si sufrimos las consecuencias de esa violación, no debemos quejarnos más que de nosotros mismo, que de ese modo, nos constituimos en artífices de nuestra dicha o desdicha futuras.”

(“El libro de los Espíritus” de Allan Kardec, Parte IV, Capítulo II, “De las penas y los goces futuros, N°964.)

¿Y Andrea?

Después del desastre, tal como los demás miembros de la familia, Andrea descendió corriendo desesperadamente las escaleras que la llevaban al parque, hasta el lugar en donde, semimuerto, había caído el joven. Impresionable y nerviosa, la novia de Alexis cayó desmayada al ver el estado del primo al que tanto quería, cayendo inanimada entre los follajes de un cantero. Afligidas y en el afán de socorrer al accidentado, a quien creían ver morir de un momento a otro, las personas presentes no

prestaran atención a la enfermiza niña y ni siquiera había percibido lo que le ocurría. Pero cuando ya todos se habían retirado hacia el interior del palacio y se movían en acción de socorro de Arturo, un hombre se aproximó a ella, arrodillándose sobre la tierra, la tomó de la mano, que sintió helada y, retirando de su bolsillo un blanco pañuelo, le enjugó el rostro, pues comenzaba a llover, y la joven tenía el rostro mojado por la lluvia. Después, llevó su diestra al corazón de la niña auscultándolo. Viendo que la muchacha Guzmán respiraba, aunque débilmente, su fisonomía se tranquilizó, la levantó entonces en sus brazos, como si fuera una pluma, la comprimió dulcemente sobre su corazón mirándole el rostro pálido y abatido, con dolorosa ternura. Sus ojos, a la luz indecisa del crepúsculo, se humedecieron por una emoción profunda. Enseguida, dilatando el corazón en un suspiro largo, entrecerró sus párpados y comprimiendo todavía más el cuerpo de Andrea contra su corazón, depuso en su boca helada un beso caliente y apasionado.

Ese hombre, era un joven de veinte años de edad y se llamaba Jacques Blondet. Ejercía las modestas funciones de guarda de la arboleda de los parques de la propiedad de los Condes de Guzmán d'Albret. Era valiente, sincero y honrado, pero sombrío y retraído, y ciertamente triste, inconforme con su modesta posición social.

Jacques Blondet llevó aquel cuerpo amado hacia los aposentos hasta los cuales pudo penetrar, y lo entregó a la criada Matilde, que cuidaba de la joven. Pero, lo había llevado con el cuidado y la devoción con la que se lleva al ídolo más querido.

Jacques amaba a Andrea, sabía que su amor e ignorado e imposible, y sufría por eso. Frecuentemente, la seguía durante los paseos nocturnos que la niña hacía por la soledad del parque, y también, velaba por ella cuando la veía adormecerse sobre un banco o extenderse sobre la hierba de algún cantero, durante sus noches de excitación obsesiva, que la arrastraba a tales excesos. Muchas veces, Jacques

pensaba, confabulado consigo mismo, mientras vigilaba sus pasos por el parque, temeroso de que algo anormal pudiera sucederle.

-¿Por qué la amo, Dios mío, si mi amor solamente promete angustias y decepciones? ¿Qué culpa tengo yo de amarla desde el primer día en que la vi solita e infeliz, vagando por este parque inmenso? Sé que jamás seré amado, que ella ni siquiera ha reparado en mí. ¿Qué será de mí? ¿Cómo hacer para olvidarla?

Mientras tanto, Arturo continuaba inconsciente y, a pesar de la solicitud de la familia y de los cuidados de los médicos que tan rápidamente como fuera posible, habían atendido al llamamiento de Víctor, no recuperaba los sentidos. Permaneció así durante ocho días, inanimado, pero sin expirar. Los médicos habían confirmado el diagnóstico de Víctor, es decir, Arturo había sufrido la fractura de la columna vertebral, en el supuesto de que resistiera los sufrimientos, no podría, jamás, volver a caminar. Al término de los ocho días, el joven comenzó a presentar los primeros síntomas de resurgimiento a la vida. Balbuceó algunas palabras, clamó por los padres, fallecidos desde hacía mucho, les pidió que lo besasen y que orasen a Dios, como él, agradeciendo que no hubiera sucumbido a aquella caída desastrosa. Aceptó alimentos e ingirió drogas y medicamentos prescritos por los médicos. Se quejó de atroces dolores en la región lumbar, en el pecho, en la cintura, y declaró que su vista era muy defectuosa. Lloró copiosamente, mientras Víctor oraba con fervor a la vera de su lecho, con las manos extendidas hacia él, y la familia reunida lloraba y oraba con el enfermo.

La convalecencia fue larga y penosa. No obstante, con sorpresa, toda la familia y también Alexis, percibieron que una gran transformación se había operado en el corazón del pobre joven, durante aquellos angustiosos días en que había permanecido semimuerto. En lugar de desesperación, veían en él, chocante pasividad ante el destino. En vez de blasfemia, una resignación singular surgía, incompatible con

el carácter que anteriormente poseía. Declaró a los suyos que sabía que estaba inutilizado para siempre, que jamás volvería a caminar, que los sueños de glorias militares se habían desecho, y que su deseo ahora, sería instruirse como su primo Víctor de Guzmán d' Albret y convertirse para el amor de Dios y del prójimo. Tales confesiones, por tanto, enternecía más a la familia, la cual se reconocía inconsolable ante aquellos acontecimientos. Su hermano Alexis, su prima Andrea, sus tíos y demás parientes que acudieran junto a él, y hasta la servidumbre del palacio, lo rodeaban con ternura y no lo dejaban jamás a solas.

Andrea le decía a cada instante:

-¡Consagraré toda mi vida a ti, mi querido Arturo! Seré tu enfermera, tu segunda madre que velará hasta por la sonrisa de tus labios. Nosotros no te abandonaremos jamás en este palacio inmenso. Seguirás conmigo y con Alexis, para dondequiera que vayamos...

Lo besaba tiernamente, olvidando que era la prometida del hermano de ése a quien así trataba, lo besaba hasta que lo veía sonreír consolado y feliz.

Finalmente, Arturo se restableció y pudo dejar el lecho para dar su primer paseo después del accidente. Pero tuvo que hacerlo en una silla de ruedas, llevada por Víctor y pro su hermano Alexis, al paso que Andrea caminaba a su lado con la mano tomada a la del él.

Un día, viéndolo ya rehecho también psicológicamente, Víctor, que hasta entonces se contuviera y nada indagara de las impresiones del infeliz primo, no pudo contenerse y resolvió sostener una conversación confidencial con el mismo. Para eso, lo invitó a dar un paseo solitario por el parque, sin compañía de nadie y, a cierta altura de la conversación exclamó:

-Nárrame, querido Arturo, lo que te sucedió durante el desmayo... Sé que hechos insólitos pasaron contigo durante aquellos

días... Cuéntame, pues no ignoro el fenómeno ocurrido contigo...Dime tu impresión en el instante de la caída...

Arturo sonrió tristemente, y dijo:

-Sí, mi querido Víctor, sé que hechos importantes se sucedieron durante mis días de desmayo y, a pesar de encontrarme desmayado, guardo el recuerdo de gran parte de lo que me sucedió, al paso que no puedo recordar todo lo que a mi alrededor pasó en nuestra casa. Durante ese extraño período en que tuve una vida extraterrena, mi alma se renovó y puedo hasta decir que me siento con otra personalidad; nací de nuevo, me siento muy distinto de lo que era. No obstante, no es con exactitud que puedo recordar lo que sucedió, pues la sombra de un velo enigmático parece oscurecer parte de mis recuerdos, cuando más me esfuerzo por esclarecérme los a mí mismo. Arturo hizo una pausa y, conmovido, mientras el primo aguardaba sin decir nada continuó:

-Cuando en aquella tarde me dispuse a subirme al parapeto del balcón, que es muy largo y cómodo, para lavar a nuestro estimado gato, yo me sentía perfectamente bien. Al extender el brazo, con el fin de asegurar la rama del roble y afirmarla para alcanzar el gato, tuve la desgracia de mirar para abajo. Entonces vacilé como siempre... En esa ocasión, una franja negra, tenebrosa, envolvió mi vista y tomó todo mi ser... Como por encanto, surgieron en mi pensamiento todos los hechos de mi vida, de adelante hacia atrás, esto es, del presente en dirección al pasado... Perdí después la noción de mí mismo, para sentir enseguida dentro de mi otra personalidad, la cual, siendo yo mismo, no era en realidad Arturo de Guzmán d'Evreux. Pero todo fue rápido, fugaz, y no obstante tan real y circunstanciado como si yo viviese tales momentos durante siglos... Me vi singularmente vistiendo ropa de campo y en lo alto de una montaña abrupta en donde las piedras se sobreponían, como si se tratase más bien de una cantera. Yo me precipité por esa montaña abajo, tirándome al vacío, procurando mi muerte. Me sentía rodar sobre las piedras indefinidamente, mientras pensamientos y recuerdos

angustiosos torturaban mi corazón. Acometieron mi cuerpo dolores terribles. Sentía que mis carnes se rasgaban, que mis huesos se quebraban que mi vida se aniquilaba. Andrea dominaba mis pensamientos y una desesperación indescriptible me enloquecía, pues yo sentía que ella era mía, que la amaba locamente, pero que era repudiado por ella, y que la había perdido para siempre... hasta que en un momento dado me reconocí en el fondo del valle pedregoso, irremediamente herido, los vestidos despedazados, las carnes rasgadas, cubierto de sangre irreconocible, al paso que personas me rodeaban bañadas en llanto, inconsolables por mi muerte. Todo eso, pues en la rápida caída que finalizó, sobre el banco de piedra en el jardín. No sé cuánto tiempo me debatí en completa inconsciencia. Solamente sé que, como en una pesadilla, oí carcajadas y voceríos que zumbaban a mi alrededor, insultándome entre mil ofensas graves, diciéndome:

-¿Olvidaste, por ventura, la matanza de San Bartolomé, en el cual tomaste parte?¹² ¡Aún resuena en nuestros oídos la gritería infernal de aquellos mártires que tú y tus secuaces mataron! ¡Miserables! Aún despedaza nuestros corazones el llanto de nuestras criaturas, sacrificadas por verdugos que no respetaran ni la inocencia ni la angelitud. Debes saber, que por los crímenes que entonces practicaste, bien poco es lo que hoy sufres bajo nuestra venganza. ¿Y aquellos ancianos respetables, asesinados por tu saña religiosa sin permitirles su defensa? ¿Por qué te angustias y lloras ahora? ¿Qué más podrías esperar del destino, sino dolores y luchas, si ultrajaste el Evangelio con tu odio religioso?

-No sé Víctor, cuánto tiempo permanecí así padeciendo esta martirizante pesadilla.¹³ Yo estaba tullido, sin poder hablar, sin poderme defender, sin poder reaccionar. Pero de un momento a otro la escena o mis impresiones, se modificaban: Me vi echado sobre un lecho

¹² Episodios descritos en la obra "En las Vorágines del Pecado"

¹³ Fenómeno de regresión de la memoria, provocada por la emoción del accidente y alcanzando una existencia anterior.

blanco deslumbrante, en un sitio que no pude precisar. Me rodeaban personas amigas, entre los cuales yo reconocía a mis padres, a mis hermanos queridos que me consolaban. Y decían:

-¡Será para tu propio beneficio, alma querida!

No se trataba de un castigo, sino de un hecho irremediable, consecuencia de tu pasado espiritual y de tu rebeldía por causa del suicidio... ¡El suicidio es un crimen joven Arturo, que persigue a aquél que lo practica, a veces durante siglos! Llevaste por tanto, de retorno a la vida terrenal, los choques vibratorios creados por la violencia de tu gesto, al despeñarte desde lo alto de la montaña para morir, en una chocante falta de respeto a Dios. Esos choques te perseguirán como la propia sombra de tu error. Y ahora al despertar, estarás inválido para siempre, en tu presente existencia planetaria. Pero no te desesperes: Ese es el resultado de tu propia acción de suicida. Más bien, agradece a Dios, el haber sobrevivido al desastre. Tu vida ahora ha de modificarse para tu propio bien. Necesitas reeducarte moralmente, y nada como el dolor para renovar el carácter del individuo y reconciliarlo con Dios y con la propia conciencia. Es necesario, hijo mío, que te vuelvas hacia Dios, a quien todavía desconoces. Es preciso que ames al prójimo que siempre te fue desconocido. Y todo eso será la reparación para tu futura redención, y no un castigo... Ten, pues, paciencia contigo mismo. Nada adelantará que te reveles, sino hacerte sufrir todavía más. Serás, por tanto, amparado por los que desde el cielo te aman, y recompensas futuras consolarán tu alma. Vuélvete, pues hacia Dios; persevera para vivir antes la vida del espíritu dedicado al Bien, porque la presente existencia será solamente de dolores y de expiaciones, y necesitas de todo tu valor a fin de soportar las vicisitudes que el destino aún ha de presentarte.

Arturo estaba bañado en lágrimas, y quedó callado por algunos instantes. Después dijo:

-Fue precisamente en ese momento Víctor, que me volví a sentir como Arturo de Guzmán d'Evreux y comencé a readquirir la conciencia de mí mismo, pues hasta entonces, desde el momento de la caída, yo fui otra personalidad. Ahora estoy sereno y resignado, y bastante fuerte para enfrentar el futuro en esta silla de ruedas. Ahora sé que existe un Dios, que hemos vivido varias vidas en este mundo, conforme tú lo has afirmado siempre, y que si todo eso me sucedió, es que en mí se procesa una justicia superior que me engrandecerá. Cuento contigo para que me orientes en el camino cierto, pues presiento que mi existencia será bien diferente de aquella que mis sueños habían delineado para mí mismo.

Víctor oía al primo atentamente. Lloró con él. Lo confortó con la fuerza de su confianza en los poderes divinos, y le dijo.

-¡Sí, no podemos dudar de que viviste en épocas pasadas, en las que erraste contra la Ley de Dios, haciendo justicia a las amarguras del presente! Pero no te dejes desolar. La ley que permitió tu desastre, sin crearlo, sabrá remediar también tu situación. El accidente que te dejó incapacitado para la vida social que soñaste, no aniquilará la posibilidad de que ejerzas una vida real, toda consagrada a Dios y al Bien. En esta misma silla de ruedas, podrás engrandecerte y engrandecer a tu prójimo, siguiendo a Cristo. Será suficiente que practiques el bien que puedas y que procures tener paciencia y fe en los designios del Creador. Te auxiliaré todo cuanto pueda y te encaminaré por las sendas de vida superior, o sea, en la vida orientada por el conocimiento de las cosas de Dios.

Esa misma noche Víctor, que ya había realizado reuniones en el hogar con la familia y con los sirvientes de la casa instruyéndolos en el Evangelio del Cristo, inició también el estudio de la Doctrina Secreta que aprendiera de los maestros orientales, procurando preparar a Arturo para el dominio de las mismas, que abrirían nuevos horizontes a su espíritu. Y pasó a darle conocimiento, además, en las lenguas extranjeras.

EL DRAMA DE LA BRETAÑA

Arturo lo aprendía y lo aceptaba dócilmente.

CAPÍTULO VI

MARCUS DE VILLIERS

*-“No nos dejes caer en la tentación,
mas libranos de mal.”*

*-“En nosotros mismos está la causa
primaria del mal, y los malos
espíritus no hacen otra cosa que
aprovechar nuestros pensamientos
viciosos, en los cuales nos entretienen
para tentarnos. Cada imperfección
es una puerta abierta a la influencia
de ellos, tanto que nada pueden, y a
toda tentativa renuncian contra los
seres perfectos. Es inútil todo lo que
podamos hacer para apartarlos, si no
les oponemos decidida e inviolable
voluntad de permanecer en el bien y
en la absoluta renuncia al mal.”*

*(“El evangelio según el Espiritismo”,
de Allan Kardec, Capítulo XXVIII,
“Colección de Oraciones
Espiritistas”, N° VI).*

*Pasaron algunos meses después de los acontecimientos que acabamos
de describir. La calma había vuelto al palacio de Saint-Omer, a pesar
del profundo disgusto que el accidente que victimó a Arturo había*

causado a la familia. Los viejos Condes, sus tíos, no se habían conformado con el drama que tan brutalmente aniquilará a aquél a quien amaban como a un hijo querido. Un hijo inválido era un oprobio, la humillación para su orgullo de aristócratas, mayormente, cuando ese hijo prometía ser la alegría de la familia, perpetuando el honor militar que desde hacía tantos siglos la ilustraba, en la persona de sus antepasados consagrados a las armas de la Patria. Víctor, no obstante, procuraba acomodar a todos con apreciación sobre la determinación divina, que muchas veces permite el dolor en nuestras vidas para elevar el espíritu hacia el Bien, y la tranquilidad había vuelto a imperar en el hogar, y en el corazón de cada uno. Alexis se encontraba en París, en donde trataba de afianzar bases para la carrera que deseaba seguir, y Andrea y su madre, continuaban pensando en la confección del ajuar para su próximo casamiento. Pero estaba escrito que esa familia, deudora de errores en existencias remotas, no podría disfrutar de paz por mucho tiempo.

✱

Llegó la primavera y los días eran más cálidos y apacibles.

Una tarde se hallaban reunidos en una de las terrazas de la bella mansión, el Conde José Hugo Francisco y su familia. La tarde caía, pero había todavía mucha luz del sol que declinaba a lo lejos. Un buen perfume de hierba regada y de tierra humedecida, mezclado con el perfume penetrante de mil especies de flores, ofrecía a los corazones jóvenes un deseo de vida y de expansión para sus sueños. En el parque los cisnes y los pavos, dejaban percibir su júbilo ante el encanto de aquella tarde y en los palomares revoloteando contentas, las palomas se alborozaban en la alegría de sus amores o con la gracia de sus vuelos... mientras que los pájaros, desde lo alto de los antiguos árboles, matizaban la tarde con la orquestación de sus dulces cánticos. Y muy cerca, a doscientos pasos del camino que conducía al parque, rugía el

océano, lanzando sus olas contra los arrecifes que bordeaban las accidentadas márgenes.

De súbito, la placidez que envolvía a los de Guzmán, fue interrumpida por la bulla de una cabalgata de hidalgos que pasaban por el camino real, y se aproximaban a los muros del palacio. En una aldea tranquila como Saint-Omer, un acontecimiento por pequeño que fuera, despertaba las atenciones de los habitantes, aunque se tratara de hidalgos.

Los señores de Guzmán se levantaron, acercándose al balcón de la terraza, procurando, entre los follajes del camino, distinguir la escolta que tanto ruido hacía.

-¡Oh!-exclamó, de repente Víctor, reconociendo a uno de los caballeros que pasaban-. Es nuestro nuevo vecino, señor de Villiers de Saint-Patrice, que vuelve de la excursión hecha con amigos, a las tierras de su propiedad. Hubo una merienda magnífica y comparecieron hasta amigos venidos de París, expresamente para compartir con él las recreaciones combinadas para la temporada primaveral. Es la primera fiesta que el señor de Villiers ofrece después que vino a su castillo de Saint-Patrice...

-Dicen que es riquísimo- manifestó el Conde Hugo- además de ser expresivo y amable...

Nada más se dijo en el momento. No obstante sabían que el hidalgo en cuestión, anfitrión de tantas figuras ilustres venidas desde París, se llamaba Marcus de Villiers, y era Conde de Stainesbourg y de Saint-Patrice. Que descendía de raza flamenca y que poseía un castillo en la aldea próxima de Saint-Patrice, en donde acababa de fijar su residencia con el fin de reposar, cada vez que se sentía muy fatigado por las luchas y peripecias de la vida; que sus tierras eran inmensas y su fortuna grandiosa; que era un gentil hombre apreciado por todos los que tenía la honra de conocerlo, por sus manera afables y alegres y por su

prodigalidades; que era culto, amigo de las artes y de la literatura, y que hasta pintaba retratos de los amigos, presentándolos enseguida los mismos; que además de millonario era poseedor de un gusto insuperable, pues ofrecía a los amigos y a los correligionarios, fiestas y partidas encantadoras; que era soltero y todavía joven, que no había alcanzado aún los treinta y cinco años de edad; que había vuelto recientemente de América, en donde se exiliara todavía muy joven, durante la Revolución, habiéndolo enriquecido prodigiosamente y en donde poseía, en el Estado de Louisiana,¹⁴ tierra cultivadas y muy extensas, y que en el momento se empeñaba en hacer relaciones de amistad con los hidalgos de la región, y los visitaba sin ceremonias, presentándose él mismo, apenas con un pedido de permiso.

En efecto, así era, porque ya en la tarde del día siguiente, a pesar de los huéspedes que Villiers abrigaba en su casa, el Conde José Hugo recibió del ilustre vecino, una carta entregada por un emisario especial, en la que se expresaba así:

-“Marcus de Villiers, Conde de Stainesbourg y Saint-Patrice, habiendo fijado su residencia en sus tierras de Saint-Patrice, se siente honrado en cumplimentar a los señores de Guzmán y en pedirles venia para visitarlos en día y horas que ellos establezca.”

No había cómo resistir a tan amable solicitud. Sería hasta descortesía rechazar una amistad que se presentaba con tanta espontaneidad. De moral del visitante y de la honradez de su carácter, no había por qué tomar investigación. Las credenciales exigidas a un personaje en aquella época, como tal vez en todas las épocas, eran precisamente aquellas que el Sr. De Villiers dejaba saltar a los ojos de

¹⁴ Región explorada inicialmente por los españoles del siglo XVI; colonizada después por los franceses (siglos XVII y XVIII). Louisiana, después de haber sido dividida entre Inglaterra y España, con excepción de La Nouvelle-Orleans (New Orleans), en 1762, tuvo su parte occidental devuelta a Francia, que en 1803, la vendió totalmente a los Estados Unidos de América, Unida al Estado solamente en 1812. (Nota de la Editora F.E.B.)

sus amigos: amabilidad, prodigalidad y fortuna. El hidalgo solicitante, era un aristócrata de antigua y conceptuada familia flamenca, riquísimo y gentil. Eso bastaba. José Hugo, por tanto, se dirigió a su escritorio y contestó la carta que acababa de recibir, pues el emisario de Saint-Patrice, esperaba en la puerta del palacio, por orden del mayordomo:

-“Los Condes de Guzmán d’Albret y de Guzmán d’Evreux, se sentirán honrados al recibir al Sr. Conde de Villiers de Stainesbourg mañana, invitándolo a cenar a las ocho de la noche y agradecen muy honrados su preferencia.”

-No sé, señor Conde, pero no siento simpatías por el Conde de Villiers (manifestó Arturo, al ver al tío entregar la carta al criado para llevarla al emisario).

*-Es tan alto y tan fuerte, que me da miedo... siento miedo de él...
-intervino la impresionable Andrea.*

-¿Cómo es eso, tu lo conoces? –preguntaron a una mismo tiempo Víctor y Arturo.

-Acostumbro a verlo cuando pasa a caballo todas las mañanas. El Conde es muy amable, me saluda siempre... Yo supe que él adquirió la educación jovial de América, durante el exilio...

Los jóvenes se extrañaron de las expresiones de Andrea, pero nada respondieron. En cuanto a la Condesa Francisca María, podemos decir que no prestó atención a la conversación. Era un alma errante, a quien los terrores de la Revolución, y aun los de España. La enseñaron a escuchar y a callar lo más posible.

*

Comúnmente, si alguien es asediado o hasta obsesado por un enemigo del mundo espiritual, del mundo invisible, es posible librarse de él ya sea por la intervención de un espíritu bueno y digno que aconseje y convenza al malhechor para que se enmiende de la fea acción que practica, o bien por la intervención de los espíritus protectores del obsesado, que oyeron sus ruegos y vinieron en su ayuda, o bien por el amparo de los Guías Espirituales del verdugo, que desean su enmienda y practican la caridad aconsejándolo; simplemente porque la ley del progreso impide muchas veces que el obsesor permanezca en el atraso de su odio. Además, la mayoría de esos obsesores, aunque se retiren de la franja vibratoria de su desafecto, no por eso lo abandona definitivamente. Permanecen en observación, vigilando sus acciones diarias y sus sentimientos en la vida cotidiana, Si el obsesado se enmienda de sus defectos, progresando moralmente, depurando sus pensamientos, perfeccionando su corazón para la práctica del Bien, el obsesor, sin fuerza de acción, ya que el obsesado se afinó con la luz, acaba por dejarlo completamente llegando al punto de respetarlo y de avergonzarse de lo que hizo contra él. Pero, si no hay reforma alguna, el obsesado permanece indiferente, o vuelve a poner de manifiesto las mismas imperfecciones que lo había afinado con su perseguidor, éste volverá a seguirlo y entonces, lo hace con redoblada violencia, acompañándose muchas veces de comparsas que lo ayudan a ejercer maléfica influencia. Por lo tanto la observación y la práctica demuestran que en gran número de casos, el obsesado es el principal curador de sí mismo, y que si él mismo no ejerce la voluntad soberana de corregir las propias y malignas tendencias, su curación se hará difícil y hasta imposible. Además, comúnmente, la obsesión arrastra un complejo tormentoso, difícil de ser superado; es que tal obsesión, frecuentemente, es la expiación de errores y de crímenes practicados en existencias remotas, cuando víctimas o desafectos de otras épocas, vengan las ofensas recibidas.

Y como el obsesado se envuelve en esa franja vibratoria criminal, sin procurar apartarse de ella, renovándose hacia el amor de Dios y el progreso de sí mismo, se convierte en juguete de su propio maleficio y del ajeno y entonces todo puede suceder, hasta el suicidio, suprema desgracia de un obsesado, suprema desgracia también de un obsesor, cuya responsabilidad es grave ante las leyes de Dios.

Pero el obsesado que llega al suicidio por la persecución de un obsesor, está sufriendo una represalia, que en la mayoría de los casos fue causa voluntaria del suicidio del propio obsesor o de alguien muy allegado a éste por lazos de amor o de parentesco, lo que permite reflexionar, que más vale evitar una obsesión actuando siempre bien, para con nuestro prójimo, que entregarnos a las pasiones, faltando a la fraternidad para con él.

Entre tanto, como ningún dolor que hiera un corazón se pierde en la balanza del Código Divino, la amargura, el suplicio o la desesperación del obsesado termina por promover su progreso, y cansado de sufrir, procura a Dios voluntariamente, rehabilitándose con suma facilidad.

Esa es la razón por la cual la ley del Todopoderoso, permite que haya sufrimientos en el mundo terreno y en el Más Allá. Por lo tanto, es la inflexible ley de causa y efecto, que Jesús tradujo por esta admirable sentencia:

-“A cada uno le será dado según sus propias obras.”

*

Marcus de Villiers, fue puntual a su visita del día siguiente. Se trataba, en efecto, de un caballero fino en sus maneras, culto, amable, un hombre bello, cuya conversación atrayente supo cautivar a sus anfitriones. Contaba cerca de treinta y cinco años de edad, y su tez, un

tanto tostada por el sol de América, lo hacía más atrayente y bello en el concepto de las damas. Buen pianista, convirtió la reunión de la familia Guzmán, en un encantador recreo con las bellas piezas musicales que ejecutó; y en la mesa, supo todavía narrar, a petición de Víctor y del Conde, su padre, sus viajes por la gran Confederación Americana en donde la vida pintoresca que había llevado cabría en un volumen.

Andrea se confesaba encantada, fascinada por la palabra y por las maneras del visitante. Cantó, durante la reunión, acompañada por él al piano, con gran agrado de los padres, que se hallaban muy satisfechos al verla alegre y disfrutando de salud.

Llevando una vida insípida, la prisionera de aquel palacio inmenso, se divirtió inmensamente en aquella noche, pues Marcus la invitó hasta para que bailara con él una danza, mientras su madre tocaba el piano y la hermosa prometida de Alexis, sintió su mano delicada acariciada por las manos del Conde, mientras sus ojos se asustaban bajo la mirada provocadora del compañero de baile.

Sentado en su silla de ruedas, Arturo no presenciaba tales acontecimientos con buenos ojos, se emocionaba desagradablemente, percibiendo que el señor Villiers, cortejaba visiblemente a su prima, pues desde la comida había notado que sus ojos la buscaban a cada momento y, en la conversación, se dirigía a ella con desenvoltura; lo que no era de buen gusto en la etiqueta francesa, a la vez que Andrea era apenas una adolescente, y que los dueños de la casa interpretaban aquella actitud del Conde, como una costumbre americana que el nuevo amigo había adoptado en sus viajes, sediento de renovación y de libertad.

Mientras tanto, Arturo no se engañaba, pues por su intuición que más parecía una profecía, le sabía muy mal el comportamiento del Conde para con la prometida de su hermano. Marcus se hallaba, en efecto, enamorado de Andrea desde mucho antes, y aquella visita no tenía otra causa que la de aproximarse a la niña y observar la

posibilidad de cortejarla definitivamente. Ese hombre galante, mundano, aventurero, que se había conservado soltero hasta los treinta y cinco años de edad, que se privaba de no haberse dejado prender por el amor de una mujer hasta entonces, un día, cabalgando por el noble camino que conducía al palacio de los Guzmán, vio a Andrea paseando con su madre entre los árboles del parque. En otra ocasión, la había visto sentada sobre las piedras que adornaban las orillas del mar. La cumplimentó e intentó hablarle. La niña, entonces, sonrió, pero no dio lugar a entablar conversación y huyó temerosa. Al visitar ahora la familia, Marcus de Villiers había dirigido a Andrea una carta de amor, sin firmarla. Esa carta, entregada a Matilde, la criada de cuarto de la niña obsesada, había sido traída a Saint-Omer por un amigo suyo y enamorado, servidor de Marcus. Andrea aceptó y ocultó la misiva ante los de la casa, deleitándose con lo inédito de la aventura, cuyas consecuencias no fue capaz de prever. Existía, por tanto, un entendimiento sigiloso entre ella y el nuevo vecino, cuando éste resolvió visitar a la familia.

No obstante, Marcus no ignoraba que Andrea era la prometida de un primo que residía en París. Pero se dijo para sí mismo. Al sentirse enamorado de la joven:

-¡No importa! Si la amo, me haré amar por ella, y llegaré hasta el casamiento si es preciso...

En aquella noche, pues, al regresar a la casa, se sentía inquieto, excitado, desesperado; personalmente, Andrea era aún más encantadora por la dulzura y la sencillez que irradiaban de sí misma, mucho más de lo que en un principio él hubiera supuesto, y su atracción por ella, había recrudecido con aquella visita. Y sólo por la madrugada fue que consiguió adormecerse.

En el siglo XVI, Marcus de Villiers había vivido en París, pero era un simple caballero al servicio de Enrique I de Guisa, Príncipe de

Lorena, y se llamaba Reginaldo de Troulles;¹⁵ en el siglo XVII vivió en Brujas; y en una existencia siguiente, fue hidalgo, y se llamó Fernando de Görs, antiguo enemigo de Alexis y de la propia Andrea, por quien se sintiera también apasionado. La suprema ley determinaba ahora la reunión de los tres, en esa nueva etapa terrenal, tratando de lograr su reconciliación y su progreso espiritual. La niña de Guzmán, por tanto, por aquella época, se había enredado en tramas muy tumultuosas y difícilmente ahora, conseguiría libertarse de las mismas.

¹⁵ Personaje citado también en la obra “En las Vorágines del pecado”.

CAPÍTULO VII

COMPLICACIONES

-“Mis actuales defectos, son restos de las imperfecciones que conservé de mis precedentes existencias: son mi pecado original, del que me puedo liberar por la acción de mi voluntad y con la ayuda de los Espíritus buenos. Protegedme pues, buenos Espíritus, y tú, principalmente, mi Ángel de la guarda, dadme fuerza para resistir las malas sugerencias y salir victorioso de la lucha.”

(“El evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo 28, “Colección de Oraciones Espirituales”, N° 19).

A partir de ese día, las visitas de Marcus de Villiers a la familia guzmán, se sucedieron. Con pretexto o no, se presentaba ante sus vecinos o los invitaba para que asistieran a su mesa, o tomaran parte en sus cabalgatas. Víctor y Arturo, sentían que algo desagradable reinaba en el aire, entorno del galante Conde, y no veían con satisfacción la ascendencia que tomaba sobre Andrea y sobre sus padres. Los hábitos displicentes del nuevo amigo, su facilidad en insinuarse, desagradaban a aquellos cuya educación primorosa y moral aprendida en los códigos cristianos, los habían convertido en discretos y respetuosos. Marcus al

revés, fingía no comprender la reserva de los dos jóvenes, continuaba con los galanteos entorno a Andrea y con las insinuaciones junto a los viejos condes, que encantados con sus gentilezas, lo admiraban más, cada día que pasaba. Lo cierto era, que la joven Guzmán d'Albret, fácil, voluble, inconsecuente, sedienta de emociones y de distracción, a pesar de amar sinceramente a novio ausente, se dejaba llevar por el pasatiempo amoroso que la distraía de la mortal insipidez en que vivía, jugando con las llamas que crepitaban en el deseo abrasador de aquel hombre que ella no conocía.

Durante las clases de inglés, que le daba con el consentimiento de los padres, le hacía declaraciones de amor, las que eran recibidas con sonrisas, no obstante no eran retribuidas. Recibía cartas traídas por mensajeros clandestinos y entregados a Matilde, su criada de cuarto. Lo aceptaba como compañero para dar paseos por el parque, a solas con él o acompañados por Arturo, cuya silla de ruedas, él se dignaba guiar. Ella dejaba que le apretase furtivamente la mano en la mesa durante la cena... Pero, cuando lo veía partir, lo criticaba burlescamente, tildándolo de presuntuoso y trotamundos; se reía de su persona a solas con Matilde, a la que enteraba de todas sus cosas, considerándolo ridículo y extendiéndose entre los almohadones del diván, exclamaba entre risas:

-El señor de Villiers, con todos sus títulos y haberes, no vale ni un solo hilo de los cabellos rubios de mi Alexis...

Admitida la intimidad, la criada la acompañaba en la crítica, pues confesaba no simpatizar con el personaje en cuestión, pero, bajo apariencia humilde y servil aconsejaba a su ama, como reflejando el eco de una advertencia superior:

-Yo he pensado, "Mademoiselle", a pesar mío, que podría ser muy desagradable un encuentro entre el señor de Villiers y el conde Alexis. El señor de Villiers es atrevido y se nota que está apasionado por

“Mademoiselle”. En su lugar, yo temería por el futuro; perdóneme que se lo diga. El Conde De Saint-Patrice ¿se resignará a ser burlado y a perderla? Él parece caprichoso y un hombre capaz de no perder una partida... ¿Y si el Sr. d’Evreux llegase a saber lo que sucede aquí? Es tan bondadoso y gentil, la ama tan tiernamente, que no merece ser engañado. ¿Por qué Mademoiselle procede así?

-¿Estás loca, Matilde?- contestó incómoda la niña.

-¿Cómo llegaría a saber Alexis de este pasatiempo tan inocente con Marcus? ¿A no ser que pretendas contárselo!

-Dios me libre de tal procedimiento, Mademoiselle, os estimo bastante como para desear vuestra ruina...

-Pues entonces, mi Alexis nada sabrá, porque yo tampoco se lo contaré. Tranquilízate: mi casamiento está próximo... Marcus es voluble y aventurero, algunos días más, y ya no se interesará por mí, viendo que me casaré muy pronto. Se trata solamente de un pasatiempo. Vivo disgustada e insatisfecha en este lugar enorme. Arturo me perturba los nervios y me atemoriza con su pasión y sus quejas. Mis músicas me enervan, ya no me distraen, Víctor es un santo a quien amo por encima de todos los que me rodean, pero está tan lejos de mí por sus virtudes, que continúo sintiéndome sola... Marcus me distrae, es solamente eso y nada más, algo inocente nada más, nada más...

-Dios quiera que sea así, Mademoiselle Andrea... pero no sé por qué, tengo miedo del señor de Saint-Patrice. El tiene ojos fascinadores, de demonio...

Andrea se rió de la simplicidad de la prudente servidora y, en aquella noche, las dos jóvenes no volvieron a hablar del asunto.

Mientras ellas se reían, muy cerca, en el castillo vecino, el señor de Villiers de Saint-Patrice, agitadísimo, dominado por intensa emoción

nerviosa, pensaba en Andrea con insistencia e inquietud. Comprendía que hasta entonces jamás se había interesado verdaderamente por una mujer, se sentía ahora apasionado por aquella insignificante adolescente, simple como una gota de rocío de la madrugada, tan cándida como el ángel a quien se debe veneración. Pero, comprendía también que esa niña era la prometida esposa de otro hombre, que su matrimonio con ese otro se realizaría dentro de poco tiempo, que él mismo Marcus de Villiers necesitaba de algún modo, evitar ese enlace, pues la verdad era que no podría conformarse con la idea de perderla; no obstante, no se entreveía ningún modo de alcanzar el fin que se proponía con sus pensamientos y corazón: obtener a Andrea para sí mismo como esposa o como amante -¿qué importaba?-, pero de cualquier forma, suya y para siempre. Mil pensamientos audaces y temerarios afloraban en su mente, pero los repelía enseguida, reconociéndolos irrealizables. Entonces, ansioso y rabioso, lleno de deseos y de aflicciones, iba y venía en su aposento, marchándose sobre las alfombras, fumando furiosamente, bebiendo copas de vino, hablando a solas consigo mismo, insomne, irritado, rabioso, y hasta embriagado.

Una noche, regresando del palacio de Saint-Omer, cuando había tenido la oportunidad de besar a Andrea apasionadamente, deliberó visitar particularmente al Conde y a la Condesa de Guzmán, fingiendo ignorar el noviazgo de la joven, pues jamás se le había hablado de ese suceso y confesar su amor por ella, pidiéndola en matrimonio. Estaría dispuesto a todo, con el fin de obtenerla, hasta casarse con ella y, por eso, un sentido de responsabilidad social, merecería intentar la ocasión más lógica, portándose como un caballero que era, esto es, pidiéndola en matrimonio. Y, por fin razonó:

-Una negativa, es casi cierta, hasta por ella misma, pues sé que no soy amado; ella se divierte a costa mía en ausencia del novio. Pero no me conformaré con esas negativas. No soy hombre habituado a las derrotas... Entonces, veré lo que tengo que hacer para conseguir

convertirla en la Condesa de Stainesbourg y Saint-Patrice... entonces ella, ¡conocerá el calor de un hombre!

Mientras eso sucedía en el castillo de Saint-Patrice, en la residencia de los Guzmán se desarrollaban escenas ligadas igualmente al mismo asunto.

Víctor había regresado de París después de haber permanecido algunos días sirviendo asuntos de su padre, e inmediatamente fue puesto al corriente de la situación entorno de su hermana, por el propio Arturo, que en cuanto lo vio llegar, le pidió una audiencia particular. Entonces, tomó conocimiento, que el Conde de Villiers hacía visiblemente la corte a Andrea y que ésta no lo repelía; que Arturo trató de alertarla, pero Andrea le había jurado completa inocencia, diciendo que solamente le dispensaba a su adorador las atenciones de cortesía, en lo que el inválido no creía absolutamente, pues más de una vez lo había sorprendido entendiéndose.

-Andrea traiciona a Alexis, mi querido Víctor- afirmaba Arturo entre lágrimas-. Nos traiciona a todos, consintiendo en ser requerida por el Conde. Tú sabes que yo la amo con toda devoción. Pero guardo el amor en mi corazón porque respeto a la futura esposa de mi hermano... y, además, ella no correspondería al sentimiento de un desgraciado como yo... y no quiero, por todo eso, que otro la usurpe de aquél que es su legítimo prometido. No creo que ella ame al conde. Pero se distrae con él y eso es peligroso. Sufro profundamente, querido Víctor. Andrea no acepta mis consejos, y no puedo hacer lo más mínimo para remediar la situación.

El resultado de esta entrevista, fue que en aquel mismo día, sentados a la mesa a la hora de la cena, Víctor le dijo a su voluble hermana:

-Te espero en mi gabinete hoy mismo, ahora, necesito hablarte a solas.

Una vez en presencia el uno del otro, Víctor fue breve y conciso. Demostrando expresión grave, fue directo al asunto:

-Te llamé, querida mía, con el fin de que me digas si amas al señor Villiers y si lo prefieres a nuestro Alexis. Arturo me lo reveló todo.

La joven se sobresaltó, palideciendo, pronunció algunas palabras sin explicarse y se detuvo, atontada. Víctor continuó:

-No temas, Andrea, soy tu amigo, casi un padre y deseo orientarte en el lugar de nuestro padre que está viejo y ha sufrido mucho, no siendo razonable que lo aflijamos todavía más...

-¿Dudas acaso de mis sentimientos para con Alexis?- dijo ella finalmente, atemorizada.

-Preferiría no dudar Andrea, pero tu proceder en los últimos meses, me hace creer que olvidaste tu compromiso con Alexis ante el señor de Villiers... Si es así, confíesamelo francamente, porque deseo ayudarte de todo corazón. Me incumbe el rompimiento con Alexis y trataré de que haya un entendimiento con aquél que tanto prefieres...

Pero Andrea se echó a reír al oír la propuesta del hermano y muy naturalmente, declaró:

-No pretendo renunciar a mi matrimonio con Alexis. Apenas...

-Confía en mí, Andrea, dímelo todo...

-Sucede, que el señor de Villiers, sólo ejerce sobre mí una atracción irresistible. Pero, no lo amo, estoy bien segura. Sin embargo no tengo fuerzas para huir de su presencia y repeler sus galanteos...

-Y... querida mía, ¿Qué ha dicho en tus oídos, cuando estáis a solas?...

Ahora, Andrea parecía excitada, temblaba, y, nerviosamente, respondió:

-Él dice que me ama, que su pasión creció de tal forma en su pecho, que ya no podrá conformarse perdiéndome...

-¡Vamos prosigue!...

-Que aunque sucedan catástrofes y corra la sangre, Alexis no podrá conseguirme por esposa. Que se dispone a todo, pues yo lo he apasionado y no consentirá ser echado al olvido y además ser humillado. Que algo fatal lo arrastra y lo ímplele hacia mí y a veces, me odia por lo mucho que lo hago sufrir...

-Y tú, ¿qué le respondes?

-Nada respondo Víctor. ¿Qué podría responderle? ¡Yo no sabría! No sé lo que pasa conmigo. A veces me siento con pavor, se diría que mi antiguo verdugo del otro mundo, dirige esos acontecimientos... Me agrada el ver a Marcus sufrir así... Siento un placer inmenso en verlo vibrar de pasión y de ansiedad, y me río. Encuentro gracioso cuando lo veo suplicar mi amor y consentimiento para pedir mi mano a mi padre...

-Arturo me contó que accedes a las invitaciones del Conde para coloquios nocturnos bajo los tilos del parque. ¿Por qué procedes así?

-Y, ¿cómo supo Arturo que accedo a esas invitaciones?

-Tal vez fuiste sorprendida por alguien que lo informó, pero él no me lo reveló... Dime, ¿eso es verdad?

-¡No lo sé Víctor! Yo no deseo acceder a las invitaciones de Marcus, pero una fuerza extraña me arrastra hacia él...

-¿Es bajo los tilos, que ha sucedido eso?

-Siento vergüenza decirlo...

-Pero es preciso que yo sepa, a fin de poder ayudarte. ¿Qué ha pasado bajo los tilos?

-Perdóname, querido hermano, pero hemos cambiado caricias muy ardientes... No lo amo, es verdad, pero no puedo resistirme. Me besa con ternura yo consiento que lo haga... pero cuando me despido y vuelvo a encontrarme a solas conmigo misma, llego a odiarme y me rebelo contra mí misma... Siento pavor Víctor, con lo que está pasando. Soy la primera que me censuro por ese infame procedimiento, y la verdad es que no creo en el amor de Marcus; todo eso es apenas un capricho, un mero pasatiempo.

Víctor sabía ahora, cuánto necesita. Víctor aconsejó a la hermana cuanto pudo, le hizo prometer que se abstendría de verle desde aquella fecha en adelante, y le prometió que la ayudaría a resistir la peligrosa fascinación que el millonario Conde ejercía sobre ella. Procuró hacerle recordar la personalidad respetable del novio, la veneración que por ella sentía, el peligro que corría frente a un hombre como Villiers e, interrogándola sobre si prefería precipitar la fecha de su enlace con Alexis o esperar el casamiento en algún convento, en donde podría estar al amparo de las investidas del apasionado adorador, además, prometió hablar de todo ello con el padre, a la mañana siguiente, pues Andrea optara por adelantar el casamiento. Y Víctor habló con tal entonación, puso tanto calor en las advertencias que supo usar, de tan dignas expresiones se sirvió, y en forma respetable se evidenció su autoridad, que Andrea lo escuchó anegada en llanto que él interpretó como resultado del arrepentimiento y de vergüenza. Después, dulcemente, como el padre celoso que la protege y consuela, la acompañó hasta la puerta de sus aposentos y la entregó a la criada del cuarto, recomendando que la hiciese acostar.

A la mañana siguiente, Víctor no perdió tiempo. Procuró a su padre después del primer almuerzo, solicitó la presencia de su madre, que lo atendió con solicitud, y se dirigió con ambos a su gabinete de trabajo, recomendando a sus sirvientes que en modo alguno fuesen molestados o interrumpidos, Una vez reunidos, a puertas cerradas, el viejo Conde lleno de curiosidad, fue el primero en hablar:

-¿De qué deseas hablarme, querido hijo? Estoy a tus órdenes.

-Sí, deseo hablarles... y ruego a mi padre que me oiga con paciencia y con mucha atención... Se trata de Andrea, que, como sabéis, nos preocupa vivamente...

-¡Oh!- Atajó el viejo señor Guzmán-. ¡Tu hermana nos quita a todos la paciencia y el gusto de vivir!

-Observo, padre mío, que sería mejor para mi hermana que tratáramos de señalar la fecha para sus bodas lo antes posible. Nuestra aldea es insípida y solitaria, y puede enervar un temperamento como el de mi pobre hermana, que sufre lo que sabemos... La veo nerviosa y agitada, cayendo a veces en abstracciones y melancolías profundas; y tales síntomas, no tranquilizan a quien como yo, conoce los males del cuerpo y los males del alma... Intenté encaminarla hacia Dios y hacia aspectos nobles de la vida, pero ella me viene resistiendo y creo, padre mío, que este es el momento propicio para realizar sus nupcias con Alexis...

-Ciertamente, hijo mío, Andrea se resiente de la separación del novio- aventuró la Condesa Francisca, mientras su marido estaba silencioso-. Víctor continuó:

-Es que hay una razón para apresurar el matrimonio. El casamiento sería una bendición para ella. La presencia de Alexis, con su ternura, la vida en sociedad, que la distraería ocupándole mejor su

mente, podrán salvarla de su estado débil y enfermizo. Tengo presentimientos angustiosos que oprimen mi corazón.

-Pero tu hermana, es una criatura, hijo mío; no posee todavía discernimiento necesario para el matrimonio. El contrato de casamiento firmado por nosotros prescribe tres años de espera para la realización del mismo... Además estamos todavía a medio luto, no hay siquiera dos años completos de la muerte de nuestra prima Gabriela de Montalbán.

-Os aseguro, padre mío, que existen conveniencias capitales para apresurar ese enlace. Alexis lo tiene todo preparado y lamenta esa prolongada espera, que también lo enerva y lo perturba... Además, sufre el aislamiento de la familia por encontrarse entre extraños, y hasta se siente cohibido, por eso mismo, buscaba expansiones en su nueva carrera. Nada, pues, verdaderamente serio, impide que esas dos criaturas que tanto se quieren, se unan intentando su felicidad: ¡Temo por Andrea! ¿Por qué no realizamos ese casamiento, aquí mismo, en la intimidad de la provincia, antes de que termine nuestro luto?

-¡Exageras, Víctor! ¡Andrea nunca se sintió tan bien! ¿Reparaste cómo se ha puesto de hermosa y encantadora, los colores en su cara son más vivos y brillantes? Ella cuenta apenas 16 años de edad. Una espera de dos años más, por tanto, no sería demasiado. Además, yo tendría que convocar al consejo de familia a fin de modificar la fecha de los esponsales y eso da trabajo. El Conde Alexis será razonable. ¿Por qué no? El siempre fue razonable. Marcaremos la ceremonia para la época convenida.

Víctor comprendió que sería inútil proseguir en la tentativa de convencer a su padre. Sabía que las opiniones paternas eran irrevocables, pues el viejo hidalgo mantenía todavía la rigidez de las costumbres de abolengos, y se sabía hacer respetar. No insistió, como tampoco se sintió con valor para declarar al padre las verdaderas razones por las que deseaba precipitar el enlace de su hermana. Sintió

que sería temerario narrar al padre los hechos que él conocía, y que envolvían a Andrea y a Villiers, y prefirió callar, meditando sobre otra oportunidad, para bien de todos.

*

En la tarde de aquel mismo día, Marcus de Villiers, preocupado, como en los últimos meses se venía sintiendo, fue sorprendido con la visita de su vecino Víctor de Guzmán. Lo suponía todavía en París y lejos estaba de sospechar que Víctor se encontraba en conocimientos sucedidos entre él y Mademoiselle de Guzmán.

Anunciado por el mayordomo, y admitido inmediatamente por el dueño de la casa, no demoró en explicar el móvil de su visita.

-Vengo ante su presencia, señor de Villiers- después de los cumplidos- contando merecer, de vuestra sinceridad, especial atención... Marcus asintió con una señal de cabeza, como quien quisiera decir:

-Estoy a vuestras órdenes. Hablad.

Víctor continuó:

-Deseo notificaros ante todo, que os visito más en calidad de amigo, que deseo ser, que simplemente como vecino que realmente soy...

-Me satisface saber, mi querido Vizconde, que deseáis que seamos amigos... Porque en cuanto a mí, no deseo otra cosa... Se diría que en presencia del insinuante hidalgo, Víctor también se encontraba en una situación embarazosa, teniendo en cuenta el asunto delicado que iba a tratar. Hubo algunos minutos de silencio, después de los cuales, el hermano de Andrea dijo:

-Señor de Villiers, acabo de llegar a Saint-Omer y estoy informado de que tenéis intenciones sobre mi hermana. Me aseguraron que le

enviadís sugestivos mensajes de amor, que habéis tenido encuentros furtivos a orillas del mar, en el parque y en los bosques de Saint-Omer. Comprendí, por tanto, que os habéis visitado excesivamente, y silenciado el caso a mi padre que ignora vuestras intenciones..., y hacéis lo propio conmigo mismo, que tendría el derecho de enterarme de lo sucedido por vuestra propia voz... No ignoráis, ciertamente, que mi hermana es una criatura sin experiencia y muy simple, que se casará dentro de poco tiempo con el Conde d'Evreux, nuestro primo, su prometido desde la infancia. Y ante esa serie de circunstancias, que me parecen graves, tengo el honor de visitaros a fin de preguntaros: ¿Es exacto todo lo que me han informado? ¿Sabéis que mi hermana está comprometida en casamiento a su primo Alexis d'Evreux? ¿Qué pretendéis con vuestro intencionado asedio?

Sus ojos se fijaron en Marcus que, osado, no se acobardó, sino que con cierta rudeza, que denunciaba nerviosismo, respondió con otra pregunta:

-¿Es por ventura, una explicación, lo que me pedís?

Víctor se levantó, Marcus lo imitó.

-¡Por Dios, señor Villiers! ¡No os dais cuenta, que es una explicación lo que os pido!

-¿Y si fuesen exactas las informaciones que os dieron?

-Tendría el derecho de pedir os explicaciones.

Marcus bajó la bella cabeza y pensó durante algunos instantes, si no sería preferible entenderse lealmente con el hermano de la amada. Midió las ventajas que sacaría para su propio provecho sobre Andrea, y que podría ser como una confidencia en la cual imprimiría el más sincero tono que le fuese posible. Calculó que de acuerdo con la impresión que Víctor tuviese después de oírlo, tal vez la alianza ya no se

hiciese posible entre los de Guzmán d'Albret y su primo d'Evreux, y sí entre los primeros y él. Ciertamente, en aquel momento y en todos los demás, Marcus de Villiers era sincero ya que realmente amaba a Andrea. Entonces era necesario definirse y poco le costaría perder la propia libertad, de la cual era tan celoso, pues colocaría sobre la cabeza dorada de Mademoiselle de Guzmán, la corona de sus abuelos, de que tanto se enorgullecía las generaciones que lo precedieran. Se giró hacia el interlocutor y, como un hombre lleno de intenciones leales, dijo en voz amigable:

-Tenéis razón, señor Vizconde, debo explicaciones y estoy pronto a dáros las. Perdonadme pues, si antes no os procuré a fin de enteraros de todo lo que está pasando...

-Gracias, señor Conde, espero.

-No obstante haber tenido un pasado no muy recomendable a la reputación de un gentil hombre, hoy me siento transfigurado. Sí, hice mal, y yo lo reconozco, en las actitudes tomadas entorno de vuestra hermana. Pero viéndola, conviviendo con ella, no pude resistir a la atracción que su persona ejerce sobre mi espíritu. La amo, señor, no obstante considerarla una adolescente y sabiéndola prometida a otro hombre. Tengo razones para suponer que Mademoiselle no dedica sino un afecto mediocre a su novio, logrado solamente por la convivencia y por la tradición que los señalaba como futuros esposos...

-¡Os engañáis, señor de Villiers!...- Cortó Víctor, observando, muy a su pesar, la creciente emoción del interlocutor-. ¡Os engañáis! Interrogué anoche, a mi hermana, escudriñé su pensamiento, por así decir, sobre el ingrato asunto de que tratamos, y oí de su propia boca la confesión de que sólo la muerte podrá separarla del Conde, su novio. Creedme, que si ella os amase realmente, yo no vacilaría en ayudaros a realizar vuestro ideal. Lo que sucede, es que Andrea vive insípidamente, y se enerva con la soledad que la rodea. Pido a vuestra honorabilidad de

hidalgo, que no la atraigáis más a encuentros nocturnos en nuestro parque.

-¡Señor! Mademoiselle Andrea alimentó mis esperanzas con promesas de amor, fortaleció mis creencias en el futuro, me juró lealtad y jamás se refirió a su prometido... Acudía a mis ruegos voluntariamente, sin coacción, exponiéndose a peligros con el fin de atenderme. Me hizo creer que confiaba en mí... todo eso, ¿no son pruebas de amor? ¡Señor Vizconde!

-Desgraciadamente, señor, los hechos que relatáis apenas prueban la liviandad de una doncella de imaginación ardiente y de sistema nervioso enfermo, y la mala conducta de un hidalgo que no supo respetar el lugar que lo recibió como amigo.

En cualquier otra circunstancia, el hidalgo aventurero no soportaría la ruda franqueza del interlocutor. Pero él mismo, se había conmovido y exaltado por lo apasionado de sus deseos, para poder rechazar a aquél que tal vez le fuese útil. Se humilló, y apenas contestó:

-Tenéis razón. No he actuado bien. Mademoiselle Andrea no merece ser amada sino a la luz del sol.

-¡Exactamente, señor!

-Señor Vizconde, soy rico, muy rico. Mi blasón supongo que equivaldrá al honor de vuestra familia. Amo y respeto a vuestra hermana. La dotaré principescamente. Dadme vuestro apoyo, señor, y me dirigiré a vuestro venerable padre a fin de pedir la mano de Mademoiselle Andrea en casamiento. Ella me ama, es imposible que no me ame; no creo que me pueda rechazar.

Víctor se calló por un instante. Dio algunos pasos por la sala y retornó al primitivo lugar, demostrando preocupación. Las expresiones de Villiers lo sorprendieron, supuso que el Conde negaría las propias actitudes

junto a Andrea o que este exaltase, repeliendo sus exigencias para una explicación. Pero he ahí que el señor de Villiers se humilla, se sincera y finaliza confesándose hasta decidido al matrimonio. Víctor, no obstante, no era el jefe de la familia y no podría contestar a Villiers perentoriamente. Pasados algunos instantes respondió:

-Creo que vuestra pretensión es irrealizable señor, pues como no ignoráis, Mademoiselle de Guzmán tiene su enlace matrimonial firmado para dentro de breve tiempo. No podré prometer mi apoyo a vuestros intentos, pues sería una traición a mi propia familia... a no ser que Andrea, realmente, os ame. En vista, por tanto, de los acontecimientos que presenciamos, os sugiero hablar con el señor Conde, mi padre. Es la única persona que podrá decidir, de una vez y para siempre, sobre tan lamentable caso.

No habiendo nada más que tratar, Víctor pidió permiso para retirarse, y se despidió de su interlocutor, tan atribulado como éste.

Mientras tanto, Marcus no se hizo de rogar y aquella misma tarde pidió una entrevista particular al viejo Conde José Hugo, la cual le fue concedida a la mañana siguiente.

Una vez en presencia de su amable vecino, se sirvió de la más pulida actitud, confesando el romance de amor existente entre él y Andrea. Nada omitió, ni siquiera los encuentros nocturnos en el parque, que habiéndola tenido a su merced sin embargo supo respetarla con la debida consideración a una doncella, además, las cartas que ella le dirigió, las exhibió ante el viejo y aterrado hidalgo. Este enmudecía, muerto de sorpresa, con cara ruborizada ante las razones del interlocutor, quien parecía positivamente sincero. Habiendo expuesto todo, es decir, habiendo confesado que procedía así por amor, Marcus pidió a Andrea formalmente en matrimonio, no omitiendo siquiera, las ventajas financieras que advendrían con este casamiento, tanto para la novia, como para toda la familia.

Pero José Hugo Francisco de Guzmán d'Albret, heredero de una raza de hombres dignos, superiores, se reequilibró del amargo estupor sufrido en principio, reaccionó prudentemente en algunos cortos minutos y respondió concisamente:

-Aunque no hubiese empeñado mi palabra con los señores de Guzmán d'Evreux, Señor Conde, no me sería posible daros una respuesta en estos momentos. Tendría que reunir al consejo de familia, como es tradicional en nuestra raza, para casos importantes como éste. Por otra parte, vos sabíais que Mademoiselle está comprometida a otro, pues todos lo saben en Saint-Omer, y no obstante entrasteis osadamente a requerirla...

-Ella también lo sabía, señor de Guzmán y me correspondió...

-Parece que quisisteis actuar como un seductor.

-Acabo de pedir la mano de vuestra hija, señor, y espero la respuesta.

Atormentado e irritado con la situación que, en verdad, por justicia aventajada al solicitante, el viejo Hugo respondió:

-No podré conceder lo que solicitáis, señor de Villiers; tengo la palabra empeñada con otro, aunque me sienta honrado con vuestra preferencia. Os ruego que no volváis a visitar Saint-Omer y que comprendáis que debéis renunciar para siempre a la pretensión que aquí os trajo. Os ruego que no amenacéis la tranquilidad de una familia entera...

-¿Es razonable, entonces, que yo no intente nada por conseguir la felicidad que espero?

-Es lamentable señor, pero no podré hacer nada para ayudaros.

Marcus cumplimentó a su vecino y se despidió, rogando excusas por la incomodidad que causara, siendo acompañado hasta el carruaje, por el nuevo mayordomo, esto es, por Jacques Blondet, que había sido ascendido de puesto en las funciones del palacio de Saint-Omer, por los buenos servicios prestado hasta entonces. Por la noche, Andrea de Guzmán, después de haber pasado todo el día agitada por crisis de angustias que la sumieron en prolongado llanto, recibió la siguiente carta, por intermedio de su fiel criada Matilde, que a su vez, la recibió de su prometido, empleado de las caballerizas de Villiers.

“Querida mía: Estoy desesperado, amenazado de perderte, a lo que jamás podré conformarme. No podré visitar jamás Saint-Omer. Tu padre me lo ha prohibido hoy, cuando pedí tu mano para que seas mi esposa y mi querida Condesa. Debo partir para siempre, volveré a América, de donde jamás debería haber regresado, y en donde intentaré olvidarte. Pero antes, deseo decirte un supremo adiós. Ven hoy o mañana, o avísame cuando puedas, bajo los tilos locales, conocidos de todos, bajo el cantero de las rosas, del lado opuesto. Estaré esperándote diariamente, hasta las tres de la madrugada. Tuyo de todo corazón-Marcus de Villiers.”

CAPÍTULO VIII

EL OBSESOR

-“¿Podemos libramos de la influencia de los espíritus que nos incitan al mal?

-Sí, porque no se adhieren más que a los que los solicitan por sus deseos o los atraen con sus pensamientos.

-Los espíritus cuya influencia rechazamos por medio de la voluntad, ¿renuncian a sus intenciones?

-“¿Qué quieres que hagan? Cuando nada pueden hacer, ceden su puesto pero esperan, sin embargo, el momento favorable, como el gato hace con el ratón.”

(“El libro de los Espíritus”, de Allan Kardec, parte 2ª, Capítulo IX: “De la Intervención de los Espíritus en el Mundo Corporal”).

La obsesión o locura por constreñimiento es sin duda, una de las más grandes desgracias que pueden alcanzar al ser humano. Constituye

una prueba, y en la mayoría de los casos es expiación, rescate doloroso y humillante de aquél que, en el pasado o en la existencia presente, ultrajó la ley el Creador con actos criminales contra el prójimo. La obsesión es la desesperación que envuelve a la criatura, la alucina y la deprime, sujetándola a las más deplorables consecuencias, hasta la caída moral y posiblemente, hasta el suicidio. El mayor antídoto contra la obsesión, es la práctica de los mandamientos de la Ley de Dios. Aquél que observa esos mandamientos con las virtudes adquiridas, estará inmunizado contra las arremetidas obsesoras de los infelices, a quien el odio, el desprecio, la envidia o la venganza, hundieron en las tinieblas. La acción obsesora, no obstante, solamente será ejercida si el obsesado, por sus cualidades morales inferiores, se iguala vibratoria y moralmente a su antagonista desencarnado. Su curación, como vemos, será difícil, pues exigirá reformas orales acentuadas y la reforma del carácter de una criatura, suele ser obra de los siglos, no en días o meses como muchos de nosotros suponemos.

Algunas veces, se brinda la oportunidad para que el obsesado procure renovarle moral y mentalmente, en busca de su curación, siendo el obsesor apartado eventualmente. Es la misericordia de lo Alto en acción salvadora, abarcando a ambos litigantes. No obstante, si el obsesado se manifiesta insensible y no aprovecha la oportunidad brindada para mejorarse, y el obsesor, en ese espacio de tiempo, no toma resoluciones regeneradoras que lo convenzan de que es preciso perdonar y olvidar el pasado, entonces la aproximación de los adversarios se hará nuevamente, y frecuentemente, resulta más violenta de lo que era antes. De ahí se podrá deducir que son dos criminales en litigio, dos almas infelices que se maldicen y castigan, pues el obsesor es tanto o más desgraciado que el obsesado, y que ambos sufren porque desean hacerlo. La bondad de lo Alto, siempre atenta, socorre generalmente a esas dos ovejas descarriadas. Pero raramente es atendida. Comúnmente, entonces, el litigio continúa en el mundo espiritual, se extienden dolores y situaciones inconcebibles para los seres humanos, cuyos sentimientos

equilibrados, jamás pasarán por esos planos de tinieblas. Del mundo espiritual retornan entonces los litigantes a la reencarnación: algunas veces son hermanos consanguíneos, otras son padres e hijos que se aborrecen, y cuyo hogar es un verdadero infierno y cuyas vidas atadas por las obligaciones de la convivencia diaria del deber, tiende a modificarlo marchando hacia la reconciliación necesaria, porque la ley que rige los espíritus, hijos de Dios, es Amor y progreso que impelen la perfección.

Conviene que esas cosas sean dichas a los hombres para que algún día, aprendan de ellas, puesto que más fácil y meritorio es amar que odiar, perdonar que vengar, olvidar ofensas, que sufrir indefinidamente recordándolas, evitado así la obsesión antes que practicarla o sufrirla, pues repetimos, una vez que se le haya dado libre curso, exigirá siglos para ser extinguida.

Ahora se daba exactamente ese tenebroso panorama que envolvió a Andrea Guzmán y a su antiguo obsesor, que decía haberse llamado “Monseñor de B...” en una existencia y Arnoldo Numiers en otra, pasando a odiarla con intensidad.

Vimos que Andrea repudiaba la oportunidad que lo Alto le concediera en la persona de su hermano Víctor de Guzmán, quien deseaba reeducarla para Dios por el camino de más virtudes. En vez de atenderlo, se envolvió en las pasiones inferiores dándose a disfrutar, con un aventurero que pretendía amarla, excitada por la soledad. En cuanto al obsesor, veamos lo que le sucediera durante el intervalo de oportunidad que igualmente obtuviera, a fin de procurar reeducarse para Dios y para su práctica de la Ley de Amor, perdón y progreso.

Le hemos llamado Arnoldo Numiers, pues había sido esa identidad como hombre, en su última reencarnación.

Arnoldo Numiers, pues, el espíritu perseguidor de Andrea, en el momento en que Víctor evocó las fuerzas superiores del Mundo Astral

con el fin de ayudarlo a libertar a su hermana, se vio obligado a admitir que se apartaría, cediendo a una propuesta sumamente grave que le hiciera Víctor: permitir treguas a su enemiga para dar tiempo a que ésta se recuperase, renovándose moralmente por la adquisición de virtudes, que fueran capaces de compensar en algo el pésimo pasado que viviera en su encarnación anterior. Soltó un grito de rabia y de furor al ser alcanzado por un haz de luz, grito que fuera expresado por Andrea, cuando Víctor se había entendido con él por intermedio de la misma, cuando cayó en trance medianímico. Durante mucho tiempo, vago por la atmósfera de las inmediaciones del palacio de Saint-Omer, desolado e impotente, como cohibido en su libertad, sin poder alcanzar el ambiente de donde había salido, pero sin perder de vista el paisaje en que se movían la joven Guzmán y su primo Arturo. A éste lo contemplaba desde lejos, como reflejado entre neblinas, con ternura y nostalgias, pero a Andrea, la vigilaba incesantemente, alimentando el odio con que la envolvía, con el nefasto deseo de que todos los males y desgracias del mundo se abatieran sobre ella.

A través de las vibraciones de aquella claridad que incidía sobre él, como una advertencia protectora de la misericordia de lo Alto, oía, como si se tratara de un eco que le llegaba de lejos, traído por vibraciones bienhechoras, consejos de paz, invitaciones al perdón y al olvido, sugerencias para un retiro en los planos reeducativos del Más Allá, además percibía murmullos de oraciones y mil atracciones más, invitándolo para una renovación mental y vibratoria, a través del trabajo edificante del Bien. Pero resistía, pues suponía un deber vigilar a Arturo contra las arremetidas de Andrea, pues no confiaba en ella, se recordaba de las desgracias que ésta le había infligido en el pasado, y no perdía uno solo de sus actos en la vida práctica e íntima del presente. Cuando tuvo lugar el desastre que redujo a Arturo a la invalidez, su desesperación como espíritu, no tuvo límites. El aislamiento en que se reconocía, se acrecentaba dolorosamente al ver a “su hijo” tan querido en otras vidas, prendido a una silla de ruedas, lo hizo más inconsolable,

sintiendo entonces desesperaciones inauditas. Sabía que tal acontecimiento era consecuencia del terrible suicido practicado por ese hijo tan querido en el ayer, en otra vida, y que ese suicidio había sido por causa a Andrea, o sea, a la infame Berta de otro tiempo, y su odio se acrecentó quizá con mayor furor. Nuevamente revelía las escenas pavorosas de aquel día del pasado en la aldea de Stainesbourg: el suplicio de su hijo Enrique (el Arturo de ahora) rodando ensangrentado por las rocas inmensas que circundaban el lugar donde vivían, con su cuerpo dilacerado encontrado por él mismo, su padre, en el fondo del valle y sepultado sin asistentes al acto, a la vera del riacho, en la tierra profana, ya que no era permitido por las leyes religiosas, la sepultura del suicida en tierra consagrada por la Iglesia. Entontecido y alucinado por esa visión implacable, extraída por su rebeldía de lo profundo de sus propios recuerdos lo trastornaba y a su vez, pasaba a otro, no menor y atroz sufrimiento para su corazón inconsolable. Arturo detenido en la silla de ruedas como castigado por el propio suicidio, llevándolo a la crisis de desesperaciones impresionantes, durante las cuales repetía:

-¡Ella lo ha de pagar! La llevaré al suicidio, tal como ella llevó al suicidio a mi pobre hijo.

Era como si Enrique, habiéndose tirando desde la roca y habiendo caído en lo profundo del valle, no hubiese muerto, y se hubiera levantado herido e inválido por las fracturas consecuentes de aquella caída, y ahora se hallase sentado en una silla de ruedas con el nombre de Arturo.

Consejos, palabras amigas que a veces, dulcemente vibraban como murmullos confortadores, intentaban consolarlo sin que lograrse acatarlos. Oía oraciones que se hacían en su beneficio, hasta por el mismo Víctor, que trataban de envolverlo y reconfortarlo. Pero, su endurecimiento mental, enfriaba el calor benéfico de aquellas vibraciones, prosiguiendo en su glacial desgracia, prendido a un pasado que quería conservar presente. En esta situación, deprimente para un

espíritu que más bien debería marchar serenamente hacia Dios, el obsesor de Andrea, cierto día, vio a Arturo llorar copiosamente a solas en su habitación cuando todo el castillo estaba sumergido en el silencio nocturno.

Más afligido todavía, se acercó al amado hijo del pasado y ausculto las razones por las cuales tanto sufría el infeliz.

El examen de las vibraciones personales, en el mundo espiritual, es un hecho natural. Se sabe que alguien sufre, puesto que llora, y el llanto es la vibración dolorosa tan angustiada, que comunica al observador la amargura deprimente, y además se sabe por quien sufre y llora, pues el pensamiento del que sufre, refleja las imágenes que lo torturan, focaliza escenas y la trama en la cual se debate, y se ve al observador espiritual de elevada categoría o de inferior condición en la jerarquía de la vida espiritual. Se trata, pues, de un fenómeno, de un hecho natural, de una ley de naturaleza común a la vida del espíritu. De ahí por qué todas las creencias religiosas, espiritualistas, la moral, el buen sentido, la razón, el sentimiento y hasta la terapéutica, recomiendan al hombre cuidado con sus pensamientos, pues además de otros mil inconvenientes siempre desagradables, los pensamientos mal dirigidos pueden atraer un obsesor o hasta indicar pistas desfavorables para el prójimo.

Arnoldo Numiers, comprendió que la causa de los nuevos sufrimientos de Arturo, provenían todavía de Andrea. Entonces, trató de ubicarla, para investigar su conducta desde el momento que de ella se había apartado, atendiendo a las súplicas de Víctor, que deseaba reeducarla. Fiel a su propias palabras, se había mantenido apartado durante todo ese tiempo, no obstante continuo atendiendo y conservando su odio antiguo. Se dirigió, pues, al aposento de la joven. Ella debía estar allí, pues la noche había avanzado. Una vez en su habitación, encontrando su cuerpo adormecido, le sería fácil encontrar la verdadera individualidad y entenderse con ella, pidiéndole satisfacciones por las ofensas dirigidas a aquél que lloraba y entonces, castigarla o torturarla.

Pero el lecho de Andrea estaba vacío, ella no se había recogido todavía. Se dirigió al salón en donde sabía que era común la reunión de familia. Se encontraba desierto. Escudriño por todos los aposentos en donde fuese posible que se encontrara la joven. No la encontró en parte alguna. Todos dormía, todos estaban recogidos, hasta la misma Matilde.

¿En dónde estaría ella? Salió entonces al parque, pues no ignoraba el viejo hábito de Andrea que agradaba salir sola por el jardín o por las avenidas del viejo parque. Después de algún trabajo, pues no poseía la lucidez suficiente para penetrar el ambiente y tomar conocimiento de una sola vez, pero con un poco de trabajo y atraído ciertamente por afinidades que la falta de amor le proporcionaba, encontró a Andrea en los brazos de un hombre, en la semioscuridad de un cantero de rosas que la luz de la luna mal iluminaba. Entonces comprendió lo que sucedía. Era una traición más de las muchas que ella tan bien sabía practicar contra aquellos que la amaban. Era por eso que Arturo sufría y lloraba. Andrea era infiel a su novio, a los padres, al hermano y a él, que también la amaba y que quisiera verla pura y dignificada por sí misma.

Era una hipócrita, que traicionaba a unos y a otros, no mereciendo por tanto, la consideración de que se veía rodeada, del nombre tradicional y honrado que traía, ni la confianza del novio que en ella había depositado fe y esperanzas. Comprendió que Arturo continuaba amándola con toda su alma. Que se resignaba a perderla a favor de su hermano, escogido por la familia para desposarla, pero la quisiera pura y respetable como todos la juzgaban que era. Su aversión, rencor y desprecio por la infeliz niña no tuvo entonces límites. Viéndola allí, en los brazos de un extraño, embriagándose con sus besos, alucinándose bajo el calor de sus brazos, los pensamientos del obsesor retrocedieron en el tiempo y sin desearlos, se vio en el siglo XVI, sufriendo el drama de la traición de Ruth Carolina a Luis Narbones. Pensó que ése, su hijo adoptivo de entonces, sufriera, embaucado por el falso amor de ese mismo personaje, que ahora estaba allí, bajo la enramada de rosas,

disfrazado con nuevos ropajes carnales. Recordó, después el drama de Enrique Numiers, torpemente engañado y nuevamente traicionado por esa misma mujer, en otra existencia transcurrida en el siglo XVII, y pensó en Arturo, reencarnación del primero y del segundo, solo y sufriendo, en una silla de ruedas, llorando en el aislamiento de la noche, la consecuencia de un suicidio cuya causa había sido ella misma. Y se dijo para consigo mismo, mientras la contemplaba:

Yo tuve piedad de esta criatura y creo que hasta llegué a quererla cuando ella se llamaba Ruth Carolina y su familia fue eliminada por el terrible decreto de Catalina.¹⁶ Su venganza, contra mi Luis fue cruel y deshumana. No obstante, fui su amigo y hasta llegué a comprender y a disculpar su crimen contra él, por amor a él mismo. Un siglo más tarde, la quise, cuando ella se llamó Berta de Stainesbourg y fue la esposa de mi pobre Enrique, a quien llevó al suicidio con nuevas traiciones. Aún la perdonaría, si la viera arrepentida ayudando a mi pobre Arturo a cargar con la cruz que ella misma le construyó para él. Hice un pacto con su hermano, a quien admiro y respeto porque supo perdonar a Luis la horrible masacre,¹⁷ y me comprometí a dejarla a su libre albedrío, a fin de que pudiera reformarse moralmente a iniciar nuevos caminos por el bien de todos. Pero en vez de eso, ¿qué estoy viendo? ¡Traición, siempre traición! ¡Siempre la misma, desde los tiempos de Catalina!¹⁸ ¡Traidora indigna! Yo sabía que ella no se sometería a los deseos de su hermano. ¡Necesita sufrir, sufrir mucho! Lo que ella sufrió después de los dramas que padeció, no fue sufrimiento, fue rebeldía. ¡Ahora, te tengo, miserable, y no te dejaré tan pronto!

Las corrientes funestas del pensamiento de Arnoldo Numiers habrían fulminado ciertamente a Andrea, si en su socorro no hubieran acudido otras, benévolas y caritativas almas, en un intento supremo por

¹⁶ Alusión a la matanza de los Hugonotes en 1572.

¹⁷ Alusión a episodios relatados en el romance "En las Vorágines del Pecado".

¹⁸ Catalina de Médicis, Reina de Francia. Alusión a los hechos narrados en el romance "En las Vorágines del Pecado".

hurtar la presa a su perseguidor, con el fin de ver si ella conseguía todavía recuperarse.

Amigos desvelados que desde lo invisible la querían, se esforzaban para ampararla y, en efecto, habían conseguido ventajas sobre el obsesor en aquel momento, aunque reconocían que la infeliz había determinado su propio destino con las detestables acciones de sus vidas pasadas y la indiferencia conjugada con la volubilidad del presente. Súbitamente, como movida por un impulso exterior, Andrea se separó bruscamente de los brazos de Marcus, pues había atendido el pedido que le hiciera en su carta en la víspera, yendo a despedirse de él en parque, en las horas muertas de la noche. Muy conmovida, sabiendo por él mismo, del pedido hecho a su padre respecto a su mano, se dejó envolver por sus caricias, en la seguridad de que se despedía para siempre. Se apartó, pues, liberándose de sus brazos, asustada, como si hubiera sido sorprendida por alguien:

-¡Adiós, Marcus! No puedo permanecer más aquí, sería peligroso. Si fuéramos descubiertos, no sé lo que pudiera suceder. Te agradezco que me hayas amado y deseado por esposa, pero nuestro amor ¡es imposible, imposible!

-¿Me rechazas, entonces, después de haberme dado tantas pruebas de amor? ¿Sabes que es duro para un hombre oír lo que acabas de decir, que yo no deseo resignarme a perderte? ¿Cómo podré vivir sin ti? ¡Necesito hablarte todavía, espera, no te vayas, óyeme: No me abandones, sé que me amas, luchemos juntos por nuestro amor! ¡Hemos de vencer!

-¡Adiós, Marcus! ¡Lamento tu partida, pero nada podré hacer! ¡Mi compromiso con Alexis es grave, es un compromiso de honor!

-Partiré después de mañana. Quiero verte todavía por última vez. Te espero aquí mañana, a la misma hora...

-No podré, tengo miedo, mucho miedo, déjame regresar a casa, por favor, Marcus. ¡Suéltame, déjame! ¡Lo que hacemos es peligroso!

-Volverás mañana, ¿me lo prometes?

Con el fin de librarse de él ella prometió:

-Sí volveré, te lo prometo.

-Si faltaras, sería capaz de cometer cualquier locura...

-Te prometo que vendré. Y se separaron.

Andrea entró sutilmente en su aposento, sumergido en la soledad. Marcus de Villiers saltó el muro como si fuera un asaltante sin temor alguno. Un criado lo esperaba del otro lado con un caballo. Lo montó y se dirigió a galope a su casa.

Al día siguiente, Andrea se levantó tarde, muy nerviosa. Se sentía triste y angustiada, tuvo crisis de llanto frecuentes, y sus pensamientos colaban hacia Marcus, con una insistencia atroz.

Lo sucedido la noche anterior, la emocionó hasta el delirio. Durante todo el día, se sintió como envuelta por sus brazos, y la impresión que tenía era que aquellos labios ardientes no se separaban de su piel; sentía todavía el palpitar de su pecho junto al de ella, la perturbaba el perfume de sus cabellos que impregnaron su olfato. En vano Matilde le había llevado alimentos a la habitación, viendo que se negaba a comparecer a la mesa de la familia. En vano fue el generoso Víctor indagó sobre la razón de su amargura, y en vano también Arturo le suplicó que le abriese su corazón, ya que era incondicional amigo y deseaba ayudarla. Su madre la invitó a la oración. Asintió, pero no consiguió fijar sus pensamientos en los esplendores celestes. La imagen que dominaba su mente y todos sus sentidos, obsesionándola hasta lo indecible, no era la de ningún ser celestial y sí de Marcus de Villiers.

EL DRAMA DE LA BRETAÑA

Se diría que la dominaba una obsesión fijada en sugerencias mentales. Se diría que una alucinación histérica, un delirio, una desesperación sorda, inconsolable, le oprimía la voluntad, esclavizándola a un deseo invencible de pensar en Marcus, de volverlo a ver, de hablarle de nuevo, de pertenecerle.

Y en esa predisposición de espíritu, vio aproximarse la noche.

CAPÍTULO IX

EL SEDUCTOR

-“¿Cuál no será, pues, mi indignidad, puesto que un ser malhechor puede esclavizarme? Haced, Dios mío, que esta desgracia que mi vanidad merece, me sirva de lección para el porvenir, que me modifique en la resolución que tomo de purificarme con la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, con el fin de oponer para siempre una barrera a las malas influencias.”

(“el Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XXVIII, “Colección de oraciones Espiritas”, Nº 82).

Hacia una noche silenciosa y con calma, como si la Naturaleza quisiera acechar furtivamente el mundo y la conciencia de la Humanidad. Hacía frío.

En Saint-Omer el silencio era completo, tal vez siniestro. Ningún ave nocturna demostraba sus habilidades especiales; ningún movimiento en los árboles, ni siquiera se veían los repugnantes vampiros y en los establos, en los apriscos, en las matas, por todas partes, el mismo soturno

e impresionante silencio. A veces, parecía que la Naturaleza era temerosa de testimoniar ciertas escenas que los hombres son capaces de practicar. Apenas el mar, allí, bien cerca, en las riberas de Saint-Omer, rugía cual titán odioso que atrae y seduce para aplastar; que grita y blasfema, levantando sus garras para aprisionar cuerpos cuyos corazones y conciencias no supieran controlar las pasiones de la vida. Relucían, lejanas, pálidas estrellas en un cielo sin luna.

Desde hacía mucho tiempo, en el viejo hogar del señor de Guzmán, las luces se habían apagado. Todos dormían el sueño reparador de las preocupaciones diarias o por lo menos, el silencio que allí reinaba, indicaba que todos sus habitantes debían dormir.

Pero, en realidad, no era así.

Andrea de Guzmán velaba, pensando en la necesidad de atender la súplica de Marcus y encontrarse por última vez, bajo el enramaje de las rosas. Imposible dejar de atenderlo, pensaba ella, nerviosa, sola en su cuarto de dormir. Todo su ser exigía que fuese a verlo. Sería solamente aquella vez, la última, en que la diría adiós para siempre. Pero, sintió miedo, presintió desgracias esparcidas por el aire, temblaba violentamente excitada por choques nerviosos.

No obstante, no desistía de la idea de ir a su encuentro; quería ir, le era necesario.

Jaques Blondet, desconfiado de hechos extraños que últimamente pasaban en Saint-Omer, velaba, pensando en Andrea y en su amor oculto e imposible. Había visto al anochecer, que criados de Villiers rondaban por los límites del parque, como si presintieran alguna cosa, pues a sus oídos había llegado la noticia de que el viejo Conde, su amo, invitó a Villiers a no volver a visitar jamás la familia. No sospechaba nada contra Andrea, la cual, según el pensamiento de todos, había renunciado a los paseos nocturnos por el parque, después de haberse restablecido de las terribles crisis que antes la asediaran. Solamente sus

familiares sabían la ingrata verdad, Arturo d'Evreux velaba también, revolviendo la mente en suposiciones en torno de Andrea y de Marcus, pues conocía la avenencias criminales de la prometida del hermano con aquel amigo infiel, que parecía seducirla ostensiblemente.

Por la noche, Andrea recibió una nueva carta de Marcus, recordándole la promesa de la noche anterior, y ahora, cuando se aproximaba el momento de la entrevista, ella sentía horror de sí misma, reconociendo que debía atenderlo, que no podría dejar de hacerlo. A su vez, Marcus pasó el día agitado, pero decidido a las mayores consecuencias, a fin de comprometer a Andrea consigo mismo:

-Mostraré a aquellos dos conversadores, lo que es poseer una voluntad fuerte, que un hombre como yo, no será humillado en vano. Deseo a Andrea para mi esposa, y la tendré como mujer, cueste lo que cueste... pero, ¿y si ella no viniera esta noche al lugar acordado?

Y se perdía en medio de sus insensatos pensamientos, como si estuviera presionado por algo que le obsesaba. Y dominando las pasiones que ofrecía campos fértiles para alcanzar el fin que tenía en miras, allí estaba el rebelde espíritu de Arnaldo Numiers, que escatimaba esfuerzos para alcanzar a su enemiga del pasado. Ahora, el resultado de esa lucha sin gloria, pero vulgar en la vida humana, comenzó a la hora indicada por Marcus, mientras Andrea caminaba hacia el parque, en donde él la esperaba. Sacudida por temblores nerviosos, helada por un frío nervioso, toda vestida de negro como el ángel del pecado, de repente, se vio arrebatada por dos brazos vigorosos que la apretaron contra el corazón:

-¡Oh Andrea! ¡Andrea, querida!- Exclamó tan pronto como la vio, indecisamente, entre las sombras nocturnas, caminando por el sitio indicado, con voz ronca y trémula.- ¡Con qué ansiedad te esperaba! Llegué a pensar que no querías consolar al desgraciado que va a partir y que una vez más, quiere decirte que te ama y que tú lo convertiste en el

más desesperado de los hombres. ¡No! ¡No me huyas, Andrea! ¡Quédate un instante todavía junto a mí! ¡Es la última vez, querida mía! Mañana ya no me tendrás aquí... Nunca más, ¿me oyes? Nunca más, ángel mío, me verás en tu camino... ¿cómo viviré sin ti? Déjame besarte por última vez para que el recuerdo de nuestras caricias sea consuelo de mi infortunada vida. Soy tan desgraciado, pero te amo tanto, que daría cien vidas si cien vidas tuviera...

Y la besaba con ardor, la abrazaba con delirio, sentándola sobre sus rodillas, como lo habría hecho con una criatura, lloroso y amargado.

La infeliz niña, se puso a llorar afligida, sintiendo pavor de su propia temeridad. Intentaba deshacerse de aquellos brazos que la envolvían y decía entre lágrimas, medio desorientada:

-¡Valor, señor Conde! ¡Si supieseis cómo he sufrido por lo que adivino en vuestras actitudes tan desorientadas! Perdonadme, ¡oh! ¡Perdonadme el mal que, sin querer, os causé! Accediendo a este imprudente encuentro, sólo deseé pedir os que me perdonaseis y que me prometieseis hacer todo lo posible para olvidarme con la mayor rapidez y que tratéis de ser feliz...

Ella hablaba con ansiedad y temblaba de ansiedad y de miedo. Su corazón palpitaba desacompañadamente. El miedo, el terror, crecían a cada instante en su corazón. Varias veces intentó deshacerse de las manos de Marcus, queriendo huir, correr hacia la casa. Pero éste la detenía siempre, con violencia, ansioso, insistiendo:

-Pero, ¿puede estar todo acabado, Andrea mía? ¿Me rechazas y me quitas cualquier esperanza de felicidad? ¿No te compadeces de mí?

-¿Para qué insistir en una cosa irremediable, señor Conde? ¡Sí, es preciso renunciar! ¡Perdonadme! Vuestro amor por mí no es verdadero como juzgáis. Es una impresión pasajera, según asegura mi hermano

Víctor. ¡Por Dios! ¡Olvidadme! Y ahora, dejadme ir señor, que tiemblo de frío y de miedo...

-¿Amas, entonces, desgraciada, realmente a tu novio y por eso me desprecias? ¡Juzgáis, por ventura que un hombre como yo se resigna al desprecio de alguien?

-¡Oh, señor! ¿Quién dice que os desprecio? –exclamó vibrante, la doncella, viendo, asustada, que el interlocutor se irritaba.- ¡Yo no os desprecio!... Apenas estoy prometida a mi primo Alexis. Nuestras familias resolvieron casarnos, se trata de un compromiso de honor, ¡procurad entender Señor!

-¿Te casarás, pues con él?

-Sí señor Conde, debo casarme con él. Nosotros nos amamos desde la infancia.

Pero el señor Conde de Villiers, no la soltaba. Tal vez había premeditado algo infame, si la negativa era rotunda o porque en el momento se irritó con la confesión de la infeliz niña, lo cierto fue que presionando con más fuerza las manos heladas de Andrea, la atrajo y apretó junto a sí, envolviéndola con sus brazos de hierro y como si todas las llamas infernales crepitasen ardientemente malditas en sus venas, rabioso, cruel, traidor, procuraba su rostro, los labios, todo el cuerpo débil que se retorció entre sus brazos, y por entre besos enloquecidos, repetía a cada instante, como un demonio exacerbado:

-¡No, no, Andrea, nunca pertenecerás a ese Alexis que yo odio, nunca! ¡Te amo, te quiero y serás mía para siempre! ¡No, no me huirás, no te dejaré huir!

La lucha fue terrible para Andrea, que finalmente comprendió el abismo en que había caído, le suplicaba piedad, se debatía entre lágrimas, cual náufrago entre las olas violentas. Un drama

inenarrable se desarrolló entonces en las tinieblas silenciosas del parque de Saint-Omer. En ese drama, incitado por demás por un obsesor sediento de venganza, la parte más frágil tendría fatalmente, que sucumbir.

Andrea, sucumbió.

Cuando al sonar las tres de la madrugada en el gran reloj de Saint-Omer, la niña Guzmán retorno a sus propios aposentos, dulcemente amparada hasta la entrada por su seductor, ya no era la novia de Alexis d'Evreux y sí la amante de Marcus de Villiers.

✱

Mientras tanto, Marcus se encaminaba sereno a su viejo castillo de Saint-Patrice. Se sentía lleno de esperanzas en el futuro. No intentaba viajar, y mucho menos irse ahora de Francia; había usado solamente un ardid, a fin de atraer a Andrea.

Al día siguiente, comenzó por saludar amistosamente a los servidores de su casa y llegó al cúmulo de apretar la mano al mayordomo, en exceso de amabilidad. Estaba alegre, la felicidad irradiaba de sus actitudes, convirtiéndolo en eufórico y hasta en tonto. Al almorzar, después de haber pasado el día en su gabinete consultando papeles y haciendo cálculos, llamó al intendente y le dijo:

Debo decirte, mi querido Vantreuil, que tendrás grandes servicios que hacer de ahora en adelante...

-Me es grato servirlos, señor...

-Se trata, ni más ni menos, de reparar cualquier falta, cualquier ornamento necesario a nuestra casa. ¡Mira! Pondrás manos a la obra desde esta misma mañana. Buscarás nuevos muebles, tapiceros, decoradores... Lo quiero todo muy bello y artístico. No omitas nada

para agradarme... Hemos de propiciar principescos aposentos para una dama... ¡Ah! No te olvides de encargarme ricos ajuares de lino, de sedas y de cintas... Creo que no tendremos mucho tiempo que perder. Tengo mucho apuro.

-Si me lo permitís, señor, ¿debo preguntaros si recibiréis alguna visita real? Pues el castillo ya está adornado como para la morada de un príncipe...

-Haz lo que te digo, Vantreuil, y espera los acontecimientos.

Por la noche, cuando el criado del cuarto lo despedía para acostarlo, Marcus, siempre radiante, golpeó en el hombro del mismo y con aire de misterio, habló en un continuo deseo de confidencias:

-¿Sabes las órdenes que le di hoy a Vantreuil, nuestro intendente?

-¿Para remodelar el castillo?

-Pero apuesto a que no adivinaste por qué di esa orden.

-¿De cierto esperáis visitas honrosas? ¿Cómo aquellas que en París recibía frecuentemente el señor Conde?...

-¡No, nada de eso! Los parisienses no gustan de la Bretaña, y yo, ahora, deseo ser provinciano... Estoy cansado de fiestas y de tumultos, Marshal, ahora deseo tranquilidad.

-Entonces, lo siento mucho, señor, pero tengo el disgusto de confesaros que nunca fui dado a descifrar enigmas.

Marcus se acostó, y mientras el sirviente le ofrecía un tabaco perfumado, dijo:

-¡Voy a casarme, Marshal!

-¡Oh! ¿Vos, señor Conde? ¿Estaréis loco?

*-¡Ah! Yo sabía que no lo adivinarías. Ahí estás, mudo de espanto.-
Volvió a retir viendo el aire de sorpresa de su fiel sirviente-*

-Pues es como te digo: Tendremos boda muy en breve, en nuestro castillo de Saint-Patrice.

Marshal, como todo criado de cuarto de un hidalgo liberal como su amo, tenía derecho a ciertas intimidaciones que a los demás no eran permitidas. Realmente sorprendido, una vez conocedor de las opiniones del amo sobre el casamiento, no llegó a creer lo que decía. No obstante, interpelló al amo, sin temer severidades por convertirse en inquisidor:

-Me cuesta creer, señor, en lo que me dicen mis oídos. ¿Habrá encontrado el señor Conde algún hada para desposarla? Pues no creo que una mujer común pueda hechizarlo así.

-Repito, Marshal, que habrá boda en Saint-Patrice. Quiero una ceremonia pomposa, como esta pobre Bretaña jamás tuvo. ¡Ah! Más sorprendido estarás si yo te dijera que seré yo el que será pedido en casamiento.

-¿El señor Conde pedido en casamiento por su novia? ¡Oh! ¿Estaré soñando?

-Es como te digo. ¿Tendrías la osadía de creerme mentiroso?

-Dios me libre de tal insulto. Pero ¿podré saber al menos, quién es nuestra futura ama, Condesa de Villiers de Saint-Patrice?

A esa evocación. Marcus soltó un suspiro profundo pensando en Andrea, con quien decidiera casarse si los acontecimientos seguían el curso por él previsto. ¡Condesa de Villiers, ella! ¡Sí, por Dios!— pensó él oyendo a Marshal-. ¡Andrea usará con garbo y majestad el título de los Villiers! ¡Es una perfecta aristócrata! Y, ¡qué bella mujer! ¡Diríase que es una escultura de la belleza, con sus grandes ojos, de un azul profundo y

los largos y rubios cabellos cayendo graciosamente por los hombros! No obstante, mordiendo el tabaco y mirando al criado con aire burlón, dijo:

-¡Oh! ¿Quieres saber todo para propagar un asunto que yo deseo por ahora que esté en secreto?

-Es lo bastante, señor, para que yo trate de adivinarlo. ¿Será al menos hermosa, la futura Condesa?

-¿Crees, mal criado, que Marcus de Villiers podría ser marido de una mujer fea?

-Bien, es hermosa. ¿Y es joven?

-¡Por Dios! ¿Cómo osas juzgar que perdí el sentido al punto de enamorarme de una mujer vieja?

-Bueno, es joven. Debe ser muy joven, y... ¿Es rica? ¿Noble?

-Se diría que me interrogas, Marshal. Pero hoy me siento feliz y quiero contestarte: noble, sí, de vieja nobleza secular.

-¿Rica? Grandiosamente. En suma, la amo y no pienso en la dote que podría o no tener. Además, la dotaré con la mitad de mi fortuna.

-¡Jesús! ¿Para qué tanto, amo mío?

-Con Saint-Patrice. Será de ella este castillo.

-¡Ah!

-Las joyas del tesoro de la familia...

-¡Oh!

-Y las vajillas de nuestras residencias que, como bien sabes, valen una gran fortuna.

-¡Ah!

Marshal miraba estupefacto al amo, convencido ahora de que éste era sincero. Para que Marcus hablase así, era necesario que realmente estuviera apasionado.

-Entonces –dijo éste, riéndose de la admiración del sirviente. ¿Qué esperas? ¿No me felicitas por mi noviazgo?

-Os felicito sí, de todo corazón. Y os declaro que descubrí el nombre de la futura señora de Villiers... esto es, quiero decir...

-Vamos dijo, porque si no aciertas, te mandaré a azotar por tu mujer, Catalina...

-Es “Mademoiselle” Andrea de Guzmán.

Marcus de Villiers se rió como una criatura y se cubrió la cabeza, como ocultando la emoción de la alegría que ardía en su pecho. Minutos después, Marshal salía del aposento deseando a su amo felices sueños de noviazgo, para reunirse a los compañeros en la sala de los sirvientes y en algunos minutos, todo el castillo había sido informado de que el amo, señor de Villiers de Saint-Patrice, se casaría dentro de pocos días con su linda vecina, Mademoiselle Andrea de Guzmán.

CAPÍTULO X

EN SAINT-OMER

“No cometeréis adulterio. Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella.”

(“El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo VIII, párrafo 6).

En Saint-Omer, eran bien diferentes las escenas que se desenvolvía. Había transcurrido dos días después de esa dramática noche. A la noche siguiente a ese drama, Marcus no apareció, ni escribió. Sólo al otro día envió una carta rápida:

-“Estaré contigo para siempre, querida mía, no temas, confía en mí”- decía él por intermedio del novio de Matilde.

En la mañana del tercer día, Andrea recibió este ultimátum:

-“Esta noche, en el lugar convenido. Estoy loco de nostalgias. Te amo por encima de todo. Necesito hablarte urgentemente. Si no vienes, iré a tu casa y hablaré a tu padre”.

Andrea no pensaba en Marcus, no tenía ansiedades por él, no deseaba su presencia y, más que nunca, sentía que no lo amaba y que se

enfriaba en su ser el capricho que había tenido por él. Lo que sintió, era horror de sí misma, y no comprendía cómo se confió tanto a aquel aventurero. No salía de sus aposentos, se negaba a tomar alimentos, y crisis violentas de llanto la sacudían día y noche. Se sentía enferma, rebelde contra sí misma y contra todo, y no sabía, ahora, cómo continuar viviendo.

¿Cómo confiar a sus padres, a su hermano, a su novio, a Arturo, ese pobre amante silencioso y resignado, tan humilde y bueno en su desventura, el terrible acontecimiento que la deprimía? ¿Cuál sería la reacción de la familia, herida en el orgullo de su propia honradez? ¿Sería capaz Alexis de comprenderla y perdonar su desliz? Desliz, que en verdad había sido una traición, pues ella no lo deseaba. Ciertamente no. No podría comprenderla no podría perdonarla. ¿Sería entonces, repudiada, humillada, y el noviazgo sería deshecho aunque toda la familia había firmado el contrato oficial dos años antes? ¿Qué vergüenza entonces, no sería la suya? Amaba a Alexis, no obstante su conducta condenable, y ¿cómo podría vivir sin él? ¿Qué importaba Marcus, si ella no lo amaba? Y, ahora, ¿cómo arrepentirse por la liviandad cometida, permitiéndole que la cortejara? ¿Nunca pensó tanto en el novio, ansiosa por su amor, como ahora, que sentía que lo había perdido! Nunca sus pensamientos la asediaron tanto como en aquellos tres tenebrosos días en que recordaba los menores detalles de la convivencia con él, su fisionomía dulce y bella, sus gestos, las menores palabras de amor que le dijera, su tierna afición por ella, su nobleza, su honradez. ¿Cómo podría olvidarlo, al punto de dejarse vencer por otro hombre? Y nunca llegó a suponer que Marcus, un hidalgo de buenas tradiciones, llegase a ser tan vil. ¿No sería que esa desgracia la preparaba aquel enemigo invisible que desde la infancia la torturaba? ¿Y cómo resistiría Alexis la noticia de que ella, su novia, había pertenecido a otro, traicionándolo en su ausencia? Ciertamente sufriría horriblemente el insulto, hasta odiaría por el perjurio, huiría de ella, se casaría con otra, nunca más lo vería ¡Nunca más!

En vano Arturo le dirigía fraternas palabras, insistiendo para que confiara en él, pues le abría su corazón con el fin de ayudarla. En vano el paciente Víctor le suplicaba lo mismo; le hablaba de Dios, de la necesidad de renovarse procurando elevarse a lo Alto, en alas de la fe, con la confianza en la paternal misericordia del Todopoderoso, deseoso de ponerla en confesión, pues comprendía que algo muy grave pasaba con ella. En vano Matilde se desdoblaba en cuidados, en la seguridad de que Marcus formaba parte del estado desolador de su joven ama. Andrea continuaba vencida por torturante amargura, deshaciéndose en lágrimas a cada instante. Y en lo íntimo de su corazón, la idea siniestra se esbozaba como una simiente funesta lanzada por el obsesor, en el terreno fértil de su inconsecuencia.

-Si no hay otro remedio, ¡me mataré!

No pensó en Marcus, sino para odiarlo; no trato de razonar que antes de todo eso, fue pedida en casamiento por él, y que por tanto, solamente en él encontraba todavía posibilidades de ser feliz. Y el pensamiento atroz la sugestionaba, perturbaba y desorientaba:

-Si no hay otro remedio, ¡me mataré! Pero...- volvía a razonar sensatamente, como si en su íntimo, corrientes opuestas de pensamientos, chocaran-. ¿Morir tan joven? Cuando por sus venas sentía palpitar la vida y en el corazón latía el deseo ardiente de ser amada, y además ansiosas e inefables venturas se acumulaban en sus íntimas aspiraciones? ¿Morir cuando sus bodas se hallaban tan próximas, y las perspectivas de cielos hermosos aguardaban en su vida conyugal? ¿Matarse, es igual que negarse a la ternura de una familia tan respetable, para darse a la muerte y sumergirse en el olvido, para no ser más nada y convertirse en polvo y en un mero recuerdo, cada vez más esfumado en el corazón de aquellos a quienes tanto quería? Pensaba y sentía como materialista que era, y entonces, crisis de llanto, ataques de nervios y gritos dolorosos la acometían, revolucionando la casa, desolando a los padres,

decepcionando al hermano que la quería liberrar de sus males y que no fuera comprendido.

Se encontraba Andrea en ese estado moral, cuando Matilde, furtivamente, le entregó la segunda carta de Villiers, juzgando que aquella misiva la beneficiaría:

-“Esta noche, en el lugar convenido. Estoy loco de nostalgias. Te amo por encima de todo. Necesito hablarte urgentemente. Si no vienes, iré a tu casa y hablaré a tu padre.”

Esa carta la traumatizó, la postró. Necesitaba reflexionar. La presencia de Marcus, confesándose a su padre, sería para ella un insulto. Temió un duelo, que corriese la sangre de su padre o de su hermano. Sería necesario, por tanto, atender a Villiers. Se dominó, durmió un sueño reparador durante el día. Se alimentó. Se sentía mejor. Matilde estaba loca de contenta, cierta de que “Mademoiselle” amaba a Marcus y no a Alexis. Víctor y Arturo respiraron. La condesa Francisca se puso a orar agradeciéndole al cielo la mejoría de su hija. En cuanto al Conde José Hugo, puede decirse que lo ignoraba todo.

Andrea se situó a la hora precisa bajo la enramada de las rosas. Se sentía de nuevo otra, pero muy sensibilizada... Sufría la terrible presión de Marcus, que continuaba confesándose apasionado.

Así habían pasado tres meses.

Mientras todo eso se desenvolvía, alrededor de la niña de Guzmán, el señor de Saint-Patrice, ultimaba los preparativos para el casamiento. No se sentía amado, a pesar de los acontecimientos, y eso lo irritaba, excitándolo todavía más. Pero también pensaba que el amor vendría más tarde, a través de las atenciones que intentaba ofrecerle. Nada falta, por tanto, para que el ardoroso Conde recibiera la esposa. Nada escapaba a la sagacidad de aquél que deseaba imponerse por la fastuosidad y por la fascinación. Por lo demás, en la seguridad de que se

casaría realmente con Andrea, Marcus no quería que las ceremonias sufriesen demoras, y lo preparaba todo a tiempo, para que nada quedase por faltar en la ocasión precisa. Los días pasaban y nada indicaba que en Saint-Omer, se pensaba en una alianza con él. Andrea resistía, no queriendo confesar, ni aun a su criada. Villiers, repitiendo los encuentros clandestinos con la infeliz niña, se exponía deliberadamente con la esperanza de ser descubierto, sin pensar jamás en la posibilidad de una reacción severa por parte de los Guzmán. Esperaba, por tanto, diariamente, cartas o llamadas desesperadas de la seducida, pedidos de explicación de los Guzmán, y hasta del mismo novio ultrajado. Pero, transcurrieron tres largos meses sin que nada alterara la situación.

En aquella noche, la última en que se encontraron a solas, fueron descubiertos.

Hacia bastantes días, Jacques Blondet estaba intrigado al ver al señor de Villiers por la tarde, paseando por los caminos de Saint-Omer, y todavía más se sorprendió con la presencia constante de un sirviente de Saint-Patrice en los patios de Saint-Omer en conversaciones furtivas con Matilde.

Con delicadeza y sencillez, indagó por la sirvienta qué deseaba del castillo aquel visitante tan asiduo. Ella respondió rápidamente, un tanto asustada, pero sin convencer al que le preguntaba:

-El nada desea del castillo. Es una visita particular. Se trata simplemente de mi novio.

Jacques pareció conformarse, pero se puso a observar. No debemos olvidar que Jacques amaba silenciosamente a Andrea en secreto y que todo cuanto se refriese a ella, era para él sumamente importante. Llegaba hasta sentir celos de la niña y si se resignaba a contemplar su noviazgo con Alexis, no sucedería lo mismo con otro cualquiera que la requiriera. Había sido de los primeros en percibir el interés de Marcus por la joven, aunque estaba lejos de suponer que ese interés llegaría al

punto que llegó. Ahora, con motivo de las grandes mejorías observadas en la salud de Andrea, había observado que su ama abandonó el hábito de deambular por las calles del parque durante la noche. También abandono el hábito de salir por la noche con el fin de vigilarla en silencio sin que nadie lo notase, y ella, menos todavía.

Aquel día, habiendo vuelto a ver al criado de Saint-Patrice conversando con Matilde, se puso a observarlos de lejos y, en un momento dado, sorprendió al joven servidor entregado a la criada de Andrea un objeto blanco, semejante a un sobre o a una carta. Más tarde, la interpeló:

-¿Qué te entregó el emisario de Saint-Patrice? ¿Un regalo?

-Sí, él me dio un regalo. Es mi novio.

-Me pareció una carta...

-¿Una carta? ¿Está usted loco, señor mayordomo? ¿Por qué habría de darme una carta si conversa conmigo? Era un pequeño pañuelo doblado para que yo lo use en mi cabeza...-Matilde se veía perturbada, y Jacques Blondet lo notaba. No obstante, aceptó la explicación, pero quedo alerta, observando todo lo que pudiera relacionarse con Andrea, con Marcus y con Matilde.

Al oscurecer de ese día, notó que el Conde cabalgaba en terrenos de Saint-Omer, lo que no era aceptable, y que iba y venía con cierto nerviosismo. Por la noche, cuando todo estaba en silencio, descendió al parque y se puso en observación. Un pensamiento alarmante, aflictivo, lo perturbaba profundamente, sin poderlo definir. Vagó durante largo tiempo por las alamedas silenciosas, en la expectativa de que algo encontraría que lo conduciría a Andrea. Su vigilancia no fue en vano. Súbitamente oyó voces apagadas como murmullos de quien recela ser descubierto. Paró, y se orientó, ocultándose cuanto pudo con el fin de observar sin ser visto. Con gran trabajo, descubrió en la oscuridad el

escondite de los amante. Allí estaban, reconoció a Andrea y a Marcus y se enteró de lo que sucedía. Es inútil describir el dolor, el desasosiego, la indignación y la repulsa del pobre hombre por el acontecimiento descubierto, cuando Mademoiselle, en su corazón, era como un ángel de luz que envolvía sus sueños de joven. Le rendía veneración mística, al saberla intangible y en su alma depositaba su noble amor como un tesoro de ternura que dulcificaría su vida entera. Pero he ahí que de repente, ese ángel se transforma en una mujer vulgar, se da a un amante al oscuro de la noche, con una facilidad capaz de hacer colorear a la última lavandera de los patios de Saint-Omer. ¿Sería verdad, pues, que “Mademoiselle” estaba medio loca, como decían de ella? ¿Sería verdad que ella arrastraba consigo misma un demonio invisible, un espíritu de las tinieblas, que deseaba hundirla, como había oído por parte de Arturo, en un momento de desahogo? ¿Por qué allí, bajo el enramado de las rosas, deshecha en llanto, pedía al amante que la dejase en paz, que no la torturara tanto? ¿Qué significaba aquellos encuentros a altas horas de la noche, cuando ella era prometida de un hombre bueno y noble, que todos sabían que era muy amando por ella, a no ser que Andrea fuera una trastornada perseguida por demonios? Pues si así fuese, ella no sería ni nada más ni menos, que un monstruo, y a su corazón le repugnaba aceptarla como un monstruo. Allí, inmóvil en su escondite, esforzándose por no denunciarse, vio pasar las horas. Vio después, a Andrea, conducida por Villiers hasta la puerta lateral de los aposentos de la familia, por la cual la joven entró naturalmente, sin ningún recelo aparente. Andrea tenía que tener forzosamente por cómplice a alguien, y este no podría ser otro que Matilde. Tuvo ímpetu de saltar sobre el seductor y estrangularlo, matarlo. Pero, ¿y después? ¿Quién era el pobre Jacques para una lucha a tan alto nivel, que más bien cabía al jefe de la familia y no a un mayordomo de la casa?

Se detuvo y meditó.

Estuvo meditando hasta la tarde del día siguiente, cuando vio a Arturo sentado en la silla de ruedas en la sala de recibir.

Jacques y Arturo se querían bien. Frecuentemente el mayordomo lo llevaba a pasear, empujando su silla de ruedas por el parque o por la calle central que conducía a la ribera del mar. Se sentaban en ese paraje y conversaban largamente. Durante esas reuniones, jugaban al ajedrez, a las cartas, para que el imposibilitado se distrajera y ambos se tenían confianza recíproca.

Habiendo descubierto el secreto de Andrea, Jacques, ni por un momento pensó en revelarlo al señor Guzmán. Sabía que no tenía derecho para llegar a tan respetable personaje y decirle:

-Descubrí que vuestra hija sostiene amores pecaminosos con el señor de Villiers...

Pensó, sí, en Víctor, que era popular y comprensivo, pero le faltó el valor para hacerlo. Víctor, ¡era tan respetable! ¡Tal vez aún más que el propio padre! No existían intimidaciones entre él y el heredero de los Guzmán, como las había entre él y Arturo, no obstante dispensaba al Vizconde la mayor consideración. Pero esa tarde, viendo a Arturo que estaba leyendo solo en su saloncito, se acercó y le dijo bajando la voz:

-Si me lo permitís, señor, necesito hablaros urgentemente.

-Estoy a tus órdenes, Jacques Blondet. ¿De qué se trata?

-Señor, es grave, muy grave, lo que le tengo que decir, y de antemano suplico vuestro perdón si lo que yo diga tiene la desgracia de seros desagradable... Pues sé que eso habrá de sucederos.

-Di lo que sea necesario Jacques, me encuentro preparado para todo.

Entonces Jacques, firmemente, narró a Arturo los hechos que vio y que presentía sucedían desde hacía tiempo, los cuales comprometían a Matilde y finalmente terminó diciendo:

-Si queréis observar, señor, mandad personas de vuestra confianza para que averigüen, ya que no lo podréis hacer personalmente. Hay un nuevo encuentro marcado dentro de cuatro días. El señor de Saint-Patrice amenaza a Mademoiselle de revelarlo todo al señor conde, su padre, si ella no lo atiende.

Arturo no pronunció una sola palabra. Lo escuchó todo en silencio. También él, hacía mucho tiempo, observaba ciertos entendimientos entre la prima y Marcus, por lo que dio crédito a la narración de Jacques. Agradeció a éste su interés, le rogó que no abandonara las observaciones que llevaba a cabo, y se puso a meditar. Su sufrimiento era inmenso. Además del martirio de amar con un amor imposible, la constatación dolorosa de la caída moral de aquella a quien rendía un culto de veneración silencioso, tenía la seguridad que fuera olvidado en su desventura. Y para cúmulo de sufrimiento, y disgusto, he ahí que Andrea se hiciera perjura, traicionaba a toda la familia, infamaba al novio y se desconsideraba a sí misma, dándose al disfrute con un hombre que no era sino un aventurero. Reconociéndose incapaz de tomar actitud alguna a favor de la prima, y viendo que necesitaba urgentemente auxilio, envió un emisario a Víctor, que continuaba en su noble ministerio a favor de los pequeños y de los humildes, pidiéndole que lo visitara en sus aposentos y le narró lo que había oído de Jacques. Este fue llamado, y repitió ante Víctor lo que había dicho a Arturo, Matilde llamada también a prestar declaraciones, temiendo represalias, lo aclaró todo fácilmente.

Profundamente disgustado y preocupado, Víctor despidió a Matilde agradeciéndole y rogándole a la vez que guardase secreto de lo ocurrido, después, volviéndose hacia Arturo cuyas lágrimas corrían silenciosamente por su rostro, como hablando consigo mismo, dijo:

-Necesito oír a Andrea, a fin de enterarme hasta dónde llegan realmente sus relaciones con el Conde de Villiers. Necesito obtener su confesión, para después actuar en su beneficio.

-¿Qué pretendes hacer, Víctor?- Inquirió tristemente Arturo-. ¿Un duelo?

-Oírla primero. Después, si es real el relato de Jacques, participar al señor Conde lo sucedido, y comunicar a Alexis que su palabra sobre Andrea de Guzmán le es devuelta. Y finalmente, pedir satisfacciones a Villiers por la seducción de mi pobre hermana.

CAPÍTULO XI

LOS NOVIOS

-“Dios ha querido que los Seres estuviesen unidos, no sólo por los lazos de la carne, sino por los lazos de alma, a fin de que el afecto mutuo de los esposos se trasmitiese a sus hijos, y que fuese dos en vez de uno, para amarles, cuidarles y hacerles progresar.”

(“El Evangelios según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XXII: “No separéis lo que Dios a unido”, N^o3).

Marshal entró con cierta familiaridad en el gabinete de lectura en donde el amo se entretenía con los periódicos recientemente llegados de la Capital. Alegre desde que también había visto al amo jubiloso, se dirigió a él, restregándose placenteramente las manos:

-Señor Conde, tengo la honra de anunciaros que esperan por vos dos visitantes, los cuales, estoy seguro, os dará mucho placer...

-Y, ¿quiénes son esas visitas, mi querido Marshal? ¿Alguna dama gentil me honra con un pedido de casamiento? –Preguntó Villiers, sin volver la cara, continuando la lectura, con las piernas apoyadas en los bordes de la mesa.

-Debe ser eso mi señor, pero no se trata de ninguna dama, sino de dos ilustres hidalgos: el señor Conde José Hugo de Guzmán d'Albret, y su hijo. El Vizconde Víctor de Guzmán.

De un salto Marcus se puso de pie alisando el traje y los cabellos. Una súbita palidez cubrió su cara, indicando al criado que se había emocionado, no obstante espera ansiosamente esa visita, hacía mucho tiempo. Aquella visita era altamente significativa para quienes, como él, tenía razones para recelar de su desenlace. Con todo, hizo un esfuerzo para clamarse y ordenó al sirviente:

-Llévame a donde ellos se encuentran.

-El mayordomo los llevó para el salón de honor, señor.

Algunos momentos después del anuncio del mayordomo, el seductor de Andrea se enfrentaba al padre y al hermano de su víctima. En un instante, observo la fisonomía de ambos, y la severidad de uno y la gravedad de otro le indicaron que el rayo que él había lanzado, dio perfectamente en el blanco.

Recuperó no obstante la calma y, fiel a los principios de hospitalidad, invitó a los dos hidalgos a tomar asiento y aceptar dos licores que un sirviente acababa de traer.

-Agradecido, señor Conde- dijo el viejo hidalgo-, pero prefiero tratar con vos de pie.

Su voz era breve y levemente trémula, denotando impaciencia e indignación, costosamente contenidas.

-Como queráis, señor, estoy a vuestras órdenes.

Hugo de Guzmán, después de breves instantes, se dirigió hacia Marcus, y exclamó en el tono de dignidad que le era peculiar:

-Estoy seguro, señor de Villiers, que no es una sorpresa esta visita, ya la esperabais, ¿no es verdad?

-Mis amigos son siempre esperados en mi casa, señor Conde, la que se honra con su presencia, principalmente si se particulariza gran estimación como la que me felicito por dispensaros a vos y a vuestros ilustres descendientes. Sed bienvenidos, señores.

Estaba conmovido, pero José Hugo parecía no notarlo. Continuó, por tanto sin manifestar agradecimiento por aquel cumplido:

-Señor de Villiers, no tengo la honra de complaceros en este momento, sino que tengo la intención de pedir os explicaciones de hechos que son de mucha importancia para mi familia y para vuestra honra de hidalgo...

Marcus cumplimentó con una venia, sin decir nada. Su interlocutor continuó con una seriedad tal vez soportada a toda costa, pero que no excluía la dignidad de que se hallaba investido.

-Señor Conde, os ruego que me expliquéis vuestras acciones entorno a mi hija, “Mademoiselle” de Guzmán.

Marcus se reanimó. Vibró como si en aquel momento las cuerdas de su vida se distendiesen en un logro de triunfo. Su expresión se volvió radiante. Su actitud se hizo casi humilde. Su voz trataba de conmovier mientras decía en tono bajo:

-¡Oh! señor de Guzmán, ¡Por Dios os ruego que me comprendáis! No obstante, os daré las explicaciones necesarias. Sí, yo os esperaba y no os busqué porque me prohibisteis volver a Saint-Omer, desde que os pedí la mano de “Mademoiselle”. Señor, yo amaba...yo amo a “Mademoiselle de Guzmán. No pude huir al arrebato que me asaltó...tuve razones para creerme amado. Le ofrecí mi nombre, mi

fortuna. Vuestra hija me despreció después de darme gratas esperanzas. Sufrió señor y en un momento de locura y de pasión...

-No quiero discutir vuestros sentimientos, señor Conde de Villiers... y lamento que hubieseis olvidado tanto la honra, al punto de llevar el ultraje a mi nombre en la persona de mi hija. Sabed, pues, que yo no os buscaría jamás en vuestra casa de no ser vos el responsable de esa desgracia que deshonra mi familia, dado que mi hija va a ser madre. Os ruego pues, que me deis, sin demoras, las mas cabales explicaciones, ¿o será preciso que uno de nosotros perezca en el campo del honor?

Entonces Marcus de Villiers, conmovido, sorprendido con la noticia de que sería padre, se inclinó respetuosamente ante aquel padre sufrido que acababa de hablar humillándose, exclamó:

-Señor Conde de Guzmán, tengo el honor de pedir la mano de vuestra hija "Mademoiselle" de Guzmán.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se diría que la mirada de Víctor, que todavía no había pronunciado una sola palabra, devoraba a Marcus. La satisfacción exigida por el hidalgo ultrajado estaba dada. El seductor no deseaba otra cosa sino convertirse en esposo:

-Señor de Villiers -volvió a hablar el viejo conde-, veo que comprendisteis lo delicado de la situación y me congratulo conmigo mismo por la paz con que la resolvemos. Concedo el pedido que acabáis de hacer, ya que mi hija no podrá discernir por sí misma, pues cuenta apenas diecisiete años de edad... Os espero de hoy a ocho días en nuestra casa de Saint-Omer a fin de que se firmen las escrituras de contrato, y eso señor, porque deseo que la ceremonia de vuestro consorcio con mi hija se realice dentro de quince días.

-Otro no es mi deseo, señor Conde, amo a "Mademoiselle"... no fallaré. Mientras tanto, os ruego permiso para ir hoy mismo a cumplimentar a mi novia.

José Hugo consultó con rápida mirada a Víctor, su hijo, como si quisiera pedir opinión sobre la pretensión de Marcus. Se comprendían, ciertamente, porque el padre respondió:

-Mi hija está enferma, señor. Es posible que no os pueda recibir hoy. No obstante, de hoy en adelante, seréis bienvenido en Saint-Omer.

Se cumplimentaron ceremoniosamente. Era evidente que los de Saint-Omer sólo con repugnancia, aceptaban tal alianza y para ello, Marcus no pasaba de ser un traidor. Pero la honra de Andrea se hallaba en las manos de aquel hombre, y se imponía el sacrificio de dejar a un lado a Alexis y de recibir a Marcus en la familia.

De Villiers, entre tanto, comprendiendo el sentimiento de los dos hidalgos y, reprimiendo la rebeldía, los cumplimentó con idéntica deferencia, esforzándose por parecer amable. Los acompañó hasta el carruaje, y después que los vio partir, quedó contemplando la nube de polvo que el vehículo dejaba, con mirada pensativa y de despecho. Después de lo cual, entró a su escritorio y mandó llamar al intendente, hizo cartas especiales para su notario público y para su banquero en París, y se puso a trabajar organizando papeles.

A medida que se aproximaba el momento de dirigirse a Saint-Omer, con el fin de visitar a Andrea, su agitación crecía.

¿Cómo lo recibiría ella? ¿Aceptaría con satisfacción el matrimonio? ¿Lo haría al menos por gratitud? El recuerdo de que iba a ser padre, porque ya era padre, noticia que Andrea le había omitido, lo dejaba conmovido, alborozado. Si todavía no fuese amado, como desearía ser, la existencia del hijito entrevisto sería una garantía para ser amado, dentro de breve tiempo, por la madre. Y mil proyectos que tejía en su

mente, para garantizar la felicidad que deseaba disfrutar, completamente, mientras tanto ni pensaba que destruía la felicidad de Alexis y de la propia Andrea, que jamás se cansaría de afirmar que era a Alexis a quien amaba. En tales disposiciones comió superficialmente, se preparó y se dirigió a Saint-Omer, sin percibir que no fue invitado a comer con la novia, el primer día de su noviazgo.

*

En efecto, tal como prometiera a Arturo, Víctor visitó a Andrea en sus aposentos y la había hecho confesar. No fue sin gran esfuerzo y habilidad que el filósofo espiritualista consiguiera de la hermana la confirmación de los relatos de Jacques Blondet. En principio, la pobre joven negó todo. Avergonzada, deprimida, aterrorizada, arrepentida de la facilidad incomprensible que la llevara a someterse a los deseos de Villiers, se presentaba abatida y agotada ante el hermano, sollozando, asaltada por crisis de llanto que compungían a Víctor y eran al mismo tiempo otras tantas confesiones de la realidad ocurrida. Pero el médico espiritualista, era paciente. Con cariño impuso confianza a la hermana, además de prometerle todo su apoyo. Le garantizó la estimación y la consideración de Arturo, que era su incondicional amigo, y que además, la amaba tiernamente, con devoción y con espíritu de sacrificio. Le prometió la protección de su padre, que sabría comprender la necesidad de defenderla contra cualquier eventualidad, por mala que fuera. Y, así consolada la infeliz, menospreciada por la madre, confió a su hermano el drama que vivía, sin omitir nada. Y, en lágrimas, señor termino diciendo:

-Víctor, ¡hermano mío! Yo amo a Alexis, no amo al de Villiers, aunque comprendo que debería haberlo rechazado antes, no ahora, después de estos ingratos acontecimientos. No tuve intención de errar, no deseé errar. Fui impelida al error por una fuerza enemiga que, al posesionarse de mí, me horrorizaba, me dominaba y me absorbía

quebrantando mi voluntad. ¿Qué hacer ahora, Dios mío? ¿Qué hacer? Alexis tendrá que conocer tarde o temprano lo que me sucedió. ¿Me podrá perdonar? Sí, él es bueno, ¡me perdonará! Le narraré lo que a ti te estoy diciendo, él no querrá mi desgracia, sabrá comprenderme y nuestro matrimonio será realizado.

Víctor era médico. Examinaba conscientemente a la hermana. Constató que sería madre, y por eso, respondió:

-Será necesario que abandones la ilusión que tengas a ese respecto, Andrea Mía, y encares la realidad para que no sufras demasiado. Es necesario olvidar a Alexis y amar a Villiers, que ahora es el único que tiene derechos sobre ti. Hemos de entendernos con él. Supongo que te ama, pues llegó a pedirte encasamiento. Serás madre, y él es el padre de tu hijo. Es necesario aceptarlo y deseamos que ambos sean felices...

-¡Víctor!- contradijo ella con energía-. ¡Yo prefiero la muerte a unirme al hombre que me desgració!

Pero Víctor ya se había retirado; no prestó gran atención a la protesta de la infeliz que tendida sobre el lecho, se deshacía en llanto de amargo arrepentimiento.

Saliendo de allí, el joven filósofo se dirigió al gabinete de su padre y le pidió una entrevista. Con habilidad y admirable respeto, lo puso al tanto de la situación. El viejo hidalgo oyó el terrible relato dignamente, con gran dolor, pero sin un gesto de condenación. Apenas la palidez de su rostro y las expresiones de sus ojos, revelaban la rebeldía que los hechos le causaban. Durante tres horas, padre e hijo conversaron, examinaron la situación, deliberaron sobre lo que había que hacer. Aquella noche, cenaron en silencio. Pero a la mañana siguiente, conforme ya sabemos, visitaron a Marcus, y el consorcio entre las dos familias quedó definitivamente resuelto, no obstante la necesidad de oír a Alexis y de la reunión del consejo de familia, como era tradicional entre los Guzmán, desde hacía seis siglos. Sería indispensable un consejo de familia, una

reunión en la que los testigos del primer noviazgo de Andrea, de dos años antes, estuviesen presentes, a fin de ser informados del acontecimiento que hacía que los de Guzmán faltaran a la palabra comprometida con los d'Evreux.

Conservador y formulista, el viejo conde envió cartas a todos los parientes presentes en el compromiso firmado entre Andrea y Alexis, solicitando su presencia urgente en Saint-Omer

Por aquella época, un noviazgo era un compromiso de honor, y raramente sería deshecho; y de serlo, solamente por motivos muy graves, resultaría con la ruptura, mediando duelos y dramas no raramente sangrientos. Hizo entonces, no obstante su repugnancia, una carta especial al sobrino de París, solicitando su presencia urgente en Saint-Omer. Deseaba prepararlo para el golpe que tendría que sufrir, antes de la reunión de la familia. El señor de Guzmán, por tanto, tomando providencias para salvaguardar el honor de la familia, no visitó a la hija en sus aposentos, no deseó verla, no la consoló, a pesar de los ruegos de Víctor para que le concediese una cariñosa asistencia moral. Simplemente, la despreció. A su vez, la Condesa Francisca que nunca había encubierto la aversión que sentía por la hija, ahora bañada en lágrimas, confesaba su horror hacia ella y se avergonzaba de ser su madre. Víctor, entonces, hizo las veces de padre devoto y de madre consoladora, mientras el viejo y conservador hidalgo repetía al hijo disgustadísimo:

-Haré todo lo necesario para restituirle el honor y para preservar el buen nombre de nuestra familia. Es mi deber de jefe. Pero nada más podré hacer.

Mientras tanto, al anochecer, Marcus de Villiers, fiel a sus deseos y fiel a la vieja caballería, trataba de demostrar su alegría por la admisión forzosa con que lo recibirían en Saint-Omer al ir a visitar oficialmente a su novia.

Victor, aunque no apoyase la pretensión, convenció a la hermana personalmente, para que lo recibiera. José Hugo, Arturo y la Condesa Francisca María, no obstante, en protesta por los acontecimientos, esquivaron de la presencia del visitante. El primero, herido y humillado en su honor, el segundo deprimido por la decepción, y la tercera, abatida por su rebeldía. A instancias de Víctor, Andrea consintió en volver a ver a aquél que era el padre de su hijo, recibéndolo en su sala particular de visitas.

Como siempre, cargando la propia displicencia, Villiers, una vez a solas con su prometida, la toma en sus brazos con demostraciones de ardiente ternura, mientras la joven, deshaciéndose de las cadenas que la aprisionaban, exclamaba en un acento de dolor y de rebeldía contraproducentes:

-Oh, señor de Villiers, no contento con haberme desgraciado, ¿aún intentáis enloquecerme visitándome en mi propia casa y avergonzarme ante mi padre y mi hermano? Por Dios, señor, ¡retiraos! ¡Dejadme entregada a la desesperación que sellasteis para toda mi vida, porque ella me es más confortadora que vuestra presencia! ¡Marchad, señor, marchad! Evitadme la vergüenza de volver a veros en mi camino.

Marcus, la envolvió nuevamente en sus brazos, arrebatado y de cierto modo intrigado, dijo:

-¿Estás loca, por ventura, niña caprichosa? Y, ¿cómo osas tratarme de esa forma? No decías tantos insultos cuando me aceptabas en nuestros encuentros en el parque... ¿Ignoras que tengo derechos sobre ti, que eres mi novia, que soy el padre de tu hijo, que la honra de nuestras familias ordena que te cases conmigo dentro de breves días? Andrea, por Dios ¡cálmate! Óyeme: perdona lo ocurrido--- ¡Me arrepiento, querida mía! Pero yo te amaba, te amo y no podía perderte. Era necesario unirme a mí... Ha sido cruel, lo soporto todo porque eres una criatura inconsecuente y mal educada por tus padres. Vamos, escúchame,

reflexiona mejor sobre la situación. Es necesario que reconozcas que soy el único que te ama. Alexis te olvida en el fondo de esta provincia solitaria, sin intentar nada por abreviar la realización del proyectado matrimonio. Tus padres se desinteresan de todo, dejándote entregada a ti misma. Sólo posees en tu familia, la piedad de tu hermano y las lágrimas de un inválido. Alexis ha estado demasiado pasivo, como si apenas el deber de obedecer, lo impulsase al casamiento contigo: al paso que yo, me quedé en Saint-Patrice por no separarme de ti. Trata de olvidarlo y ámame, porque ahora solamente yo podré darte la felicidad.

-¡Olvidarlo, cuando él era mi sueño de felicidad, el ampaio que alentó mi corazón infeliz desde la infancia! ¡No, señor Conde, jamás podré olvidar ese amigo modelo! ¡Moriré, estoy cierta de ello, ya que el señor a eso me obliga, pero ser esposa de otro hombre, nunca!

Marcus se rió amargamente, como si se burlase de la vehemencia amorosa de aquella que habría de ser su esposa, mientras respondía:

-¿No quieres ser mi esposa? Entonces, ¿por qué consentiste en ser mi amante? ¿Olvidas que vas a ser madre, que ya eres madre, desgraciada, y que soy yo el padre de tu hijo? ¡Andrea! ¡Andrea! ¡Ten cuidado! ¡Vuelve en ti! ¡No intentes acabar con mi paciencia! Te hablo con amor y dulzura y hace una hora que me estás insultando. ¡Oh! Es necesario que yo te ame mucho para que me apiade de ti sin exasperarme. Tal vez fui infame, pero ¿no trato de conservarte, elevarte como esposa y como mi Condesa? ¿No te ofrezco mi corazón a la par que todos mis haberes? ¿Olvidas que yo podría abandonarte, así como a nuestro hijo, y a estas horas estar en París, en el extranjero, y que no obstante, te busco, me humillo, rogando amor, y que ahora soy el único que tiene derecho sobre ti? Confía en mí, querida mía, yo sabré hacerte feliz. Y cuando llegue nuestro hijo... tú misma te sentirás la mujer más feliz de este mundo...

Ella no respondió. Vencida por la fatiga nerviosa y por las emociones, se reclinó sobre las almohadas del canapé en donde ambos

estaban sentados y cerró los ojos. Marcus tomó sus manos y las retuvo entre las suyas, con una paciencia de la que antes no se hubiera juzgado capaz. Víctor llegó. Se puso a conversar naturalmente con él, estableciendo proyectos para el casamiento, que debería ser lo más simple posible, pues el señor Guzmán no deseaba envolverse en el desagradable acontecimiento.

CAPÍTULO XII

EL CONSEJO DE FAMILIA

-“¡Oh, espiritistas! Comprended hoy el gran papel de la Humanidad; comprended que cuando producís un cuerpo, el alma que se encarna en él viene del espacio para progresar; sabed vuestros deberes, y poned todo vuestro amor en aproximar esa alma a Dios; tal es la misión que os está confiada, y por lo que recibiréis la recompensa si la cumplís fielmente. Vuestros cuidados, la educación que le daréis, ayudaran a su perfeccionamiento y a su bienestar futuro. Pensad que a cada padre y a cada madre, Dios preguntará: ¿qué habéis hecho del niño confiado a vuestro cuidado? Si se ha quedado atrasado por vuestra falta, vuestro castigo será el verle entre los espíritus que sufren, dependiendo de vosotros el que hubiese sido feliz.”

(El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XIV “Honra a tu padre y a tu madre, N° 9).

Es tiempo ya, de que conozcamos mejor al joven prometido de Andrea, Alexis de Guzmán d'Evreux.

Era de esos temperamentos dóciles, dedicado a las causas nobles y generosas que un cerebro de la época podría concebir: el culto al Dios verdadero, el respeto a la Patria, a la religión y a la familia; el amor al bien, a las reivindicaciones sociales por medios lógicos y pacíficos, alcanzando con piedad la ayuda al que sufría. Portador de una sensibilidad toda espiritual, delicado de carácter, incapaz de una acción mala, en fin, Alexis se instruía e inspiraba por medio del Evangelio cristiano. Era la reencarnación de aquel príncipe Federico de G... del siglo XVI, que en aquella época se dedicaba al Evangelio, y de aquel Luis de Staneisbourgh del siglo XVII, conocidos por referencias anteriores. Pero, por encima de todo, Alexis era creyente en Dios, religioso y sinceramente dedicado a las cosas divinas y al culto de los dones espirituales. Tal como no ignoramos, poseía gran vocación para la vida religiosa, y desde su primera juventud, deseaba la carrera del sacerdocio. El mundo, con sus brutalidades y barbaries, hicieron de él un triste e inconformado por las asperezas sociales. Dedicarse al culto de las Escrituras Santas, darse enteramente a las obras beneméritas apuntadas en los Evangelios de Jesucristo; seguir los pasos de Francisco de Asís y de Vicente de Paúl, eran el sueño más grato de su corazón y estaba ansioso por expandirse e integrarse en obras de amor divino. Pero apareció Andrea, bella y lirial como una visión celeste, sufrida e infeliz, requiriendo de los corazones piadosos de la familia amparo y protección. Entonces, la amó con ternura espiritual, por así decir, no propiamente en la forma humana. La amó, tal vez recordando en los repliegues de su ser moral, el gran amor que le había dedicado en dos precedentes existencias, tal vez por verla joven y tan bella, atormentada por la desgracia indecible de un mal psíquico que desafiaba los recursos de la ciencia para ser combatido. La familia entera comprendió y aprobó la inclinación amorosa de los dos jóvenes primos. Andrea, corazón amoroso, carácter femenino en la más fuere expresión del término,

correspondió al ritmo con vehemencia. Promesas de venturas sublimes rayaron en el horizonte ideal del joven Alexis y, entonces, las inclinaciones religiosas cedieron paso a las ansias amorosas, la Iglesia fue olvidada bajo el intenso fulgor del amor de Andrea, mientras nuevos rumbos se delineaban en su mente. El Evangelio de Jesucristo, por tanto, las inefables charlas del Sermón de la Montaña, las invitaciones sublimes del Nazareno para la reeducación de las costumbres personales, los dulces murmullos invitando a los buenos a la práctica del amor sin máculas, todo ello, quedarán en su ser, como un centinela fiel para dar un patrón de vida moral segura y benemérita. Alexis era, por tanto, el tipo ideal del joven moralizado y digno, religioso sin ser fanático, filósofo y responsable, y, si se demoraba en contraer nupcias con su novia, era porque había establecido entre las familias, déspotas bien intencionadas, que el enlace sólo se realizaría al alcanzar él los veintiún años de edad, ella los dieciocho.

Periódicamente, visitaba la familia en la soledad de la Bretaña. Sus quehaceres y estudios, sus viajes continuados al servicio de la carrera profesional escogida, y las órdenes de su severo tío, el señor de Guzmán, impedían que las visitas a Andrea fueran más frecuentes. Ahora, ese hombre digno, ese joven ejemplar y respetable, era el que Andrea de Guzmán y Marcus de Villiers, hirieron con una abominable traición.



Alexis se encontraba en su residencia de París, cuando el correo de Saint-Omer se presentó rogando al criado de cuarto que lo introdujera hasta donde se encontraba el destinatario de la correspondencia que traía. Hacía ya cerca de dos meses que el joven no recibía noticias de la familia y, en verdad, comenzaba a preocuparse, cuando el correo especial le entregó la carta del viejo Conde José Hugo. La misiva era lacónica y decía solamente:

-“Señor conde, mi querido Alexis. Pido que vengas a nuestra casa en Saint-Omer con la máxima urgencia. Necesitamos vuestra presencia. Es ineludible. Os esperamos.”

Aquella misma tarde, el joven hidalgo se preparó y en la mañana siguiente se puso en camino, ansioso por aclarar la razón de un llamado tan urgente como lacónico. Interrogó al correo, pero muy a su pesar, nada pudo averiguar.

-¿Se halla alguien enfermo, en Saint-Omer?

-Oí decir, señor, que “Mademoiselle” Andrea ha estado enferma.

Alexis no preguntó nada más, pues era necesario guardar ciertas conveniencias ante un sirviente. Pero se angustió, pues no ignoraba los males que afligían a su prometida, pero ni siquiera por un momento podía imaginar que la llamada del día traducía una desgracia infeliz para sus sueños de amor.

Mientras tanto, la noticia de la presencia de Alexis, que podía haber hecho saltar de alegría a Andrea tres meses antes, ahora era motivo de angustias y de vergüenza, por la realidad vivida. La infeliz, sufría atrozmente al ver aproximarse el momento en que todo sería aclarado ante la familia reunida, pero sentía profunda desventura porque no podía habituarse a la idea de tener que renunciar a Alexis para aceptar a Marcus, además se horrorizaba de sí misma, temiendo el futuro, y hasta de tener que soportar la presencia de sus tan queridos familiares, como si fueran a aplastarla con el peso de las terribles acusaciones. Alexis, había llegado finalmente, disgustadísimo con la confirmación de la noticia de que una grave enfermedad afectaba a su querida prometida. Andrea se negaba a verlo y permanecía reclusa en sus aposentos, vencida por crisis violentas de desesperación y de lágrimas. Sin saber qué hacer para aproximarse a su novia, al día siguiente de su llegada, pidió explicaciones a la Condesa Francisca María, madre de

Andrea. Esta, discreta y temerosa, le respondió con evasivas, limitándose a pedirle que esperase por las aclaraciones que el viejo conde le daría.

-¿Andrea, ya no me quiere, señora?- preguntó el joven a su tía.

-Ni siquiera me permiten verla para enterarme de su estado de salud. ¡Ay de mí! ¡Mis esfuerzos, mi dedicación, han sido en vano! La distancia, la larga espera para nuestro casamiento, apagaron la llama del amor que afirmaba siempre sentir por mí. Como recompensa de mi lealtad, soy herido con la ingratitud.

-No, hijo mío, no es eso- replicó tristemente la Condesa-, Andrea te ama, yo te lo aseguro. Pero es una enferma, una criatura difícil de comprender...

-¿Qué es lo que sucede, entonces, mi querida tía?

-Suceden cosas, en esta casa, que yo misma no puedo explicar cómo y por qué suceden... pero te pido que esperes la reunión con tu tío; nada podré adelantarte.

Muy inquieto y enervado por presentimientos sombríos, Alexis se retiró de la presencia de Francisca María y, buscó al tío, al que le pidió permiso para hacerle el siguiente comentario:

-Señor, veo que graves acontecimientos pasaron en mi ausencia. Andrea me recibe mal, rehúsa hablarme. Se niega a recibir mi visita. Observo aires de disgusto en vuestros semblantes. Víctor me evita. Arturo llora si me aproximo a él. Soy invitado a comparecer precipitadamente en vuestra presencia, y no me explicáis la razón por la cual me habéis llamado. Algo de anormal pasa, lo presiento. La aprehensión me angustia. Os ruego que uséis franqueza para conmigo. Estoy a vuestras órdenes.

El viejo Conde se levantó de la poltrona en donde se hallaba sentado, y se puso a pasear por el aposento, masticando el tabaco,

visiblemente preocupado. Se diría que no sabía cómo iniciar la conversación, a fin de participar al sobrino los tristes acontecimientos de Saint-Omer. Alexis esperaba de pie, consternado, al comprender que nada de bueno auguraban los modos de su tío.

De súbito, José Hugo se paró delante de él y habló indeciso y humillado, pero tan rudamente, que el joven no pudo comprender en el primer momento:

-Resignaos, señor Conde, si de hecho amáis a vuestra novia. Confiad en vuestro futuro, que os será siempre propicio si sois creyente de Dios. Calmaos, si sois fuerte: Andrea ya no será vuestra esposa: Marcus de Villiers os la arrebató.

-¿Cómo es eso, señor conde? No os comprendo...

-Comprenderéis, mi querido Alexis, cuando yo os declare que soy un hombre humillado, un hidalgo desconsiderado, un padre infamado. Comprenderéis si yo os afirmara que Andrea no traicionó solamente a su prometido, sino también a sus padres, a su noble hermano, a toda la familia, que lleva en sus blasones seis siglos de honra y de nobleza...

-Señor Conde, por Dios, ¿qué queréis decir?

-Lo comprenderéis si yo os participara que Andrea se dejó deshonorar por un seductor, que se comprometió con él, que espera un hijo y, en vez de casarse con vos, se casará con aquél que ahora es el único que tiene derechos sobre ella. Siguieron algunos minutos de silencio. Alexis se sentó lentamente en una poltrona. Estaba aterrado de sorpresa, y su palidez era visible. El viejo Conde continuó de pie a su frente.

-Y, ¿fue por eso que me mandasteis a llamar, señor?- dijo con gran esfuerzo.

-Sí hijo mío.

-¿Qué queréis que haga?

-Sinceramente, deseo que establezcáis entre vos y ella, la barrera del olvido, el consuelo del olvido. Restituyo, lleno de pesar, la palabra empeñada conmigo por vuestro padre, desde la primera juventud, y eso mismo proclamaré al frente de todos, durante el Consejo de familia que acabé de convocar para esta misma semana. Andrea, ¡Jamás os mereció, señor d'Evreux! Enferma y atormentada por demonios, no era mujer para concretar vuestros elevados ideales. Y mientras vivíais atareado en París, preparándole un futuro de delicias, vuestra novia se divertía paseando por los bosques con nuestro vecino de Saint-Patrice...

-¡Basta, tío mío! ¡No quiero saber más! Recordaos, no obstante, que Andrea es una criatura que no recibió la educación necesaria para evitar deslices, que es enferma y, por encima de todo, que es vuestra hija y además está ausente, no pudiendo defenderse aquí, en este momento.

-Convoqué el Consejo de familia y haré lo que vosotros determinéis sobre ella. El señor de Villiers, fue caballero; pidió su mano de esposa, cuando lo busqué para pedirle explicaciones sobre lo ocurrido. Acepté la solicitud, al igual que Víctor, que intenta armonizarlo todo...

-¡Habéis procedido muy bien, señor!

-Pero no vacilaré en retirar mi palabra empeñada con él, si el consejo así lo determina. Mi opinión sincera, sería que, después del nacimiento de la criatura, Andrea fuese internada en un convento para siempre, como castigo por su crimen.

-¡Eso sería deshumano, señor!

Las lágrimas corrían silenciosas por los ojos de Alexis, sin que una expresión de rebeldía las acompañase. Lentamente, en un tono que más bien parecía un murmullo de dolor, prosiguió:

-Infame o no, infeliz o enferma, Dios es testigo de que yo la desposaría y adoptaría a su hijo, si el seductor la abandonase...

-Y estad cierto, hijo mío, de que para vos fue mejor que ella demostrase ahora lo que es capaz de ser, y no después de que se realizaran vuestras bodas...

De esta forma terminó la conversación, dejando al sobrino a solas consigo mismo. Alexis, comprendió, entonces, por qué Andrea le huía.

Ya se había presentado en Saint-Omer la parentela aristocrática, testigo del contrato nupcial de Andrea y de Alexis en aquella noche de Navidad de 1804.

La joven se sentía oprimida con la perspectiva de la vergüenza y de las humillaciones que sufriría ante aquella asamblea de austeros señores, que deberían juzgarla y decidir sobre su destino. A la pobre criatura ni siquiera le era permitido el confortamiento de refugiarse en los brazos de su madre, de oír sus consejos, de aliviarse bajo la protección de su piedad maternal. Francisca María, sentía aversión por la infeliz hija, al paso que José Hugo, señor y jefe, más que un verdadero padre, prohibió a la esposa que visitara a la hija que, para él, no era otra cosa que un reo a quien todos los castigos serían aplicados. De igual forma, esclavizada por los preconceptos comunes a aquella época, y, por encima de todo, contaminada por las férreas concepciones que en España existían en cuanto a la conducta de una joven, la Condesa, Francisca repudió a la infeliz hija, al enterarse de su unión clandestina de un extraño, y fue incapaz de procurar un medio de aproximarse a la reclusa para suavizar sus sufrimientos. Solamente Víctor amparaba a la hermana con desvelos paternos. Permitía, muy a su pesar, que Marcus de Villiers visitase a la novia, haciéndolo penetrar en el palacio por entradas pertenecientes a sus propios aposentos particulares. Arturo no abandonaba la cabecera de la prima, deshaciéndose en ternuras y en cuidados, a fin de darle valor para el futuro que debería recorrer. Y

Matilde, era la hermana solícita que se desdoblaba en celos, demostrando una fidelidad asombrosa. A pesar de que Andrea se veía repudiada por los padres, que no le perdonaban la falta cometida, sin embargo se sentía rodeada de corazones amorosos, que solo deseaban aminorar sus sufrimientos.

Víctor y Arturo, por tanto, habían discutido largamente con el viejo Conde, acerca de la inconveniencia de aquel consejo de familia, humillante para Andrea. Pero el preconceito aristócrata, nada admitía más allá de los propios razonamientos.

-Se diría que me censuráis, señor, por verme cumplir con un deber tradicional en nuestra familia- replicó al hijo, después de oír los razonamientos de éste a favor de su hermana.

-Sabed que os considero como un hijo ejemplar, pero esto no da a vos autoridad para hacerme cambiar sobre los honestos principios en que fui educado, mientras que vos sustentáis la teoría de los filósofos modernos, que pretenden corregir mediante la persuasión, delincuentes a quienes ni las galeras domarían.

-Con todo, padre mío, supongo bastante justo lo que planteo para mi pobre hermana. No podéis acusarme de no haberla podido reeducar en el exiguo espacio de los años, tal como lo prometí. Si la educación de Andrea me hubiera sido confiada desde su infancia, os aseguro que sus condiciones morales, hoy habrían sido otras. Las doctrinas espiritualistas que profeso, me parecen mucho más humanas y justas que las tradicionales preceptos de nuestros abuelos, que excluyen la bondad y la persuasión, y prescriben la severidad y el rigor en los casos como el que vivimos, en los que serían más eficientes al amparo paterno y la caridad consoladora.

-Habláis Víctor, como un adepto que sois de filosofías trascendentes, cuyas corrientes son orientales. Pero esas convicciones son meras teorías

contemplativas, sin aplicación posible en la sociedad positiva en que vivimos...

-Esa filosofía, señor, la Doctrina Espiritualista que tengo la honra de profesar, penetra en los corazones y los conquista, pues lleva el cuño de la lógica y del esplendor de los hechos racionales. De aquí a un siglo, padre mío ya no será apenas una teoría para este mundo occidental y materialista, pues dicha práctica, será la verdad revelada por la explosión del mundo espiritual que ansía encontrarse con los hombres. Y éstos lo recibirán sedientos, pues los hombres no desean otra cosa que encontrar a Dios por las sendas de la lógica y de la fe apoyada en la realidad de los hechos que se dicen trascendentales. Bien veis, señor, que más seductoras no podrán ser las perspectivas de mi creencia filosófica, cuyo humanitario lema es: Libertad- Igualdad- Fraternidad, y cuyo nombre deseo arrancar a mi pobre hermana del rigor que la podrá llevar a la desesperación y a una situación precaria como la que actualmente sufre. Disteis vuestra palabra a Villiers, que la desea desposar. ¿Para qué, pues, ese consejo? En nombre del amor y de la piedad, os ruego, padre mío, que suspendáis el consejo.

El señor de Guzmán, se levantó de su sillón predilecto y abandonó la sala, sin responder al joven filósofo.

*

Poco a poco, los miembros de la familia, que habían contestado al llamamiento del Conde – y que eran todos aquellos que habían asistido al noviazgo dos años atrás llenaron la sala en donde se llevaría a efecto el consejo. Sentado en su silla de ruedas. Arturo se esforzaba en mantenerse sereno, comprimiendo las lágrimas que querían turbar sus ojos. Víctor se mantenía silencioso y de ceño cargado, mientras los demás

circunstancias reflejaban en el semblante la sorpresa que tal reunión les causaba.

Mientras tanto, el señor de Guzmán, sirviéndose de la gravedad de las maneras aristócratas que luchaba por conservar, tomó asiento en el lugar de honor, pues debía presidir la ceremonia. La Condesa Francisca María, se sentó a la izquierda, Víctor a la derecha; Alexis junto a la Condesa, Arturo al lado de Víctor; eran los personajes más directamente alcanzados por el error de la que debía ser juzgada. Había una silla fronteriza a esa tribuna, sobre un estrado, a la espera de Andrea, que permanecía ausente. Diríase que aquello adquiría una solemnidad medieval, cuando el señor déspota, se arrogaba el derecho de juez para castigar la delincuencia en sus dominios.

Un pesado silencio envolvía el ambiente que apenas era iluminado por una sola luz que pendía del techo, y cuyas paredes, adornadas con cuadros de gruesas envolturas de oro, retrataban la magnificencia de los antepasados de la familia. Y allá afuera, el viento soplabá con insistencia, silbando por entre la arboleda y a través de las persianas cerradas, mientras, más lejos, el océano en arremetidas furiosas, parecía blasfemar contra sus prisiones eternas, que lo retenían en un lecho que parecía querer despedazar. Con voz pausada y grave, propia de un juez, el señor de Saint-Omer, habló en medio del silencio de la asistencia:

-“Mademoiselle” de Guzmán d’Albret, tarda en presentarse. Hace un cuarto de hora que estamos esperando...

Se volvió hacia el hijo, y prosiguió:

-Señor Vizconde de Guzmán, os ruego que prevengáis a vuestra hermana, que la esperamos para dar inicio a nuestros trabajos.

-Mi hermana se encuentra enferma, señor. Os ruego que la dispenséis.

José Hugo se levantó y, con autoridad, gritó, mientras Alexis y Arturo hacían un gesto de apoyo a la súplica del médico filósofo:

-¡Haced lo que ordeno, señor Vizconde! No sólo no dispense la presencia de “Mademoiselle” de Guzmán, sino que la exijo inmediatamente en esta asamblea.

-¡Os aseguro, bajo mi honor de médico, que “Mademoiselle” sufre y no se encuentra en condiciones de dejar el lecho, señor!

-Señor conde, os suplico en nombre de la Humanidad, que dispenséis a Andrea...-Gimió Arturo, esforzándose por no alterarse.

-Sí, tío mío, os suplico que dispenséis a Andrea- sollozó Alexis, a pesar de su amor traicionado.

Pero el severo patriarca, nada respondió. Alterando la etiqueta y las buenas costumbres en una reunión de aquel alcance. Hugo de Guzmán, echó hacia atrás la gran silla esculpida que ocupaba, y se fue personalmente en busca de la ausente. La asistencia se levantó, no permitiéndose continuar sentada desde el momento en que el presidente del tribunal se había levantado, con excepción de Arturo, que no se podía mover. Víctor intentó correr en socorro de la hermana, pero la señora Francisca, lo detuvo diciendo:

-¡No agravéis la situación, señor!-exclamó-. Os aseguro que esta reunión no traerá consecuencias desagradables. Conozco la intención del señor Conde, que apenas desea comunicar la cancelación de un noviazgo y la contratación de otro. El debe esa satisfacción a nuestros queridos familiares.

-Lamento, tía mía- intervino Alexis, cortando la réplica de Víctor- que hayáis consentido una escena como ésta, que despedaza mi corazón.

-¡Valor, Alexis! Yo no la pude evitar. Eres joven, el futuro habrá de compensarte de todo lo que hoy te hace sufrir.

-Y yo digo que todo eso me enfurece y que si yo no fuera tan desgraciado como soy, Andrea no sufriría lo que está sufriendo- cortó el parálitico, demostrando rebeldía-. Pasos livianos se hicieron oír en el aposento próximo, por donde había desaparecido José Hugo. Sollozos incontinentes, mezclados con breves palabras proferidas en tono áspero herían los oídos de los circunstantes. Todos, a un mismo tiempo, se dirigieron la mirada sorprendida, hacia la puerta de ingreso a la sala. Las mamparas se agitaban abiertas por un sirviente... y la figura atormentada de Andrea, apareció en la sala, traída por la fuerza, siendo casi arrastrada por su padre.

-¡Andrea, mi pobre hermana! – Exclamó Víctor, levantándose y corriendo hacia la joven, afectado ante la humillación que la veía padecer.

-¡Andrea! – murmuró Alexis-lívido al verla por primera vez desde que había llegado a Saint-Omer, sorprendido por su transformación, que era una pálida sombra del pasado.

-¡Andrea! –murmuró el parálitico, conteniendo a toda costa la rebeldía que le oprimía.

Cuidadosamente, Víctor hizo sentar a la hermana en el lugar debido, le alisó los cabellos rubios y sedosos, la confortó y la reanimó, mientras la asistencia comentaba los acontecimientos con discreción. Los gemelos estaban fascinados por la aparición del objeto de sus cuidados, y no quitaban los ojos de ella, llenos de ternura y de piedad. La señora Francisca María, mientras tanto, soberbiamente situada en su lugar, parecía no haber notado la presencia de la hija.

Andrea permanecía con la mirada baja, no atreviéndose a mirar a nadie. Tiritaba de fiebre nerviosa y de sufrimiento moral. La pobre obsesada, parecía que fuera cogida en las mallas de una pesadilla. Aquella reunión en presencia de Alexis, la escena que allí habría de

sucedese, teniéndola como reo de un crimen, su vergüenza, su desgracia narrada entre todos, delante de Alexis y de ella misma, eran la suprema degradación para su sentimiento, la humillación sin precedentes para su frágil carácter, quebrantado e inconsolable. Por un momento pensó en Marcus, siempre atento para con ella, a pesar de la vileza cometida, y deseó que apareciese allí de un momento a otro, disolviendo el tribunal deshumano, con sus displicencias de aventurero bueno. Deseó que la llevase, que la escondiese consigo, libertándola de aquel oprobio. Pero Villiers no apareció hasta el final de la ceremonia; no había sido invitado a asistir, ignoraba ese suceso y ella lamentaba su ausencia, ya que todos los presentes, la dejaban entregada a la saña de un juez implacable. A su vez, Alexis sentía el alma dilacerada por un torbellino de amarguras. No hubiera podido ver a la novia tan querida, sin emocionarse violentamente. No podía perdonar a Andrea la grave traición que ella le había infligido. Pero, al mismo tiempo, sentía que le sería quizás imposible vivir sin ella, y que el gran amor que desde la infancia le dedicara, parecía imponerse en lo íntimo de su corazón, a despecho de las rebeldías que lo oprimían.

Súbitamente, la voz austera de José Hugo de Guzmán, hirió el ambiente, y, cual majestad desde lo alto de un trono, comenzó dando inicio al tradicional consejo, usado en su familia desde el siglo XIII, siempre que graves circunstancias lo exigiesen.

-Lamento, señores, que circunstancias dolorosas cuan imprevistas, me hayan llevado a convocaros para esta reunión tan penosa para mis bríos de hidalgo, como lo será para los vuestros cuando os enteréis del asunto que la motivó...

El viejo conde se interrumpió. El silencio era religioso, apenas alterado por los sollozos de la antigua novia de Alexis.

José Hugo prosiguió:

-¡Señores! ¡Y vos especialmente, señor Conde Alexis d'Evreux! Me pesa profundamente declararos que circunstancias imprevistas, como las que hace poco conocí, me llevan a la necesidad de romper con vos mi palabra, la que os había dado hace dos años, de un alianza matrimonial entre nuestras familias de Guzmán d'Albret y de Guzmán d'Evreux...

-¡Oh, padre mío, por piedad! Dejadme salir de aquí o matadme antes de que me obliguéis a otros- grito Andrea en el auge de su desesperación nerviosa. Pero Hugo no respondió. Se limitó a agitar la campanilla pidiendo silencio, y a clavar los ojos en aquella que había hablado promoviendo escándalo, y en su hermano que trataba de socorrerla.

-Sabéis que los más ardientes sueños de mi corazón, como los de nuestro amado hermano conde d'Evreux, que Dios guarde en su reino, eran de ver a nuestros hijos Andrea y Alexis perpetuando, en un matrimonio, los nombres de nuestros abuelos, unidos siempre en varias generaciones, por lazos de afectos profundos. No obstante, debe una explicación a todos vosotros y os la voy a dar, a pesar de proferir con ella mi propia condenación, al confesar, ante vosotros, la deshonra de mi nombre y la vergüenza que en el momento pesa sobre mi casa...

-¡Señor!- gritó en un impulso incontrolable el joven Conde d'Evreux, causando protestas entre los oyentes-. Os suplico, por quien sois, que no prosigáis. Estoy seguro de que ninguno de nosotros aquí presentes exigirá satisfacción alguna. Conocemos la honradez de vuestra casa y aceptamos vuestra decisión a despecho de explicaciones.

-Pido que no me interrumpáis, señor Conde. Yo me consideraría el último de los hidalgos, si al romper mi compromiso para con vos, dejase de prestar las aclaraciones que conviene a un hombre y a un hidalgo que, por encima de la propia vida, ha colocado el cumplimiento del

deber. Pero os declaro: tal disgusto me causa esa renuncia que, estoy seguro, no la podré sobrellevar por mucho tiempo. ¡Señores! El enlace matrimonial que se debería realizar entre mi hija Andrea de Guzmán y el señor Conde d'Evreux, ya no es posible. Sólo un hombre posee hoy derechos sobre mi hija. Mi hija le pertenece porque se dio a él voluntariamente, perjudicando los deberes de doncella, de hija y de casi esposa de otro hombre noble y honrado. Nuestro nombre, el nombre venerado de nuestros antepasados, se encuentra en estos momentos lanzado al escarnio, porque mi hija no supo conservarlo limpio como se lo hemos transmitido de nuestros padres. Hoy, sólo un hombre, un único hombre, puede retirarlo del oprobio y devolverlo noble y digno, como siempre fue, para memoria de nuestros mayores. En seis siglos de existencia, la casa de Guzmán, en los cuatro puntos cardinales de la Europa, jamás sufrió un ultraje igual. Este hombre, señores, es el Conde Marcus de Villiers de Stainesbourg y Saint-Patrice, un falso hidalgo, un antiguo aventurero, a quien mi hija prefirió confiarse, antes de confiarse a vos señor d'Evreux, su prometido ante nosotros y ante Dios. Hace días, me vi en la necesidad de visitar al señor Villiers, a fin de pedirle satisfacciones por la seducción de "Mademoiselle" Andrea. Esperé que de esa visita resultase un duelo, y sería lo más honroso para cualquiera de nosotros. Pero en vez de eso, el señor de Villiers, pidió la mano de mi hija y yo se la concedí, bajo la presión de una emoción fuerte y dolorosa...

-¡Eso nunca, padre mío! ¡Prefiero morir!- exclamó la infeliz, sin saber lo que decía.

Siguieron murmullos de aprobación entre los asistentes, y Hugo prosiguió:

-Por tanto, y a pesar de eso, deposito el destino de Andrea de Guzmán en vuestras manos. Esta reunión, es un consejo de familia. ¿Qué más convendrá a mi hija: el casamiento que la traición promovió, o, después del nacimiento de su hijo- pues ella espera un hijo- entrar en un convento a tomar velos perpetuos? Vosotros, deliberaréis por votación.

En cuanto a mí, prefiero para ella la reclusión perpetua, a pesar de la promesa hecha al Conde de Villiers.

-¡No, no! —gritó Andrea, vencida por un ataque de nervios- jamás me uniré a Marcus. ¡Prefiero morir! ¡Vuestro nombre os será devuelto intacto, señor Conde de Guzmán!

Víctor la retiró del recinto desmayada, y los circunstantes entraron en votación, deliberando sobre su destino.

CAPÍTULO XIII

EN LA HORA DEL TESTIMONIO

-“Por la oración, el hombre apela al concurso de los buenos Espíritus que vienen a sostenerlo sus buenas resoluciones y a inspirarle buenos pensamientos, adquiriendo de ese modo la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y volver a entrar en el camino, si se ha desviado, como así también conjurar de sí los males que se atrae por sus propias faltas.”

(“El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Capítulo XXVII, “Pedid y se os dará”, N° 11)

La ceremonia de la votación, se efectuó silenciosamente y con perfecta disciplina. Los hombres, celosos del buen nombre de sus casas, patriarcas cuyas costumbres austeras desconocían la tolerancia a un error, fueron implacables para con la reo: votaron por su reclusión perpetua en un convento de religiosas penitentes, y la entrega del hijo a un ama que, bajo pago anual, se ocupase de criarlo clandestinamente. Entre los

varones jóvenes, no obstante, hubo quien optaba por la reparación por las armas, entre el novio ultrajado y el seductor. Pero esos votos fueron considerados nulos porque se trataba del destino de Andrea y no del destino de su seductor, pues éste, estaba pronto a reparar el mal que hizo y, además, el caso del duelo no había sido presentado a la votación por el promotor del consejo. Víctor, Alexis y Arturo votaron por el matrimonio de la reo con su seductor, seguros de que sería lo mejor, y que del mismo resultaría la felicidad para aquella que les era tan querida. Entre las mujeres, las matronas, incluso la propia madre de Andrea, fueran de opinión que una penitencia sería la mejor solución, inclusive sería como un ejemplo para las doncellas de la familia. Votaron pues, por la reclusión religiosa, al paso que el hijo sería entregado al padre. Las jóvenes, no obstante, votaron por el casamiento con Marcus, deseosas de ver todavía feliz a la prima que mucha piedad y simpatía les inspiraba. Finalmente –pensaban– Marcus de Villiers, era un hidalgo que amaba a Andrea, y nada tenía de repugnante... La mayoría de ese consejo estaba constituido por mujeres todavía jóvenes. Unidos los votos de éstas a los de Víctor, Alexis y Arturo, el resultado fue favorable a Andrea, siendo absuelta y dándosele, por lo tanto, oportunidad para que la infeliz joven pudiera conquistar un poco de felicidad.

José Hugo de Guzmán se conformó con el resultado, tal vez contrabecho, tal vez íntimamente satisfecho viendo horizontes más amplios para su hija, a quien un mal comprendido deber de honra intentara condenar para siempre y, agradeciendo la presencia de los convocados, concluyó diciendo:

-Os invito a comparecer en el salón de honor, mañana, a las dos de la tarde, para que os sea presentado el señor de Villiers, que pasara a ser parte de nuestra familia de ahora en adelante, y daréis el testimonio de las firmas de las escrituras del contrato y de las donaciones a la novia. En esa ocasión, serán marcados el día y la hora de los esponsales, para los

cuales, no habrá invitaciones especiales ni solemnidades festivas. La ceremonia se restringirá al grupo familiar.

Enseguida, se dirigió a Alexis, y con voz embargada exclamó:

-Señor d'Evreux, perdonad el haberos retirado mi palabra, comprometida hace tiempo. Bien habéis visto que no tenía otro recurso para poder levantar a su antigua altura el nombre y el honor de nuestros abuelos.

Alexis lo cumplimentó con una venía posiblemente emocionado, pero sin responder. Enseguida, y antes de que el grupo allí reunido se disolviera, pidió permiso para retirarse y regresar a París en la mañana siguiente, aprovechando las circunstancias para no asistir a la ceremonia del contrato de nupcias y del enlace, que sería realizado posteriormente. Le costaba enfrentar al rival, esto es, al hombre que había destrozado su felicidad. Comprendía su delicada situación, la pretensión del joven hidalgo obtuvo la aprobación de todos los presentes. Se retiró el joven Alexis bastante afectado, y entró en sus habitaciones dando comienzo a los preparativos para la partida del siguiente día, dando órdenes para que prepararan el carruaje, muy temprano. No hacía, pues, ni un cuarto de hora que se encontraba en sus habitaciones, cuando un sirviente entró discretamente, presentándole una bandeja de plata en la que se veía una carta. Admirado, Alexis tomó la misma y despidió al criado. Rasgó el sobre y constató que la carta era de Andrea. Trémulo, contrahecho, leyó lo que sigue, escrito en caligrafía casi ilegible; debida a la nerviosidad de la mano que la escribió:

-“Si aún queda en tu corazón un poco de piedad para mí te ruego que vengas a hablarme, permitiendo que me despida de ti. Andrea.”

Leyó y releyó aquella carta. Se levantó, después, amargado e indeciso sobre lo que debía hacer, y salió del cuarto. Matilde surgió a su frente, pues lo esperaba en una esquina sombría de la galería:

-“Tened la bondad de acompañarme, señor. “Mademoiselle” os espera deshecha en lágrimas.”

Se dejó llevar, caminando casi maquinalmente hacia el lugar a donde era conducido. Y súbitamente, se vio delante de su antigua novia, en una discreta sala que dos candelabros iluminaban débilmente:

-Aquí me tienes querida mía. Habla lo que quieras y confía en mí, soy y seré tu amigo.

En un gesto incontrolable se abrazaron mutuamente, como olvidando la catástrofe que había caído sobre ellos.

-Alexis, mi pobre amigo de la infancia, ¡mi hermano! Te llamé para saber por tu propia voz si eres capaz de perdonarme la infamia que cometí contra ti y contra nuestro amor. No me disculpo, ni me justifico, pues ni yo misma puedo perdonarme. ¿Por qué procedí así? No sé, Alexis, ¡No lo sé! Yo no amo a Villiers, nunca lo amé y no desee traicionarte. Una locura brutal me acometió y me desgració, y hoy me desespero de remordimientos por un crimen que en verdad no quise cometer. Te amo, Alexis, más que nunca, y no puedo vivir sin tu amor. Eres parte de mi vida, de mi ser. Estás en mi corazón, en mi cerebro, en mi sangre, en el palpitante de mi vida. Siempre dijiste que me amabas. El amor lo sabe perdonar y remediar todo. Compadécete de mí Alexis, entrégate a Dios, tú que eres verdadero creyente y comprende, querido amigo, que no soy culpable y sí desgraciada... Y, si me amaste tanto en el pasado, ámame todavía hoy. Perdóname, Alexis y recíbeme por esposa como estaba convenido a pesar de mi desventura. No te arrepentirás. Aún es tiempo de suplicar esa gracia a nuestro consejo...

-Pero... ¡Andrea! —replicó el joven, consternado—. Confíemos sí, y seré siempre tu amigo. Pero tu deseo, nuestro deseo, ahora es irrealizable. Vas a ser madre, perteneces a otro hombre que adquirió derechos sobre ti, por la paternidad de tu hijo. Aunque me fuera posible olvidar la traición, nuestra unión no será jamás posible. Entre tú y yo, existe la

notoria contrariedad de nuestra familia, por causa de un hombre que posee derechos sobre ti, y que será el padre de una inocente criatura. Sí, Andrea, te amo, jamás olvidaré nuestro amor, pero no podré casarme contigo.

-Pues si me amas, sabremos romper todos esos obstáculos...

-¡No, Andrea, no! Ya no es posible que pueda casarme contigo. Perdonarte, sí, te perdono ante Dios que yo tanto venero.

-¡No podré vivir sin ti, Alexis, prefiero la muerte!

-Vivirás sin mí, pobre amiga, y todavía serás feliz al lado de tu esposo y con tu hijo en brazos...

-¡Alexis! ¡Alexis! Por Dios, ¡no me abandones! Di que me comprendes, que no me consideras culpable. Te juro, Alexis mío, que no resistiré esta desgracia. No hay felicidad sin ti, y moriré pronto, si consientes que me case con Villiers.

Hablaba con sollozos abrazada a él, en grandes estremecimientos nerviosos, entrechocando los dientes, no podía apartarse de él. Mientras que él, afligido, la amparaba y le hablaba cariñosamente, pero sostenido por una vigilancia, por una fuerza de voluntad en resistir a las súplicas, que él mismo no podía comprender cómo lo conseguía.

Durante largo tiempo mantuvieron la discusión. Alexis, intentando calmarla; Andrea, se enervaba cada vez más, comprendiendo que era rechazada. Pero tal era el ardor, la vehemencia con que la joven defendía la propia causa junto al ser amado, que Alexis, gradualmente, también se exaltaba, sintiendo surgir en su propio ser todo aquel fervor con que la había querido desde la adolescencia.

De repente, como si un resorte oculto la impulsara, Andrea se desligó de los brazos del primo y, apartándose, lo miró con expresión de locura, y gritó estas impresionantes palabras:

-¿Perderte? ¿Vivir sin ti? ¿Unirme para siempre a Villiers? ¡Oh! Cállate, Alexis, cállate, evítame por lo menos el dolor de oírte aconsejarme tomar por esposo al hombre que me desgració. Aconséjame antes que muera. ¿Por qué no me matas? No, no creo en tu perdón. Moriré, ya que me abandonas.

-¡Aparta de ti esas ideas que te deprimen, Andrea, cálmate, querida mía! Seamos buenos hermanos para siempre. ¡Para siempre! El amor fraterno es también un medio seguro de eternizar un sentimiento. Te prometo fidelidad eterna, jamás contraeré matrimonio. Tú sabes que yo siempre quise seguir la vida religiosa. Pues bien: ahora la seguiré. Pero por Dios, cálmate. Regresaré mañana muy temprano a París. Déjame partir. No, tú no querrás morir, porque es un crimen ante Dios...

-No creo en Dios, desprecio su sabiduría. Todo eso es ficción y engaño. Yo creía en ti, y una vez que en ti ya no puedo creer, debo morir.

Alexis se sintió enloquecer. Procuraba deshacerse de su prima, pero ésta, nerviosa e inconsolable, nuevamente se abrazaba a él, sin que pudiera liberarse. Alexis ya no podía razonar libremente, envuelto en aquellas vibraciones enfermizas, lamentó la debilidad que lo había hecho atender el pedido de su antigua prometida. Sin embargo, sintió que se le oprimía el cerebro en un vértigo de desaliento, y tuvo todavía serenidad para contestar.

-No, querida mía, ¡no! Dios te impone una misión: la de ser esposa y madre. Acéptala y cúmplela con devoción; confía en el futuro.

-¡Moriré, Alexis, y tu morirás conmigo! ¡Sí, tú morirás conmigo, porque ni en la propia muerte podré quedar sin ti!

-¿Yo? ¡Nunca! ¡Oh! Nunca tentaré contra la vida. ¿Y el deber sagrado que me liga a nosotros mismos? ¿Y las promesas que hicimos a Dios cuando nos lanzó a este mundo, de conservar la existencia, de

responder a su amor y de servirlo en todo momento? Nuestra vida no nos pertenece, pertenece a Dios, a nuestra familia, a la sociedad, a nuestros deberes, al destino glorioso para el cual Dios nos guió. ¡Oh! ¡No me mires con esa expresión de alucinada! Óyeme: eres rica, bella, y el dolor que ahora nos hiere, pasará; Y podrás todavía ser feliz! ¡No, por Dios! ¡No me hables de morir juntos, yo no lo deseo, no quiero matarme!

Entonces una escena invisible a los ojos materiales, pero brutal, se desarrolló entre aquellos dos personajes que expiaban un gran error cometido en el pasado.

El odioso espíritu de Arnoldo Numiers, el invisible perseguidor de Andrea, atraído una vez más por los pensamientos alucinados de su enemiga, llegó hasta allí, vibrando todas las moléculas de su ser, cuales ondas opresoras. Contempló allí reunidas, a las dos criaturas que resumían la pesadilla de su triste alma, y razón del odio que lo había perdido para siempre, Andrea y Alexis, o sea, aquella Berta infiel, de Stainesbourg, y aquel Luis, falso amigo, hermano de leche, traidor e ingrato, asesinos, ambos, de su pobre Enrique, causantes del suicidio de aquel hijo que, ahora deformado, inválido en silla de ruedas, estaba allí cerca, llorando, la tortura de su amor que jamás había sido correspondido.

Desde lo invisible, y al acecho, se aproximó y penetró en aquel salón ricamente adornado. Lanzó sobre la pobre Andrea, que no ofrecía resistencia, sus funestos pensamientos de perdición. Le sugirió atraer a Alexis a un suicidio doble, donde ambos se unirían en un “eterno embeleso”. Excitó los celos de Andrea, haciéndole vivir cuadros imaginarios, como que Alexis amaba a otra mujer y se uniría a ella. Pintó, en su mente exaltada, fantásticas desgracias que la afligirían sin el amor de Alexis. Hizo que ella exaltase la pasión del pobre joven, sus ansias de amar, sus sentimientos viriles, sus sentidos. Le dio elocuencia y vehemencia para convencerlo de que era un desgraciado, que nada más podría intentar en este mundo, porque todo se derrumbaría a su frente

con el desenlace infeliz de aquel noviazgo, que tantas venturas prometiera. Y observaba que Andrea, totalmente pasiva, era fiel a sus sugerencias, afirmándole la idea del suicidio y a su vez arrastraba a Alexis, cuya repugnancia a la macabra solución, se iba debilitando, pues el joven hidalgo sufriente, perdido de pasión y de esperanza, se dejaba dominar por las alocadas razones de la joven.

Y el espíritu de Arnoldo, en sus degradantes y tempestuosas vibraciones decía:

-¡Oh! ¡He ahí cómo se ven arrastrados en el abismo en que precipitaron a mi desgraciado hijo! ¡Helos ahí condenados a una eterna desgracia como veo que está mi hijo por su horrible muerte de ahora! ¡Helos ahí, malditos para siempre, absorbiendo dolores como los desgraciados rebeldes que acostumbro contemplar junto a mí! ¡Helos ahí definitivamente entregados a mí para el suicidio, a mi gusto, y con libertad para saciar mi rebeldía! ¡Gozar el espectáculo de esa doble muerte de esa pareja llena de juventud, torturada por las pesadillas macabras que el suicidio produce, como mi hijo también lo fue! ¡He ahí mi suprema, mi primera y única alegría, desde que mi hijo comenzó a padecer por causa de ellos: matarlos por sus propias manos; poseerlos después para torturarlos a través del tiempo; embeberme en esa alegría, para que un día se suavice la sed monstruosa que requema mi alma, la sed de esta venganza que no fue saciada todavía a pesar del tiempo!

La tentación era, por tanto, de las más atroces. No hay enemigos, no hay perseguidores terrestres que se puedan comparar a un enemigo del más allá de la tumba. Este es el mal que sutilmente penetra en lo recóndito de nuestros pensamientos y los domina, anulando nuestra voluntad de reacción; que se infiltra en nuestra intimidad con sus vibraciones cáusticas y la perturba, sirviéndose hábilmente de las afinidades que le ofrecemos, de las ocasiones que creamos, de las debilidades que ponemos en acción, de las inferioridades que le sirven de vehículo; de todos nuestros pensamientos y acciones inferiores, que abren

las puertas de nuestro ser moral, para dominarnos y desgraciarnos de acuerdo con su gusto.

Sería pues, necesaria, una reacción enérgica por parte de aquellas dos almas infelices para que pudiesen resistir al obsesor, oponiéndosele con una decisión en el sentido del bien, hasta la súplica vehemente a la misericordia del Creador, como defensa suprema. Andrea, como Alexis, deudores del pasado, eran llamados ahora a dar una prueba de virtud y de fe, en aquel día. La ley es sabia, pues determina a través de los efectos de las causas, presidiendo la armonía de la reparación de los malos actos cometidos, en existencias pasadas, exigiendo de uno y de otro la prueba decisiva, para vencer el mal y proseguir en busca del bien por las sendas futuras. Si Andrea ese día buscaba el auxilio de la Providencia, a través de una oración fervorosa, como tanto le había aconsejado el hermano en esos dos años, el auxilio vendría ahora en su socorro, y ella se libertaría del yugo obsesivo que trataba de perderla. Y de igual manera, si Alexis reaccionaba a la tentación que lo asediaba, se vería salvo y daría el testimonio que la Ley suprema exigía de él. Mientras tanto, exhausto, vencido sin ninguna convicción íntima, Alexis, en un momento dado, exclamó:

-Pues bien, ¡no puedo más! ¡No puedo más! Muramos juntos. Estoy de acuerdo contigo, te seguiré a la muerte; no puedo soportar más mi situación de dolor y de vergüenza. Muramos juntos y todo se remediará. ¡Que sea pronto!

Ella lo llevó hacia una de las ventanas que adornaban la sala. Levantó las cortinas y señalando a lo lejos, dijo con voz ronca y un tanto dramática, totalmente poseída por el obsesor:

-¿Oyes allá aquel ruido? Esta cerca, muy cerca mi buen Alexis. Cerca y rápido. Es el océano que habla. Nos dejaremos rodar hacia él, entre un beso de despedida... Y cuando las olas arrebatadoras golpeen los peñascos, habremos dejado de sufrir...

Sonaba la medianoche en la vieja torre de Saint-Omer, cuando “Mademoiselle” entró en su cuarto de dormir, para reposar.

En un rincón, Matilde, compañera fiel, se había quedado dormida, cansada de tanto esperar.

Andrea se desvistió sola, y se acostó, despertando entonces la criada. Esta le ofreció caldo caliente, pues la niña no se había alimentado en todo aquel día. Andrea lo rechazó, usó la cabeza sobre las almohadas y se adormeció sin tardanza. Estaba agotada.

Cuando Alexis quedó solo, se puso a reflexionar, pero no consiguió coordinar las ideas. Se sentía atormentado, y violentos dolores de cabeza le aquejaban, produciendo insólito malestar en su estado general. La muerte, realmente, le parecía el único recurso para solucionar la dramática situación que vivía con Andrea. Todo había quedado convenido para el mediodía siguiente, cuando sonase la hora del almuerzo. Ellos no deberían aparecer a la mesa, como lo venían haciendo. Andrea se disculparía con el estado de su propia salud, a pesar de saber la inevitable presencia de Marcus; Alexis, que había anunciado su partida, se ocultaría para presentarse solamente a ella en el momento oportuno. Se encontrarían en la alameda del parque y, estrechamente unidos, caminarían hacia el abismo. Sería, por tanto, un acto premeditado, reflexionado, que permitiría a los interesados la oportunidad para detenerse y evitarlo.

Mientras tanto, en lo recóndito del alma, allá en los recesos de su ser, la idea del suicidio no tenía cabida en Alexis, no se decidía a aceptarla. Su yo superior la rechazaba, la abominaba. Las impresiones exteriores, esa sí, fueran violentadas, y se curvaban ante la coacción. Alexis se encontraba en el momento más crítico de su vida. Podría decirse que el móvil de su renacimiento, no había sido otro sino aquél: renunciar y testimoniar fuerza de voluntad para resistir el mal, por los compromisos que había traído al reencarnar. Si resistía la tentación, y

hacía caso a la voz de la conciencia, que lo llamaba cumplimiento del deber, entonces sería la gloria de haberse vencido a sí mismo, para darse a Dios. A fines del siglo XVII Alexis vivió en Flandes bajo el nombre de Luis de Stainesbourg, y había sido el causante del suicidio de Enrique Numiers en complicidad con Andrea, que entonces se llamaba Berta. Ahora, se veía situado ante las consecuencias del antiguo acto, y debía vencerlas por la acción del libre albedrío. Era la prueba que la ley exigía de él.

El pequeño salón de Andrea, escasamente iluminado, le ejercía cierta influencia, sumándose a la tela mental, la imagen hermosa y blanca de la antigua prometida, sumida en aflicciones y en lágrimas. Subió a sus habitaciones tratando de reposar. No lo consiguió. Su cuarto le pareció una tumba. Salió a caminar sin destino fijo. En la amplia galería de los aposentos particulares de la familia, descubrió ente abierta la puerta de Arturo, su pobre gemelo. Entró. Al pie del lecho, velando con la dulzura del amigo y el saber del médico, Víctor se esforzaba por corregir los disturbios nerviosos que desde hacía tiempo abatían al infeliz inválido. Terribles convulsiones epilépticas, provocadas por las duras emociones sufridas durante el consejo de familia, habían arreciado sobre él, postrándolo en un infierno de sufrimientos. Ahora, Arturo dormía un sueño agitado que poco lo confortaba. Alexis contempló al gemelo con angustia.

-Aquí junto a este lecho, velando al pobre enfermo es que debe ser tu lugar y no tramando desatinos con Andrea. ¡Eres tú, quien debe ampararlo! ¡No Víctor!- le gritó su conciencia, y extraña piedad por el hermano, consternó y afligió su corazón.

-¿Está mejor, Víctor? -interrogó afectuoso.

-Un poco... Los choques fueron intensos. Mañana espero verlo mejor.

-¡Pobre Arturo! ¡Pobre hermano! Él también ama a Andrea, y sufre irremediablemente. Que Dios se compadezca de nosotros...

Victor no respondió nada, Alexis dio media vuelta y salió impresionado por la atmósfera dramática que flotaba en el cuarto de su hermano.

Se dirigió al parque. La frialdad de la noche lo reanimó. Respiró con fuerza, pasando con ardor las manos por su cabeza. El instinto amoroso lo hizo encaminarse hacia el viejo banco de mármol, a recordar los días felices en que conversaba con la novia, tejiendo castillos de ventura. Se sentó y se puso a reflexionar. Ahora, abajo la placidez de la noche, se diría que los vapores condensados que torcían su voluntad, iban lentamente disipándose, liberándolo de la opresión satánica creada por Andrea. Recordó, sin desearlo, todos los principales lances de su vida: huérfano de madre al nacer junto con su hermano gemelo Arturo; criado por la abuela materna, la bella y buena Louise de Guzmán y por los tíos Guzmán d'Albret; huérfano de padre en la adolescencia, su vida había sido un cúmulo de sufrimientos, no obstante, la nobleza de los títulos y los bienes de fortuna; no le impidió que se convirtiera en fervoroso creyente en Dios. Se volvió a ver, en pensamiento, en los primeros pasos para alcanzar la vida religiosa, que parecía llenar el vacío que su alma sufría; la oposición de la familia, que transformó sus aspiraciones, y ahora... Arturo aparecía en su pensamiento como el pobre mártir, a quien debía ayudar, dedicándose a su cuidado como si fuera un hijo querido que carecía de todo amparo. El amor de éste por Andrea, en vez de apartarlo del gemelo, lo aproximaba cada vez más. Poco le importaba Arturo lo hubiera considerado antes un rival. Una singular piedad por aquél que no fue amado y que fuera rechazado por la familia, lo hacía sentirse más amigo suyo. Por eso, desde el fondo de su alma, perdonaba las hostilidades; era enfermo y desgraciado, y carecía de consuelo y de protección.

Villiers con su traición, Andrea con su anormal personalidad, comenzaron a dar vueltas por su mente torturándole el corazón con apreciaciones penosas. Los vio unidos, meditó que se pertenecían, porque así lo había determinado el destino. Se le figuró, de repente, un terrible crimen arrebatar a Andrea a Villiers; puesto que iba a ser madre de un hijo suyo. ¿Cómo iba a conseguir que se eliminara ella y a su vez aquella criatura, que tenía amplios derechos para existir bajo la luz del sol?

Una indescriptible aflicción lo perturbó, y murmuró para sí mismo, en la soledad del parque:

-¿Morir? ¿Matarme? Oh, Dios mío, ¿estaré loco? ¿Cómo pude pensar en semejante horror? ¿Por qué prometí a Andrea que moriríamos juntos?

Se estremeció entonces. Volviendo en sí, comprendiendo el alcance de aquella tentación. Penosa confusión de ideas se hizo en su cerebro. Enérgica, la conciencia comenzaba a reaccionar, reconociendo el error en que había caído.

-No, Dios mío, es un crimen! ¡Socórreme, Señor, sálvame de esta monstruosa tentación! ¡No, no debo morir, no debo dejar que Andrea muera! ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué hacer para remediar esta situación?

-¿Servir a Dios!- le murmuró la conciencia-. Amar a los que sufren, proteger a Arturo, a quien mucho debes... Sintió que lágrimas ardientes brotaban de sus ojos bañándole el rostro. La figura lejana de su maestro religioso, Enrique de Módena, de Madrid, surgió de sus recuerdos, recordó entonces la constante advertencia que le oía decir cuando era niño:

-Naciste para el sufrimiento, Alexis d'Evreux, yo bien lo sé; pero recuerda hijo mío, de que sean cuales fueran las amarguras y las

decepciones que la vida te presente, encontrarás consuelo y fuerzas a los pies de Jesucristo.

Entonces, Alexis cayó de rodillas junto a aquel banco que fuera testigo de sus sueños de amor. Elevó suplicante el corazón a lo alto, al infinito, en gesto fervoroso de sumisión al Creador. Rogó al Todopoderoso que se compadeciese de su miseria y lo socorriese para que pudiera expulsar de sí los ecos de aquella tentación que lo arrastraban al suicidio. ¡No, mil veces no! Él no deseaba matarse. Pero se sentía impelido a ese crimen, por una fuerza mórbida que enloquecía.

La oración fue vibrante, arrancada del alma por un impulso humilde de fe y de confianza. Una suave somnolencia lo alcanzó enseguida. Se recostó sobre el banco, y arrodillado, permaneció durante algunos minutos, mientras el sereno de la madrugada dejaba caer gotas de rocío sobre sus cabellos. Y en un momento dado, bajo la suave acción de aquel estado insólito, he ahí que el dulce contacto de una advertencia espiritual, repercutió en su conciencia, como una intuición protectora.

-Vuelve a casa, hijo mío, acuéstate y duerme, y por encima de todo, confía en Dios. Y Dios estará contigo.

¿Sería una voz de más allá del tímulo? ¿Sería una vibración, apenas? Pero en esa vibración, Alexis reconoció el tono de la voz de su abuela, la dedicada madre que había conocido.

Entonces, se levantó lentamente y se dirigió al palacio. Se echó sobre el lecho sin desvestirse, y se adormeció profundamente, como si una acción magnética y bienhechora, hubiese descendido en su ayuda.

En la vieja torre de Saint-Omer, sonaban las tres de la madrugada. Entre las ramas de los antiguos árboles del parque, las parejas de pájaros ensayaban los primeros saludos al nuevo día que no tardaría en despuntar.

CAPÍTULO XIV

UN VIAJE AL INFINITO

“-Durante el sueño, ¿descansa el alma como el cuerpo?

-No, el espíritu nunca está inactivo. Durante el sueño, los lazos que le unen al cuerpo se aflojan, y no necesitando el cuerpo, el espíritu recorre el espacio y entra en relación directa con los otros espíritus.”

(“El libro de los Espíritus”, de Allan Kardec, Parte 2ª, capítulo VIII).

Andrea había despertado temprano después de un sueño extraño, profundo y sin molestias de ninguna clase. Daba la impresión de un cadáver despierto, tal era el quebrantamiento y el agotamiento que poseía. No hablaba, no lloraba, no sonreía. Con los dientes cerrados, las manos heladas, los bellos ojos azules fijos en el vacío, demostraba la tempestad que la indisponía,

En aquel día, en el almuerzo, el señor de Villiers sería presentado a la familia, y sería anunciada la fecha del casamiento al mismo tiempo que se realizaría la ceremonia de las donaciones a la novia; como esas donaciones, por lo que se sabía, serían riquísimas, la expectativa era grande en el palacio, especialmente entre las mujeres, y hubo hasta quien envidiase la suerte de Andrea, desposando tan interesante caballero.

Matilde intentó sacarle algunas palabras, pero fue inútil. Andrea daba la sensación de no oír nada. Por eso, la fiel servidora se concentraba en la tarea de preparar a la novia, lo más bellamente posible.

Mientras tanto, ninguno de la familia, ni siquiera una amiga cualquiera, visitó a la infeliz joven en sus aposentos, puesto que ella permanecía a solas con sus amarguras. Su única compañía era Matilde. Arturo, postrado en el lecho, y Víctor, preocupado en cuidarlo, además de tomar providencias entorno del casamiento de su hermana, no podían acompañarla como de costumbre, sino verla rápidamente, o preguntar por ella a Matilde, cuyas actividades la hacían caminar continuamente, por las salas y los corredores.

Se aproximaba la hora en que Andrea debía descender al salón para recibir al novio. Matilde al ver que la joven no se había decidido a vestirse, ella comenzó a hacerlo. La bañó, la vistió con un largo vestido de muselinas blancas al estilo de los vestidos de la Emperatriz Josefina, peinó cuidadosamente sus bellos y rubios cabellos, le ató a la cintura una bella faja de sedas colocó en sus hombros un rico “echarpe” de encajes de sedas y, después, llevándola al espejo, exclamó victoriosa:

-Reparad, “Mademoiselle”. ¡Cómo estáis de linda! El señor de Villiers se apasionará aún más a partir de hoy...

Indiferente y sin mirar al espejo, Andrea preguntó con voz temblorosa.

-¿Se ha levantado el señor Conde d'Evreux?

-Iré a ver, “Mademoiselle”.

Matilde salió, tratando íntimamente de comprender cómo su ama todavía podía pensar en su antiguo novio, cuando estaba a punto de casarse con otro, y cómo se había entregado a ese otro cuando estaba prometida al primero...

A los pocos minutos, volvió con la noticia:

-El señor Conde d'Evreux todavía reposa, "Mademoiselle; su criado se comprometió a avisarnos tan pronto como el amo deje sus habitaciones.

La joven no objetó. Se limitó a oír el recado, con los ojos fijos en la sirvienta. Esta, ansiosa por comentar los acontecimientos del día, comenzó a discurrir. Mientras se dedicaba a arreglar los cabellos de la ama, le decía:

-¡Es un novio rico y pródigo como un príncipe! Llueve los presentes para vos, "Mademoiselle", desde esta mañana. Y su intendente os trajo, de parte del señor Conde, un espléndido cargamento de géneros de limo y de cintas de sedas...y, como gentil recuerdo del día de hoy, un adorno de brillantes. Georges, el criado del señor d'Evreux, acabó de asegurarme que el adorno es valioso, pues lo vio en las manos del señor Víctor, cuando espiaba a través de las cortinas. Parece que vuestro prometido sufre por la frialdad con que fue recibido. Apenas el señor Víctor es quien le hace honores de la casa. Georges lo oyó quejarse al propio señor Víctor. Por eso, sólo a la hora del almuerzo será visto por los invitados, esto es, por sus nuevos parientes. Las "jóvenes" están ansiosas por verlo. Parece que sienten envidia por vuestro casamiento..."Mademoiselle" debería ir a su encuentro, entreteniéndolo hasta...

-¿Matilde?- interrogó ella, con voz nerviosa, sin hacer caso a lo que había hablado.

-"Mademoiselle"...

-¿Sabes cómo lo están pasando mis padres? ¿Y Arturo?

-¡Ah! Vuestros padres están muy bien dispuestos. Pasearon por el parque toda la mañana con los invitados. El señor Arturo lo pasó muy mal durante la noche, pero ahora se encuentra mejor. Está en cama y duerme.

-¡Pobre Arturo! Quisiera verlo, Matilde.

La habitación de Arturo quedaba próxima a la suya, en la misma galería. Matilde la guió. Ella entró. Arturo dormía bajo la acción de drogas bienhechoras. Andrea se inclinó sobre él y lo besó en el rostro repetidas veces, con ternura infinita, mientras Matilde percibió que ella murmuraba:

-¡Te amo, Arturo! ¡Te amé mucho! ¡Pero soy muy desgraciada para poder hacer feliz a alguien! ¡Perdóname!

Regresaron a los aposentos. Andrea retiró de un mueble un sobre cerrado y lo entregó a la sirvienta diciéndole:

-Entregarás esto a Arturo, después del almuerzo, nunca antes. ¿Oíste?

La criada tomó el sobre y lo guardó, sin desconfianza alguna. En el sobre, había una carta que decía:

“¡Mi querido y buen Arturo! Te amo, siempre te amé pero soy muy desgraciada para continuar viviendo. Bendito seas por tu gran amor para conmigo y por la actitud caballerosa con que me protegiste ayer, durante la humillación a que fui sometida en el consejo, siendo acusada sin piedad. Lloro sobre ese recuerdo, como lloraría en tus brazos, si aún pudiese abrazarte.”

*

Algunas horas antes de las escenas narradas, el joven Conde Alexis d'Evreux se había quedado dormido, después de haber pasado un día y una noche agitadísima, durante las cuales viviera los más dramáticos momentos de su vida. Eran las tres de la madrugada cuando se adormeció pesadamente sobre el lecho, como si hubiera sido alcanzado por una acción hipnótica.

Se sabe que el espíritu, parcialmente emancipado del cuerpo carnal por un sueño profundo, que puede ser espontáneo, natural, o provocado por una acción hipnótica proveniente del mundo invisible, puede encontrarse con las entidades espirituales protectoras, o con aquellos a quienes amó a través de una o más existencias planetarias, con sus amigos y parientes o con cualquiera que

haya tenido afinidad en la Tierra, pudiendo convivir con ellos durante horas o minutos. En ese encuentro espiritual disfruta de sus instrucciones y consejos, recibe inspiraciones felices o se prepara para hechos significativos en su vida: grandes rescates, necesarios para su honor espiritual, pruebas indispensables para la paz futura de su conciencia, decisiones ineludibles y útiles a su progreso, o misiones que le serán meritorias junto a la Ley del Todopoderoso. En la mayoría de los casos, al despertar el alma de esos sueños especiales, apenas conserva la impresión de lo que pasó con ella, impresión, la mayor parte de las veces saludable, sintiéndose entonces reconfortada y fortalecida para llevar a cabo aquello que deberá realizar dentro de un breve plazo, de acuerdo con el grado de su sensibilidad, del poder de su facultad o conforme a las circunstancias del delicado evento, que puedan o no permitirle tales recuerdos. Pero, hay otras criaturas cuya emancipación en determinados estados del sueño, permite recuerdos de los hechos ocurridos durante el sueño, y que por lo menos son suficientes objetos para permitir análisis aclaratorios y frecuentemente, hasta salvadores.

Alexis d'Evreux poseía la facultad de desprenderse del cuerpo físico y elevarse a ciertas regiones del mundo invisible durante el sueño, lo que muy bien podríamos clasificar como trance medianímico. Aquella noche, al dejarse caer en el lecho, vencido por el sueño, se sintió transportado a un lugar apacible, a un recinto que le parecía familiar, en donde se veía rodeado por entidades amorosas y protectoras, que comenzaron a hablarse inmediatamente, refiriéndose a los acontecimientos que lo deprimían. Nuevamente, ve a su padre, por quien tanta nostalgia sentía, muerto en España durante el exilio, y a su madre, que nunca había conocido en la tierra, pero que la reconocía ahora, en el Más Allá, la cual se presentaba con blancas fulguraciones opalinas, coronada de rosas, llamándole "hijo querido de mi alma". Todos lo confortaban llamándolo a la razón por el paso que, atraído por Andrea, pretendía dar, esto es, el suicidio; acto que sería para su desgracia puesto que ya había comenzado a dar los primeros pasos en el camino de la redención espiritual. Su padre, dentro de la autoridad debida, que no había perdido todavía, y animado de profundo amor para con el hijo, le señalaba deberes

sagrados para con la Patria, la sociedad, con el prójimo y para con Dios. Le hablaba de Arturo, el pobre hermano inválido, que necesitaba de su hermano fraterno, pues nadie más sino él, tendría condiciones para dedicarle un poco de amor que suavizase sus amarguras. Le hizo entrever, como en un libro de ilustrado, lo mucho que le debía a Arturo.

“En una buena existencia pasada él, Alexis, entonces hermano de crianza y amigo de Arturo, lo había traicionado robándole el amor de la esposa y lanzándolo a la desesperación en medio de la deshonra y de la vergüenza de los que resultó el suicidio, cuyas lamentables consecuencias eran hoy una triste realidad: Arturo reencarnado de hoy, era un inválido, un anormal sin paz, sin alegrías, sin esperanzas. Él, Alexis, causante de aquella desgracia, era llamado, en esta encarnación a reparar el mal cometido en otra época, debiendo ahora amparar al hermano, consolarlo, encaminarlo hacia Dios, hacer de él un alma serena y resignada, llena de fe y de esperanzas, pues es de ley que aquél que causó el suicidio de otro, asuma en el futuro la responsabilidad de protegerlo y de ayudarlo a levantarse.”

A su vez, Louise de Guzmán, lo llevó a visitar a los infelices espíritus que, como hombres, habían delinquido contra la ley de Dios, suicidándose. Esos seres reunidos en falanges especiales, sufrientes y atormentados, semimaterializados -según la interpretación terrestre- viven en una desesperación constante, hasta que la causa de tan siniestro efecto sea borrada a través de la reencarnación expiatoria y del rescate honroso. Será pues, muy necesario estimado Alexis, evitar que Andrea se precipite contigo en ese abismo (suicidio), lo que sería un crimen doble, mejor dicho, triple, pues Andrea es madre, ya que palpitan en su seno las vibraciones de un ser que necesita reencarnar para progresar y que debe ser respetado en su condición de espíritu, como respetada deber ser la propia ley de Dios, que permite y autoriza la reencarnación.

Alexis lo ve y examina todo, bañado en lágrimas, avergonzado de haber cedido en un momento de debilidad y de perturbación, a la tentación de la invitación de Andrea,. No, él no se matará, pues realmente no desea la

muerte, a pesar de lo mucho que está sufriendo por el triste desenlace de sus sueños de juventud. Louise y su padre, en ese ínterin, se apartaron, mientras su madre, como ángel titular, lo toma por los hombros, en un gesto maternal y le dice:

-La oración que elevaste en el parque, hijo mío, tuvo la virtud de atraer y hacer posible aproximarnos a ti y hacernos comprender, porque, como tus vibraciones renovadas, te predispusiste a oírnos. Andrea, no obstante, desgraciadamente, corre un gran peligro, pues es vulnerable a la acción de los espíritus inferiores, y antepone una barrera a sus verdaderos amigos espirituales. Su acompañante invisible la odia y hará todo lo que pueda para perderla. No obstante, en otra época, él fue su amigo y hasta llegó a quererla como se quiere a una hija. Pero ella misma destruyó ese afecto con sus actos de traición... y, ahora, tendrá que reconquistarlo a través del sufrimiento, del trabajo y del amor. Ella le proporciona afinidades, se entregó a él definitivamente, al despreciar las oportunidades que le presentaba Víctor para reeducarla en las líneas del bien y de la dedicación a las cosas de Dios. Por eso, es preciso intentar salvarla, pues el suicidio no le es impuesto a nadie por la ley, y ella aún podrá evitarlo. Te ordeno que, al despertar, pongas a Víctor en conocimiento de todo y le pidas ayuda para protegerla. Dirígete también a Marcus de Villers, apriétale la mano, y perdónalo; ve en él a un amigo, no a un rival. Hijo mío, pasa la esponja del olvido a esas reminiscencias que nada valen y sólo sirven para retardar la marcha de tu progreso moral y espiritual. No obstante, son muy exiguas nuestras esperanzas de poder salvar a Andrea; ella no quiere ser ayudada, se complace en el error, no nos quiere oír.

Y Alexis, todavía escuchó esta advertencia:

-Sufre, hijo querido, todo cuanto la Tierra pueda darte en amarguras y en padecimientos, y no te entregues al suicidio, porque multiplicarías las propias desventuras. En el suicidio existe una especie de matemática siniestra que desdobra, descompone, multiplica inconmensurablemente, el sufrimiento que lo provoca, al punto de crear circunstancias tan problemáticas e insolubles, ¡que tanto puede repetirse en una como en otra existencia! Sufre pues, el dolor

de su amor traicionado, porque él no está perdido, sino, que se ha demorado el momento de poder disfrutar la felicidad de poseerlo definitivamente. Sufre la vergüenza, el abandono, el desprecio, el olvido, la soledad del corazón y el dolor de la traición, súfrelo todo, hijo mío, porque todo eso es remediable, porque para todo eso encontrarás solución en el amor a Dios y en la beneficencia a tus semejantes. La única cosa irremediable, es la materialización del suicidio. Mira en tu hermano Arturo, la confirmación de todo cuanto te he dicho. Ama con el amor divino, Alexis mío, y todos tus pesares serán consolados. Evita, ¡oh! Evita el suicidio porque sólo te podría abrir las puertas de la desesperación a través de siglos de lucha y expiaciones.

Entonces, junto a los seres queridos que lo alentaban, Alexis oró nuevamente. Oró deshecho en lágrimas, consternado, con el rostro cubierto entre las manos. Rogó a Dios que le diera fuerzas para resistir la terrible tentación, cuando tomase de nuevo el cuerpo material. Pidió fuerzas para socorrer a Andrea. Prometió amar y socorrer a Arturo, aunque ello le costase renuncias y sacrificios. Oró como saben orar los humildes de corazón, con sencillez y consciente de las propias debilidades; y en esa oración, elevada a lo infinito en las irradiaciones de un respetuoso amor al Todopoderoso, se sintió lleno de esperanzas para poder vencer y, por fin, murmuró:

-¡Ángel de misericordia, mensajero de Dios! ¡Ten compasión de mí; en nombre del Cristo, te lo suplico. Socórreme, guíame, sálvame!

CAPÍTULO XV

LA VICTORIA DEL OBSESOR

-“Nuestra misión es la de ponerte en el buen camino y cuando malas influencias obran en ti, es porque las atraes con el deseo del mal, porque los espíritus inferiores cooperan con el mal cuando se les permite. Sólo queriéndolo tú, pueden ayudarte en el mal.”

(“Libro de los Espíritus”, de Allan Kardec, Parte 2ª, Capítulo IX “Intervención de los espíritus en el mundo corporal” N° 466).

Georges, el criado de cuarto, corrió las cortinas de las viejas ventanas, estilo renacimiento, del cuarto del amo, dejando que entrasen libremente los rayos vivificadores del sol.

Alexis había despertado por completo y tiró del cordón de la campanilla, pendiente en la cabecera de la cama, llamando al sirviente. Una suave languidez lo invadía. Se esforzaba por recordar íntegramente el sueño que había tenido, pues se había visto en un lugar encantador, rodeado de seres amados que le habían hablado largamente. Pero no podía acordarse por completo de lo que había oído, y solamente recordaba que había visto a su padre y a su abuela, los cuales le habían

advertido enérgicamente, por motivos relacionados con su proyectado suicidio.

Ya no sentía en su interior deseo alguno de morir, pero se sentía débil, moralmente abatido, como si estuviera recuperándose de una grave enfermedad que en las vísperas lo atormentaban atrozmente.

-Os acostasteis vestido, señor. Ni siquiera las botas os habéis quitado. ¡Oh! ¡Soy un imbécil, me dejé adormecer sin esperaros! ¿Por qué no me despertasteis?

El criado se sentía avergonzado. No había visto llegar al amo y dejó de cumplir con sus obligaciones.

-Gracias, Georges, no fue necesario. Ya ves que dormí perfectamente, aunque con el saco y los zapatos puestos.

-¿Queréis cambiaros? ¿Queréis que os bañe?

-Ciertamente. Prepáralo todo a tu gusto. No quiero preocuparme con mi ropa. ¿Qué hora tenemos?

-Sonaron las once de la mañana, señor Conde d'Evreux, y de aquí a un momento, sonará la campalilla para anunciar el almuerzo... y las ceremonias serán iniciadas...

-Busca a Víctor, tengo necesidad de hablarle.

El criado salió a fin de cumplir la orden, pero volvió algunos minutos después, diciendo:

-El Vizconde y el señor, su padre, están encerrados en la biblioteca con el señor Conde de Villiers y los notarios. Parece que están tratando de las donaciones a "Mademoiselle" Andrea, por parte de su novio y de la dote que llevará...

Alexis pareció no oír, y continuó la conversación como si no la hubiese interrumpido:

-¡Nunca dormí tanto y tan bien! Con sueños iguales a los que esta noche concedieron mis santos protectores, gustaría dormir hasta por la tarde...

-A pesar de tan buenos sueños, hay sombras de tristeza en vuestros ojos... Y hablando de eso...

-Soñé que visité el cielo, Georges. ¡Ah! ¡Qué encanto! Daría mi propia felicidad si la poseyese, para poder vivir por siempre en aquel lugar. Nunca pensé que había un cielo tan bello como aquél. Aún siento los perfumes que embalsamaban el ambiente, la melodía que inundaba el lugar, y los tonos armoniosos que poseían las plantas...

-En el cielo, ¿hay música y plantas, señor mío? –interrogó el criado, burlonamente-. Señor, ¿llegasteis a verlo?

-Bien, callémonos. Guardaré sólo para mí ese sueño. Nadie me comprendería.

-Y hablando de eso...

-¿Parece que deseas hablarme de algo?

-Es que, señor Conde, ya por tres veces, desde las ocho horas, “Mademoiselle” Andrea mandó a Matilde a buscaros. Desea vuestra presencia urgente en su habitación.

¡Andrea! ¡Querida y pobre Andrea! –murmuró consigo mismo, como si aquel nombre acabase de llamarlo a las duras realidades de la vida-. ¿Qué desea, George? Matilde ¿no te lo dijo?

-Matilde apenas sabe que “Mademoiselle” se niega a recibir al novio y desea veros a vos. Despertó muy temprano y se muestra enteramente extraña en todo. Parece vivir solamente para vos...

-Ella me espera, bien lo sé, Dios mío –pensó-. Después, volviéndose hacia el criado dijo:

-Dame papel y tinta. Llevarás esta nota a Andrea por intermedio de Matilde.

Enseguida trazó estas líneas a su antigua prometida deseoso de contemporizar la situación, con el fin de poder hablar con Víctor, participándole el intento de su hermana:

–“Descansa, Andrea querida, te amo como siempre. Espérame con calma, que ya te atenderé. Suaviza tus pensamientos y tus ideas. ¡Piensa en Dios! Espérame en tu gabinete. Dentro de pocos minutos, estaré ahí.”

Entregó la nota a Georges y salió en busca del primo. No los encontró a ninguno de los dos. Ambos continuaban en reunión con Villiers y los notarios. Entonces se dirigió a los apartamentos de la condesa Francisca María, deseando hacerla partícipe de la grave resolución tomada por Andrea. Pero la Condesa se preparaba para asistir al almuerzo que sería ceremonioso, por lo cual, no lo pudo atender. Le escribió una nota rogando solicitar la presencia de Víctor, con urgencia, en los aposentos de Andrea. La Condesa le respondió que se dirigiese al mayordomo, y que no la importunase más.

Humillado por aquella madre que nunca se había interesado por el bien de la hija, se dirigió, en efecto a Jacques Blondet y le encargó que buscará a Víctor por causa de una necesidad apremiante. Pero Víctor y el Conde resolvían, ahora, las formalidades del casamiento con Villiers y el cura de la aldea, y Alexis debería esperar todavía algunos minutos.

Entonces, procuró dejar con el mayordomo un recado, pidiendo a Víctor que se reuniera con él en la sala de Andrea, pues necesitaba hablarle de un asunto delicado y grave.

Pero ni siquiera pudo concluir el recado para el primo, pues Andrea se aproximaba al grupo formado por él y por Jacques, excesivamente nerviosa, demostrando síntomas de alucinaciones. La tomó del brazo con fuerza y lo arrastró hacia la escalera que conducía al parque. A toda costa, Alexis la detiene y consigue que se siente en un banco de mármol, no distante del portón principal. Andrea estaba vestida para el almuerzo del noviazgo, y su belleza parecía inmaterial, capaz de encantar a quien la viese. Jacques no pierde de vista la pareja que se refugió en el parque para conversar, extrañado que sucediera tal cosa, pues Andrea ya no se casaría con Alexis, y su verdadero novio no tardaría en aparecer, reclamando su presencia.

Mientras tanto, Alexis inicia la tentativa para disuadirla del suicidio. Le habla con elocuencia aleccionándola para que cumpla con su deber, recordándole el hijo que lleva consigo, aludiendo a Dios y a sus leyes, y al crimen que cometería ante el Cielo, la familia, la sociedad, el padre de su hija y ante sí misma. Le habla de Villiers, el cual, finalmente, es un hidalgo merecedor de acatamientos, y de la felicidad que ciertamente, puede darle, toda vez que la ama. Le cuenta, en frases emocionadas, el sueño que había tenido aquella noche: la presencia de su madre, de su padre, de su abuela, y le dice que las impresiones que tuvo al despertar, las cuales le aconsejan que se detuviera ante el suicidio y lo mismo debía hacer con ella. Le recuerda al infeliz Arturo, que quedaría desamparado, si los dos desaparecieran por causa del suicidio. Le habla de los deberes para con Dios, con sus padres, y con el hijo inocente que está generando. Le promete eterna fidelidad ante Dios y siempre su más caro ideal no realizado hasta aquella fecha debido al compromiso asumido para con sus tíos, con el fin de desposarla. Y termina con esta categórica afirmación:

¡No, Andrea, yo no quiero morir, no quiero, no puedo matarme! Y no consentiré que lo hagas. Vamos a subir a casa. Nuestra familia nos espera para el almuerzo en tu honor. ¡Vamos al encuentro de la felicidad, no de la muerte!

Indignada por todo lo que acaba de oír, se aparta de él prohibiéndole que la toque. Le echa en cara su cobardía al retirar la palabra que le había dado en la víspera de acompañarla en lo planeado. Lo insulta, y le dice que jamás lo había amado, pues no le perdona el haberse ausentado por causa de sus estudios, y ahora se negaba a unirse a ella en la muerte. Estaba desesperada e inconsolable, con la boca espumante, la fisonomía alterada, y, súbitamente, lanzó la mirada hacia la escalera lateral del palacio por donde vio dos personas descender apresuradamente. Eran Víctor y su padre, el Conde José que advertidos por Jacques de que algo muy grave pasaba con Andrea querían encontrarla, para evitar de cualquier forma, cualquier tipo de peligro que la acechase. Andrea los ve, y corre en dirección al portal que está abierto y que conduce hacia las riberas del mar. Alexis, con un gesto rápido, previniendo su intención, se dirige apresuradamente hacia ella, intentando tomarla por la fuerza. Andrea se escapa de sus manos, y sale corriendo vertiginosa por el camino, en dirección al mar, tal como lo previera Alexis. Estaba enteramente dominada por el obsesor. Ni siquiera podía reflexionar libremente sobre lo que hacía. Aunque tenía noción de todo, sin embargo, no podía sobreponerse. En realidad, ni escuchaba, ni reflexionaba. Tampoco comprendía lo que estaba pasando. Sus percepciones, sentimientos y raciocinio, eran casi nulos debido al hipnotismo ejercido por el enemigo, que quiere arrojarla por el abismo, tal como antes ella había hecho despeñarse hacia la muerte, a aquel apasionado Enrique Numiers, hijo querido del obsesor, y ahora revivido en Arturo, que allá estaba postrado en un lecho de dolores. Se siente impulsada hacia un final tenebroso, pero no consigue retroceder. Era tarde para huir. Podía haber evitado ese trágico destino, si se hubiese entregado al Bien y al amor de Dios, como así también a los

consejos y ejemplos de su hermano, que deseó encaminarla hacia una vida digna y feliz. Para cumplir con la ley de Dios, no hay ninguna necesidad de suicidarse para expiar el crimen cometido contra Enrique, porque el trabajo, el arrepentimiento y el amor, aliado a la práctica del bien, redimen igualmente al pecador. Pero nada quiso oír, y se entregó al enemigo invisible sin ofrecerle obstáculo alguno. Ahora era tarde para reaccionar. Sus lindos vestidos de muselina blanca revoloteaban al viento mientras corría, como si fuese una figura de leyenda, que huía de la persecución de los mortales. Sus zapatitos de satén no impedían la carrera desenfrenada, y sus rubios cabellos revoloteaban a la luz del Sol. Detrás suyo, corrían para darle alcance, al intuir la desgracia inminente Alexis, Víctor y su padre, que viejo y cansado, sólo con gran dificultad, consiguió correr.

Súbitamente, ven que las riberas del océano están a la vista de Andrea, que no para de correr. Los vientos marítimos de aquella Bretaña agreste, que tantos dramas presenciara entre los hombres, le castigan el rostro, mientras respira agitadamente. Los rugidos de las olas desesperan el corazón de los tres varones que van a su alcance, y que hace todo lo posible para alcanzar a la enloquecida joven. Cuanto más querían alcanzarla, más imposible se les hacía, puesto que Andrea casi electrizada por el obsesor, por momentos parecía levitarse, apenas apoyaba los pies sobre la tierra. Cuando todo parecía indicar que la alcanzaban, es cuando se oye un grito horrible de angustia y de desesperación; Andrea se precipita en el abismo desapareciendo bajo las aguas. Entonces, Alexis gritó:

-¡Andrea!

Víctor, desesperado e inconsolable, gritó también:

-¡Andrea!

Casi al unísono grita el padre el nombre de su hija, pues no obstante venir rezagado, la vio caer al vacío.

A pesar del momento crucial que estaban viviendo, los tres escucharon alarmantes la carcajada siniestra del odioso obsesor.

Cuando llegan a la orilla del abismo, y miran hacia abajo, no divisan nada. Ya no había posibilidades de salvación. Sólo se escuchaban las olas bravías y rumorosas, chocar contra las rocas. Alexis no resistió más, cayó desfallecido de dolor sobre la hierba húmeda, mientras que Víctor, mirando el insondable abismo, lloraba convulsivamente.

CAPÍTULO XVI

UNA PÁGINA DE MÁS ALLÁ DEL TÚMULO

-“El hombre nunca tiene derecho a disponer de su propia vida, porque sólo pertenece a Dios sacarle del cautiverio terrestre cuando lo juzgue apropiado. Sin embargo, la justicia divina puede calmar sus rigores a favor de las circunstancias, pero reserva toda la severidad para aquel que ha querido sustraerse a las pruebas de la vida. El suicida es como el preso que se evade de la cárcel antes de cumplir la condena, a quien, cuando se vuelve a prender, se lo pena con más severidad. Lo mismo sucede con el suicida, que cree escapar de las miserias presentes y se sumerge en desgracias mayores.”

(“El evangelio según el Espiritismo” de Allan Kardec, Capítulo XXVIII.”Colección de Oraciones Espiritistas”, Nº 71)

Es muy propio del obsesor refugiarse lejos del lugar de sus fechorías, después de los desastres que provoca a su adversario; tal como la criatura que comete una diablura y se esconde temerosa de las consecuencias. Siendo un cobarde, actúa oculta y sutilmente, prevaleciendo sobre las debilidades y posibilidades que su víctima ofrece, valiéndose muchas veces de una inadvertencia, encubierto por la invisibilidad de su estado inmaterial para cometer los más torpes crímenes contra el prójimo. Al obsesor, no obstante, frecuentemente le causa pavor el mal que hace, y pasa a temer, en consecuencia, las consecuencias que provoca. Paradójicamente, muchos de ellos, presentan síntomas de iniciar su propia regeneración después que han consumado el crimen, llenándose de remordimientos y comenzando una fase de sufrimientos morales indecibles, hasta poder reencarnar nuevamente, lo que representa el alivio supremo, gracias a la tregua del olvido. Sin embargo muy a pesar suyo, de ahí se inicia también el programa dramático de la expiación. Otros quieren estar a solas, escondidos, como si temiesen represalias, y se refugian en las montañas, en cavernas solitarias, en locales agrestes y hasta en las iglesias, en donde suponen obtener defensa y protección contra todo aquello que suponen pueda sobrevenirles. Pero la soledad prolongada los llena de temores, los enerva y acaban incorporándose a la sociedad a que pertenecen, esto es, las corrientes obsesoras que infestan la tierra y que viven en las bajas regiones de lo invisible. Hay casos que según sea el crimen realizado por el obsesor, no será aceptado como integrante de un grupo compuesto de entidades, que son menos perversas. Otras se aterroriza, pues sabe que tarde o temprano será esclavizado a ciertas falanges malignas, que le exigirán obediencia ciega y la realización de actos despreciables. Por eso, el obsesor, antes que nada, es un espíritu sufridor que carece del amparo de nuestras oraciones, pues si cayó a tal punto, fue porque la rebeldía lo impulsó a odiar, y por lo tanto se vengó contra las ofensas recibidas. Las luchas pues, en el Más Allá, son más virulentas que en la tierra, pues en allí

también existen la traición, el ardid pecaminoso, la delación, el asalto, la hipocresía, la intriga y la infamia; en fin, las torpezas cometidas por los hombres en la Tierra, comparándolas, son un pálido reflejo.

Ahora, habiendo tirado a su víctima al abismo, el obsesor Arnoldo Numiers, no la vio más. Su idea fija, sin embargo, era apoderarse de Andrea, y cumplir con la venganza implacable, torturándola con suplicios comunes en las regiones de las tinieblas, que él muy bien conocía. Pero no la vio más. Ni siquiera su cuerpo abatido por las olas pudo ver. Inquieto, se retiró intentando visitar a Arturo a quien amaba y de quien sabía ser la reencarnación de su siempre amado hijo adoptivo del siglo XVI—Luis de Narbonne- y de su no menos amado hijo legítimo—Enrique Numiers, del siglo XVII.

La presencia de un obsesor en un recinto doméstico, afecta la vida de sus moradores aunque él no lo desee. Sus vibraciones son bajas y dañinas debido a la inferioridad de sus sentimientos; sus pensamientos, contaminados por falta de amor, actúan como influencia cáustica sobre las vibraciones de los moradores y de ahí los males observados que pueden causar grandes disturbios, desavenencia entre los familiares, angustia y depresión nerviosa, enfermedades graves, el crimen y el suicidio.

Visitando pues a Arturo, lo encontró trastornado, casi rayando en la locura, estado este que se venía manifestando desde la víspera, cuando comenzó con los disturbios nerviosos pronunciados. Arturo que oyó la infausta noticia propagada en todo el palacio, ahora la llamaba a gritos, a la vez que intentaba levantarse del lecho para alcanzar la silla de ruedas. Los familiares aturdidos por el dolor de la catástrofe, lo habían olvidado, padeciendo sobre el lecho. Por lo tanto, gritó, clamó, blasfemó, imploró la compasión de Dios y de los hombres. Estando solo, le sobrevinieron las terribles convulsiones epilépticas, agravadas por la presencia de aquella entidad inferior que en realidad lo amaba, pero que no poseía condiciones morales para poder socorrer a nadie.

Finalmente se quedó dormido, postrado como un muerto. Viendo todo el mal que la muerte de Andrea había causado al hijo querido, Arnaldo Numiers se apartó, contrahecho, y dejando el palacio. Entonces se dirigió a la vieja región flamenca, donde había sido dueño de la próspera quinta y en cuyo lugar había sido feliz con su mujer y su hijo. Bien transformada encontró aquella heredad que tan próspera fuera en el siglo XVII. Se quedó en la tierra que ahora fuera suya, apegado al pasado, pero que ahora pertenecía a otro, entonces comenzó a vagar por las iglesias en donde antes rezaba devotamente, temiendo que grupos de obsesores lo descubriesen y lo sometieran; visitando el castillo de los señores de Stainnesbourg, de quien fuera arrendatario, se arrodilló bañado en lágrimas, en el lugar donde había encontrado el cuerpo dilacerado de su hijo, que se matara por el amor de una mujer, despeñándose desde una montaña de granito. - ¡Oh! Aquella misma mujer que él acababa de precipitar en otro abismo, la que ahora había vivido con el nombre de Andrea.

Era un sufridor inconsolable, un desgraciado rebelde, a quien el odio había perdido.

Realmente, Arnaldo Numiers no era propiamente malo. Había sido un hombre honesto, amigo de la familia, trabajador, servicial, cumplidor de sus propios deberes a pesar de su carácter enérgico y orgulloso, pero perdidamente apasionado por su hijo. Odiaba a su esposa, después de haberla amado como una hija y haber confiado en ella, pero su traición y adulterio llevaron a s hijo al suicidio. A nadie más pues, sería capaz de odiar, de traicionar y de hacer mal. Por eso la misericordia de Dios, pronto lo ayudo. Dejémoslo, refugiado en su antigua aldea natal, sufriendo atrozmente, y volvamos a Saint-Omer, a fin de enterarnos de lo que allí estaba sucediendo.

*

Como era natural, toda la aldea de Saint-Omer, y también la de Saint-Patrice propiedad de Marcus de Villiers, habían sufrido el impacto del suicidio de Andrea. El escándalo fue grande y mil versiones habían sido levantadas para explicar el gesto de la joven que en vísperas de su casamiento, se había lanzado voluntariamente al mar. Mientras se contaba lo ocurrido, los aldeanos y campesinos contratados por Marcus y por el señor Guzmán, se pusieron en acción para encontrar el cuerpo de "Mademoiselle", en la misma tarde del día fatídico. Pero todo fue en vano. Barcos, sondas, rastreos, todo fue puesto en acción por aquellos y por los técnicos del mar, que desde lejos, habían sido llamados para la ingrata tarea. El lugar era difícil, con muchas piedras, de aguas agitadas, haciendo penoso el trabajo de los esforzados buscadores. Algunos pocos días después, se vio el frágil cuerpo de aquella que fuera la hermosa Andrea, descompuesto entre las piedras del litoral.

Los funerales fueron realizados en el mausoleo de los Guzmán d'Albret, con simplicidad y muchas lágrimas.

Pero Andrea de Guzmán no había muerto, porque el alma es eterna y sobrevive al despedazamiento del cuerpo material. Si su envoltorio físico había sido dilacerado, mutilado, aniquilado por las fuerzas de las aguas contra las piedras, precisamente el día en que fue sepultado, su espíritu comenzó a volver en sí.

Al despeñarse en el abismo, impulsada por su obsesor, tomó conciencia de sí misma y, en un instante supremo, pudo entrever lo que acontecía. De inmediato se vio dolorosamente golpeada por las aguas, y la alcanzó un colapso, entorpeciendo sus facultades de raciocinio. Se sintió desfallecer, duramente traumatizada, permaneció en estado de shock como si el coma de la agonía impidiese sus sensibilidades. Permaneció así largo tiempo, sin poder distinguir si pasaban las horas, minutos o siglos. Poco a poco, no obstante, comenzó a entrever vagamente que una gran desgracia la había alcanzado; la oprimían angustias morales; el miedo y el horror, afligían su corazón. Pero no

podía reflexionar sobre qué desgracia le sucedía, y por qué tanta desesperación la disgustaba. Sentía dolores atroces, que se esparcía ahora por su cuerpo, como si sus huesos estuvieran fracturados y sus carnes dilaceradas. Se sentía envuelta por las aguas, ahogándose, asfixiada, y se debatía, pero no era capaz de abrir los ojos para reconocer en qué lugar se encontraba. Una noche oscura la rodeaba, y el horror, el miedo de aquella terrible soledad, comenzaron a excitarla. No obstante, como en una pesadilla, veía la inmensidad de las aguas, oía el rugido del mar, sentía que las olas castigan su cuerpo, pero no comprendía por qué veía y sentía todo eso, y sentía mucho miedo ante aquel estado en que se sumergía su razón. Poco a poco, se dibujó en sus recuerdos, su hogar y su corazón de criatura. Volvió a ver a su padre, siempre preocupado por mil asuntos, sin prestar jamás atención a su hija, solo para censurarla. No siendo, se vio viviendo nuevamente desde pequeña el abandono en que la dejara su madre, entregándola desde tierna edad a las amas preceptoras mercenarias, que la criaron dejándola sufrir la nostalgia de las caricias maternas que no llenaran su corazón de criatura; volvió a ver su deficiente aprendizaje escolar, los profesores exigentes, sus dificultades en asimilar las lecciones, atormentada siempre por aquella presencia enemiga, y los castigos recibidos por las bajas notas obtenidas en los exámenes. Después, la frescura del amor tan santo de Alexis y de Arturo, que la querían con devoción religiosa; Víctor, el hermano tierno y generoso, el padre que en verdad ella conocía, que había hecho lo posible intentando aliviar sus sufrimientos, pero con quien poco pudiera convivir, toda vez que él se había ausentado hacía el Oriente, cuando aun no podía percibir las cosas de la vida. ¡Qué remordimiento ahora, por no haberse esforzándose en atenderlo, y prestar obediencia a su consejos! Y Marcus , y el drama de su pecado, la traición a Alexis, la deshonra, la vergüenza, el hijo que traía en sí, la propia vida por siempre desgraciada; a todo eso, se sumaba el hecho de haberse ahogado. Sentía a su alrededor, como si flotara en el aire, o como dentro de su ser, pero en verdad, perecía con más exactitud en lo recóndito de su conciencia, como si fuera un llanto quejumbroso de criatura recién

nacida. Creía tener la criatura a su lado, ahogándose con ella. Una ternura infinita la llevaba a compadecerse de esa frágil criatura, que padecía tanto con ella y entonces se debatía intentando salvarla; pero si se dirigía a la derecha, los tristes lamentos se repetían por la izquierda; si se dirigía a la izquierda, surgían por otro lado. Entonces, extendía los brazos en el auge de la aflicción; reconociendo que aquel llanto era el de la criatura que portaba en su seno, de su hijo, del hijo de Marcus de Villiers y entonces gritaba, desesperadamente:

-¡Mi hijo! ¡Es mi hijo, que se ahoga!

-¡Socorro, socorro para mi hijo!

-¡Marcus, por piedad, salva a mi hijo, salva a nuestro hijo!

Era una pesadilla que pasaba por su mente, con los menores y aflictivos detalles, una rebeldía para con ella misma; era un panorama siniestro que no encubría la menor particularidad ocurrida en su vida; pesadilla que tenía por término la caída en el abismo, con la carcajada del enemigo atroz, que la acompañaba siempre.

Vio después, como entre nubes negras que turbaban su raciocinio, que era sacada de las aguas. Volvió al palacio sin saber cómo, y siempre por entre brumas negras, impedida por un entorpecimiento, que la transformaba en una autómatas. Volvió a ver el hogar paterno, el cual abandonó para seguir a su irresistible enemigo, que la llevó hasta las orillas del mar; notó que Arturo se encontraba enfermo, entre la vida y la muerte, víctima de un choque nervioso que amenazaba con enloquecerlo. Vio luto, llanto, dolores, sin comprender por qué sucedía todo eso. Su madre enferma, guardando cama; Víctor, disgustadísimo, yendo y viniendo para atender a uno y a otro; los visitantes consternados, algunos bañados en lágrimas y desesperados; Alexis enfermo, solitario y recluso en su habitación. Todo eso, parecía un sueño indescifrable y angustioso del que desearía libertarse, pero no tenía fuerzas ni voluntad. Era un ser traumatizado, aniquilado, cuyas

vibraciones dilaceradas por el suicidio, necesitaría todavía mucho tiempo para reorganizarse. Y así, como soñando una pesadilla, indagaba de uno y de otro lado, balbuceando y arrastrándose, en un esfuerzo mental atormentado, pero sin obtener respuesta alguna:

-¿Qué sucedió aquí? ¿Por qué hay luto, lloros, desesperación?

Nuevamente el océano la atraía, y volvió apartarse del hogar. Otra vez las impresiones de las olas envolviéndola, arrastrándola; la asfixia que la desesperaba sin matarla; los huesos quebrados, los tristes lamentos del pobre recién nacido, los peces feroces mutilando su bello cuerpo, el horror de la agonía sin fin, perpetuando, en su mente desequilibrada por el trauma del periespíritu, las dolorosas sensaciones sufridas en el descender de su tormentoso drama. Unida al cuerpo por lazos vitales y magnéticos, que demoraban en romperse por causa del suicidio, su mente espiritual captó y registró en su cuerpo periespiritual, todos los embates sufridos por la muerte del cuerpo físico. No tenía serenidad, ni fuerza mental para razonar y comprender lo que estaba sucediendo. Si estaba en el mar, era transportada de aquí para allá por las fuertes olas también caminaba por el hogar, intentando hablar a unos y a otros, pero siempre rodeada por sombras y nubes espesas, que la cegaban. Cierta vez se vio sin saber cómo en Saint-Patrice. Allí estaba Marcus llorando a solas en su cuarto y muy admirada, escuchó que murmuraba:

-¡Dios mío perdóname, fui un infame! ¡Desgracié la vida de una criatura inocente! ¡Prefirió morir antes que unirse a mí y ser la madre de mi hijo! ¡Perdóname Padre mío!

Y así padeció Andrea de Guzmán durante mucho tiempo, vencida por el entorpecimiento del choque periespiritual, debatiéndose en una gran confusión, sufriendo, pero sin poder reconocer su verdadero estado espiritual. Como en la vida carnal no se había dedicado a orar a Dios, elevación mental que favorece la iluminación interior del alma, tampoco supo ahora orar y procurar a Dios suplicándole ayuda por su

deplorable estado, como desencarnada. Mientras tanto, gran beneficio comenzó a recibir por su desgraciada situación: su obsesor se había retirado una vez consumado el delito. Ella no había sido absorbida por las corrientes malévolas de espíritus turbulentos, que esclavizan a quienes se dejan vencer por sus instintos y malevolencia, durante su vida material. Había, en su caso, un gran atenuante: había sido arrastrada al suicidio por un obsesor, que la dominó totalmente. Por sí sola, no habría tenido el valor suficiente para hacerlo a pesar de lo mucho que sufría. Sin embargo tenía un agravante; Andrea iba a ser madre. Aún así, era mayor la responsabilidad del obsesor, el cual había cometido dos crímenes. Las oraciones de Víctor y de Alexis, sustentaban a Andrea y a su vez cooperaban otras almas, cuya misión era proteger a los errados para que no fueran atrapados por los obsesores y espíritus entregados al mal. Sus amigos espirituales, estaban vigilantes, en espera de su mejoría espiritual para ayudarla mejor. Ella sufría el trauma inevitable que acompaña al desprendimiento del espíritu, por la violencia del suicidio.

Así es el suicidio, aunque atenuado por la acción directa del obsesor. Y tal como es tenemos que aceptarlo... o evitarlo para que no suframos sus amargas consecuencias.

CAPÍTULO XVII

LA ACCIÓN BENÉFICA DE LA ORACIÓN

-“La oración es solicitada por los espíritus que sufren; ella les es útil, porque viendo que uno se acuerda de ellos, se siente menos abandonados y son menos desgraciados. Además, la oración tiene sobre ellos una acción más directa; aumenta su ánimo, le excita el deseo de elevarse, arrepentirse y comenzar la reparación, pudiendo desviarlos del pensamiento del mal; en este sentido es como pueden aligerarse y aun abreviarse sus sufrimientos.”

(“El evangelio según el Espiritismo” de Allan Kardec, Cap. XXVII “Pedid y se os dará, N° 18).

En un corto plazo, se habían operado muchas transformaciones en el modo de existir de nuestros personajes. Marcus de Villiers, disgustado por los acontecimientos que lo habían herido profundamente, cerró su bello castillo de Saint-Patrice y dio órdenes al intendente para arrendarlo o venderlo, y partió hacia París. Organizó negocios, distribuyó buenas dádivas a las instituciones de beneficencia, reservando

lo que había dedicado como donación a Andrea, en dinero, para los necesitados de Saint-Patrice y de Saint-Omer y para las escuelas de la región, en memoria de la querida novia que nunca lo amó, pero que llevada por singulares influencias exteriores, se había divertido a costa suya para después matarse, huyendo de la vida conyugal. Ese dolor, lo llevaría Marcus para siempre, aunque tuviera posibilidad de constituir una familia allá en América, hacia donde emigró, sin deseos de regresar más a Francia. Se constituyó en un gran hacendado en el estado de Louisiana, viviendo modestamente, dedicado al trabajo y al bien en general. Además fue un buen marido, excelente padre y creyente devoto de la secta presbiteriana de la Reforma protestante. La amarga lección del drama vivido, lo reconcilió con Dios para siempre, haciendo de él un hombre lleno de fe, amigo del bien y del prójimo. Todas las tardes, al caer del crepúsculo, se aislaba entre los árboles de su parque; evocando a la bella Andrea de los cabellos rubio y hacía esta sencilla oración que brotaba de su corazón:

-¡Dios del cielo! ¡Sé misericordioso con mi pobre Andrea! ¡Y perdona, Señor mi pecado!

Ese pecado, lo rescató durante el resto de su larga vida, dedicándose al trabajo y a socorrer los infortunios ajenos. Ayudó a muchos afligidos, calmó muchos dolores, solucionó graves y amargos problemas de quienes lo buscaban llenos de desesperación. Conocía los Evangelios, como protestante que se había hecho y por eso sabía que “la caridad cubre gran multitud de pecados”. En existencias futuras, por tanto, encontraría ciertamente a Andrea de Guzmán, a quien debía una reparación. ¿Qué reparación sería esa? Sólo Dios lo sabe. Pero su ley dispone que el amor y el trabajo también rediman faltas, y no solamente la expiación; y que el pecador pueda reparar errores cometidos contra una persona, sirviendo a otra. De cualquier modo, Andrea y Marcus no estaban separados para siempre. Ellos se reencontrarían en encarnaciones futuras, porque el sentimiento del amor espiritual, los

unía definitivamente ante Dios. Y una vez casado, en América, la primera hija de Marcus recibió el nombre de Andrea.

La familia de Guzmán, sufrió igualmente grandes transformaciones.

La Condesa Francisca María, corroída por los remordimientos, por el abandono a que siempre relegó a su hija, sin haberla educado en los principios de la moral, el amor y el respeto a Dios, dejándola en manos de la servidumbre y de las interesadas institutrices, enfermó gravemente, por el imprevisto desenlace. Por muchos días, sufrió y deliró, temiendo la familia que sucediera lo peor. Pero se restableció, aunque deficientemente, pues una gran tristeza e inconsolable pesar, la invadía por sentirse culpable del destino de su hija, agotándola poco a poco. Durante el exilio impuesto por la Revolución, el Conde José Hugo y su esposa, se habían aclimatado muy bien a España, por lo cual resolvieron retornar a España para siempre, pues Francia, la Bretaña, y Saint-Omer principalmente, ya no les ofrecían condiciones para continuar siendo felices. Oír, durante el día y la noche, aquel rugido del océano, sus aguas arremetiendo contra las rocas, como una evocación permanente del drama que los torturaba. Por la tanto, el Conde y su esposa buscaron, confortamiento en la religión, para aquel dolor que los oprimía; arreglaron las maletas, cerraron el castillo y lo entregaron al administrador, llevándose consigo al fiel Jacques Blondet, a quien estimaban mucho. Más tarde, a la muerte de ambos y en vista de la renuncia de Víctor, la propiedad pasó a herederos que residían fuera de la Bretaña y muy raramente la visitaban.

Alexis y Arturo, siguieron en compañía de los tíos y fijaron su residencia en España, pasando a vivir en un convento de franciscano.

Alexis protegió cariñosamente a su gemelo, tal como le había sido recomendado en aquella noche inolvidable, en la que convivió con sus protectores espirituales a través de un sueño salvador. Arturo, que no

estimaba debidamente al hermano antes de la muerte de Andrea, se reconcilió definitivamente con él y ahora lo amaba tanto, que nunca más intentó dejarlo. Se convirtió a la fe cristiana, puesto que era adverso a las cosas de Dios. Su mayor confortamiento era meditar sobre los Evangelios y los primeros mártires cristianos. Jamás hablaba de Andrea, pero la seguía amando y nunca dejó de dirigir una oración a Dios en su beneficio.

Tres años después de haber ingresado en el convento, Alexis, que antes del retorno a Francia pretendiera alcanzar el sacerdocio, recibió órdenes menores, convirtiéndose en hermano de la Orden de San Francisco de Asís. Siguió los pasos del apóstol del Cristianismo, e imitó sus ejemplos tanto como le fue posible, no midiendo sacrificios para hacer bien al prójimo. Se dio totalmente a las obras de beneficencia al igual que su hermano. Su vida, a partir del suicidio de Andrea, fue total entrega por la fe en Dios, lleno de amor, humildad, caridad, y consagrado totalmente al bien. Alexis que desde el siglo XVI, en cuya encarnación fue el príncipe Federico de G... venía siendo un alma buena y noble. Alcanzando en su existencia del siglo XIX, cierta madurez espiritual, al partir al Más Allá, en avanzada edad, oyó la dulce voz de lo Alto, susurrar a sus oídos en la hora suprema de expirar:

-“Pasas a la derecha, bendito de mi Padre, porque tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me cubristeis el cuerpo; estaba enfermo y encarcelado, y me fuisteis a ver; pues en verdad os digo que, toda vez que hicisteis eso a cualquiera de mis pequeños hermanos, a mí me lo estabais haciendo”.¹⁹

Arturo, que había reencarnado para cumplir con el tiempo que le faltaba vivir en la existencia anterior, cuando cortó el hilo de la vida, suicidándose, desencarnó a los veinticinco años de edad, en plena juventud, por tanto, poco después de haberse ordenado su hermano en el

¹⁹ “Mateo. Capítulo XXV. Versículos 34-40.

sacerdocio. Víctor, que había sido baluarte moral de la familia y que consiguió hacerlos verdaderos y sinceros creyentes en Dios, una vez que los padres desencarnaron, retorno al Oriente para estudiar y averiguar los orígenes del Cristianismo, e instruirse en las grandes doctrinas esotéricas, cuya cuna eran la India y Egipto. Nunca más volvió a Occidente. En esas tierras sirvió a Dios y se dedicó con amor, en la ayuda al prójimo, a quien protegió con abnegación. Llevó una vida humilde, pero fértil en acciones de bien, como lo había sido la vida de los primeros cristianos y como fuera su viejo hábito desde los días trágicos del siglo XVI, cuando había caído masacrado por amor al Evangelio del Cristo, al lado de sus padres y hermanos de entonces.

El suicidio de Andrea, sin embargo, tuvo la virtud de reencaminar definitivamente a todos los miembros de la familia hacia Dios.

*

Un día, aún antes de la muerte de Arturo, Alexis se arrodilló ante el altar, pidiendo a Dios por la ventura de su hermano y de Andrea. Hacía pocos meses que se había convertido en religioso. Arrodillado, con las manos unidas descansando sobre el blanco lino del altar, se concentraba al máximo posible, orando por la salvación de Andrea por causa de los suplicios ocasionados por el suicidio. Lloraba, y su pensamiento firme y sincero, subía en haces luminosos procurando el seno divino, en votos ardientes, por la novia tan querida y tan infeliz; y de su corazón irradiaban luces que lo envolvían totalmente.

A su vez, Andrea continuaba en Saint-Omer, sufriendo la presencia de las escenas en las que tanto había padecido. Se veía sola en el inmenso palacio deshabitado, yendo de sala en sala en busca de alguien, o vagando por el parque, como antes fuera su temerario placer, durante noches consecutivas. Volvía a ver los canteros predilectos y los actos entonces realizados. Regresaba a los canteros de rosas, lugar de su

encuentro pecaminoso con Villiers, y las escenas de entonces tomaban cuerpo ante su visión, como si estuvieran plasmadas en las vibraciones del ambiente. Entonces, huía despavorida y sollozante, lanzando gritos lastimeros, cubriéndose el rostro con las manos y procurando esconderse en otra parte, trémula de arrepentimiento, de vergüenza y de pavor. Otras veces, vagaba por las riberas del mar, como lo hacía en otras épocas en sus paseos solitarios, pero inmediatamente se sentía envuelta por las olas bravías que parecían querer destruir las rocas. Entonces, su mente revivía con horror los tormentos experimentados, al igual que el tiempo transcurrido durante los primeros días después del suicidio, cuando hilos poderosos la prendían todavía el cuerpo sacrificado indebidamente. Recordaba que debía ser madre y un terror indescriptible se apoderaba de todo su ser, como si le dijera que un día daría cuentas a Dios, del principio de vida que germinaba en su seno, procurando equilibrarse en la plenitud de la existencia y al cual dejó que se ahogara irremediablemente sin conseguir salvarlo de la atrocidad de las olas, a pesar de que ahora se sentía arrepentida. Recordaba a Marcus y tan aislada y desgraciada se sentía, que deploraba no haberlo recibido por esposo, como era su deber, pues ahora reconocía que lo amaba y le hubiera dado paz y tranquilidad, en un hogar legítimamente constituido. Y de lejos, lo veía sin saber cómo, pensativo y lloroso, rogando a Dios por ella. Entonces, lloraba y gritaba a un mismo tiempo, desolada e inconsolable, entreviendo la verdad de su incomprensible estado, suplicando perdón al todopoderoso, y quién pudiera oír sus gritos de angustia y de desolación, los confundiría con los rugidos del océano.

Pero un día, cuando se sentía abatida por las olas, llena de incertidumbre y de remordimientos, oyó por primera vez una voz cariñosa, muy conocida, que le decía:

-Andrea, querida mía, piensa en Dios, ruega por Su Ayuda. ¡Él te socorrerá!

Quedó atónita y se puso a buscar el lugar de dónde partía aquel murmullo. Era la voz de Alexis y ella la reconoció. Unos instantes más, y oyó nuevamente:

-¡Andrea, querida mía, piensa en Dios. Él te ayudará!

Entonces, distinguió muy a lo lejos, en el extremo de un camino luminoso, un altar de blancura impecable y un religioso arrodillado, orando, con sus manos suplicando en dirección a lo Alto. Poco a poco, percibió que el lindo cuadro, fascinante de claridad, se aproximaba a ella. Pero en verdad, era ella que se sentía atraída hacia aquel magnífico lugar en donde se efectuaba la hermosa evocación. Temerosa, medio atontada, como todo suicida se conserva más allá del túmulo, todavía bajo la acción de la pesadilla que comenzaba a disiparse, siguió, siguió... y alcanzó la tierra de España. Y en un momento dado, reconoció a Alexis, vistiendo el burdo sayal de franciscano. Entonces, comprendió que oraba por ella, en frente de un altar; vio a Arturo en su silla de ruedas, con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre los Evangelios puestos en sus rodillas. Aquellos dos corazones, que tanto la había amando desde los siglos pasados, lloraban y oraban por ella. A través de sus pensamientos, Andrea vio y comprendió el drama atroz que ella misma había originado. La escena del suicidio se le presentó como si fuese el escenario de un teatro. Entonces, lanzó un grito terrible, igual al que profirió cuando se arrojó al abismo; cayó de rodillas, y una especie de desmayo la postró al lado de los gemelos, que continuaban orando. Sin embargo presentían que algo muy especial estaba pasando a su alrededor.

Louise de Guzmán, el espíritu protector de la familia, y algunos de aquellos antiguos Brethencourt de La-Chapelle del siglo XVI, que pertenecían todavía desencarnados, descendieron para ayudar al pobre espíritu, agotado por tantos sufrimientos. De inmediato, lo condujeron hacia una tranquila región del Espacio, rodeándola de amor y de cuidados y en donde finalmente, Andrea se adormeció en brazos

YVONNE PEREIRA

maternales, amparada por amigos fieles, mientras Alexis y Arturo oraban diariamente oraciones en su beneficio.

EPÍLOGO

LA DESPEDIDA

-“Soy el gran médico de las almas, y vengo a traerlos los remedios que deben curarlas. Los débiles, los que sufren, y los enfermos, son mis hijos predilectos y vengo a salvarles. Venid, pues, a mí todos los que sufrís y estáis cargados y seréis aliviados y consolados”.

(“El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec, Cap. VI, “El Cristo consolador”. N°7)

Andrea, fue reeducada en el Espacio por sus Guías Espirituales y demás amigos, que la amaban y que cariñosamente le enseñaban. La educación y la instrucción que no había recibido de los padres terrenales, la obtuvo de los mentores espirituales. Sus errores habían sido graves. Pero había sufrido también mucho, desde épocas pasadas, y ahora se preparaba para volver a la Tierra, a fin de llevar a cabo trabajos y realizaciones pendientes para lograr su propia edificación moral y espiritual. Volvería pues, sola, sin compañía de aquellos corazones dedicados, los cuales había traicionado en más de una existencia, a fin

de que la soledad de los afectos, que no lograría encontrar, le estimulase la gran virtud de ser leal de corazón. Una vez vencedora de esa nueva etapa, nada más le impediría su vuelta al seno de la familia de La-Chapalle, pues no nos olvidemos, que en el siglo XVI, formó parte, como Ruth Carolina²⁰.

El suicidio en la Bretaña, resultado de varias existencias de aventuras y de pasiones, había tenido grandes atenuantes en vista de la terrible obsesión que sufrió desde la infancia. Pero eso no la eximía de culpas, porque se había entregado voluntariamente al obsesor, facilitándole el dominio con su mal proceder, despreciando los consejos que podían liberarla, o por lo menos, atenuar sus influencias malsanas. Debería pues, reencarnar, a fin de rehabilitarse de esas faltas que oprimían su conciencia. Habiéndose avergonzado de tales máculas, pidió una nueva existencia de resistencia al mal, afianzamiento en la fe, y de obediencia al deber, como también de trabajos y devoción al bien. Enfrentada con el obsesor, reconoció a “Monseñor de B...” del siglo XVI, padre de Luis de Narvonne, que la deseó proteger y salvar del mal en un día decisivo para su futuro espiritual; y también Arnaldo Numiers, padre de Enrique, del siglo XVII, que tanto la había querido. Por lo tanto, había traicionado al padre y al hijo, criminalmente, en dos existencias consecutivas. Dio la razón a Arnaldo por haberla odiado y por haber vengado la ofensa, y se prosternó a sus pies, pidiéndole perdón en nombre de Dios. Él rudo espíritu la levantó, la apretó con sus brazos, y exclamó, entre lágrimas:

-¡Te perdono, sí! Te perdono por amor a mi hijo, que tanto te ha amado a través del tiempo. Perdóname tú también, en nombre del mismo Dios.

Pero Arnaldo Numiers era también reo de un gran crimen y debía reencarnar, a fin de expurgarlo de su conciencia, entre dolores, lágrimas

²⁰ Personaje central del romance “En las Vorágines del Pecado”.

*y trabajo. De aquel grupo de personajes de los siglos XVI y XVII, por tanto, todos se habían convertido al bien en luchas redentoras, y ahora, eran espíritus felices, llenos de méritos que se encaminaban hacia nuevos y evolutivos ciclos de ascensión hacia Dios. Alexis y Víctor, reencarnaron en la Tierra con la finalidad de realizar nuevas misiones a favor del prójimo, no más por expiaciones. De modo que Andrea y Arnoldo permanecían en una escala inferior, al paso que Marcus de Villiers, espíritu arrepentido y trabajador, era considerado de **buena voluntad** en los Códigos Espirituales.*

En ese día solemne, en cierta región del Espacio, se realizaba la despedida de Andrea para la reencarnación. Todos se hallaban reunidos a su alrededor, y su Guía Espiritual habló en nombre de todos. Entonces Andrea pudo escuchar gravemente:

-¡No receles de nada, Andrea mía! Todos nosotros velaremos por ti, y continuaremos amándote, como siempre. Seremos tus tutelares, tus amigos en todos los momentos. Vivirás en la época del Consolador prometido por Jesús el Cristo de Dios y renacerás bajo su protección, en un hogar esclarecido por sus virtudes. Estás, por tanto, preparada para vencer, y vencerás. Y nosotros aguardaremos tu retorno a nuestros brazos ansiosamente...

Andrea entonces se despidió de aquellos seres queridos, cuyo amor aún no merecía. Partía hacia una existencia de luchas y sacrificios redentores, con el fin de merecerlos. Por eso, partió confiada y sostenida por la fe y la esperanza.

Delante de Alexis lloró y suplicó su perdón, una vez más. A Arturo, lo abrazó, y lloró convulsivamente. Ante Víctor, se arrodilló y abrazó sus pies, murmurando entre lágrimas:

-¡No me abandones, hermano bien amado! Me perdí en el siglo XVI, vengando un crimen cometido contra ti, pero prometo rehabilitarme por la fuerza del amor.

Él la tomó en sus brazos, y le respondió:

-Has de rehabilitarte, sí, por el amor de Jesús, que te extiende la mano.

Después, Andrea se apartó... se apartó...sumergida en la atmósfera terrestre, para propiciar su reencarnación en servicios de rehabilitación.

Y sólo su Guía Espiritual la acompañó.

*

Entonces, nada más capté en las vibraciones de los ambientes, que mi videncia espiritual había observado.

Volví en mí, liberando al estado normal las potencias sagradas del alma, y me sentí conmovido y edificado con aquellos singulares episodios sucedidos hacía un siglo, pero que yo acababa de presenciar, como si se desarrollaran en aquel mismo instante.

Me vi sentado de nuevo en la poltrona de Luis XIV, de seda azul y oro, y reconocí, el salón en donde Víctor había dado lecciones de moral evangélica a su familia, celoso de su progreso.

Mi alma entonces, se sintió extremadamente unida a los personajes descritos y bañado en lágrimas elevé al cielo mi pensamiento, en una oración por todos. Y me dije a mi mismo:

-¿Quién sabe, Dios mío, si visitando algún día la región de Flandes occidental, descubriré en los registros etéreos las escenas que afectaron al drama de Enrique y de Arnoldo Numiers?

Lo haré, si Dios así lo permite...

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

